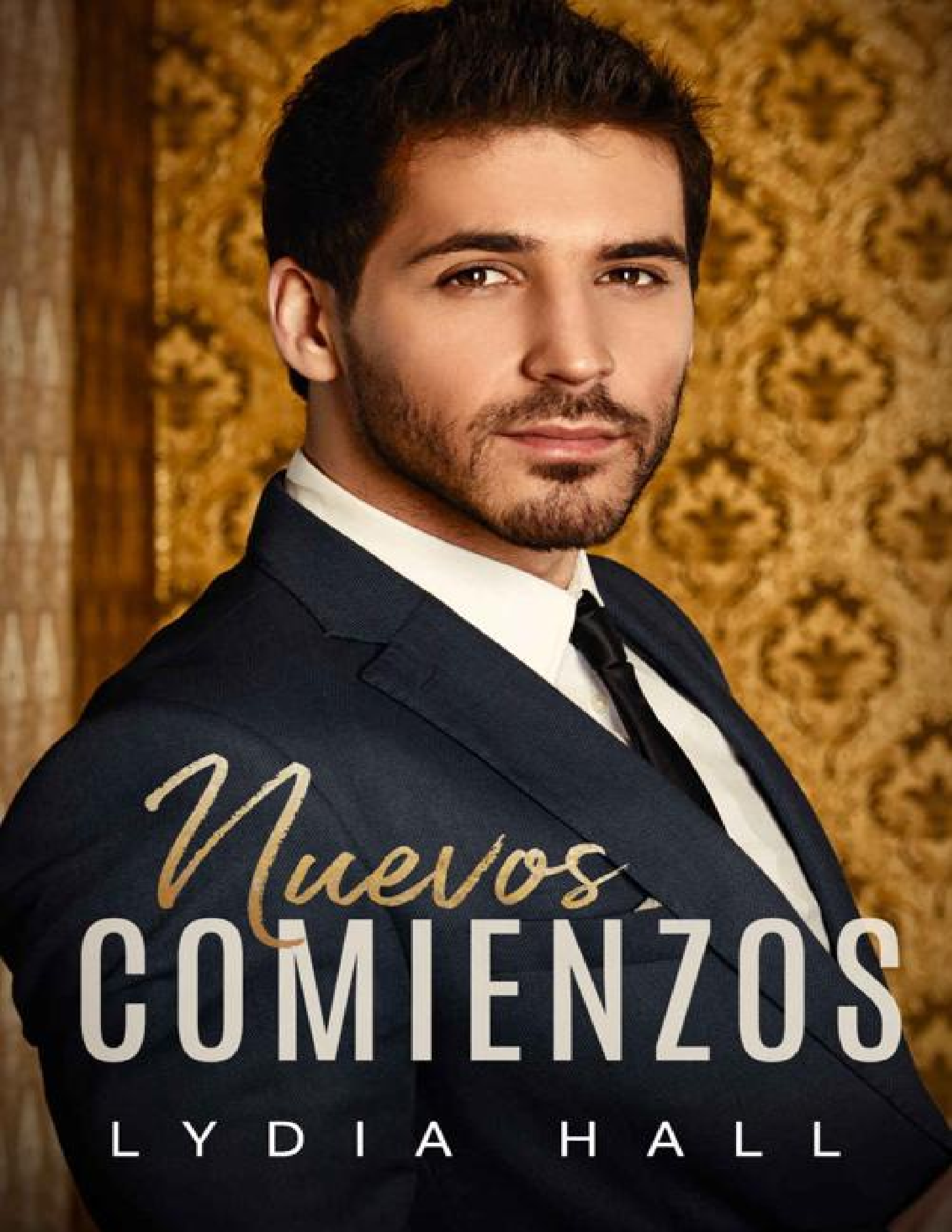

Nuevos
COMIENZOS
LYDIA HALL

NUEVOS COMIENZOS

LYDIA HALL

Copyright © 2024 por Lydia Hall

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Creado con Vellum

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

ÍNDICE

Blurb

1. James
2. Scarlett
3. James
4. Scarlett
5. James
6. Scarlett
7. James
8. Scarlett
9. James
10. Scarlett
11. James
12. Scarlett
13. James
14. Scarlett
15. James
16. Scarlett
17. James
18. Scarlett
19. James
20. Scarlett
21. James
22. Scarlett
23. James
24. Scarlett
25. James
26. Scarlett
27. James
28. Scarlett
29. James
30. Scarlett

B L U R B

¿Yo? Una estudiante con beca.

¿Él? Un licenciado de Harvard, con un fondo fiduciario.

¿Yo? Buscando un nuevo comienzo.

¿Él? El Director General de una gran empresa.

¿Debería decir... opuestos totales?

Creo que sería apropiado.

Y algo bueno, teniendo en cuenta mi pasado.

Veréis...

Tiendo a atraer a los gilipollas.

De todas las formas y tamaños, pero idiotas de todos modos.

Lo atribuyo a mis incontrolables curvas naturales.

Mi "ex", por ejemplo, era un acosador.

Violaba mis límites y me hacía sentir...

Bueno, ya me entendéis.

Me mudé al ostentoso y glamuroso Manhattan después de todo aquel calvario.

Lo que quería era un nuevo comienzo.

Pero en lugar de eso, me encuentro con mi nuevo jefe...

También conocido como mi Sr. Contrario.

También, el tipo con el que me gradué.

Y resulta que aquel chico estaba secretamente enamorado de mí.

Pero era imposible que fuéramos tan diferentes y encontráramos el mismo camino en la vida, ¿verdad?¿O sí?

JAMES

"Buenos días, guapa", chirrié a través de mis auriculares mientras me deslizaba en el asiento trasero de mi lujosa berlina, la limusina emblemática de los renombrados fabricantes alemanes.

"Feliz cumpleaños, Jamie", su suave risita me llegó enérgica desde Atherton, California. "No puedo creer que mi hijo cumpla treinta y cuatro años. ¿En qué me convierte eso?"

"En una maravilla científica", sonreí mientras Liam, mi chófer, me sonreía a través del espejo retrovisor. Le guiñé un ojo. "¿Cómo está Noah?"

"Oh, está bien. Lleva una semana en Ginebra".

Bajé la ventanilla solo hasta la mitad y miré el tráfico de la hora punta de Manhattan: "¿Otro negocio que cerrar?

"En realidad, es otro puente que quemar".

"Qué despiadado que es tu marido".

Se echó a reír de buena gana, y pude imaginar cómo ladeaba la cabeza: "Si hubiera sido más blando, no habríamos durado diez años juntos".

"Hmm", sabía que estaba reflexionando sobre mi padre y no me apetecía entrar en ello. "Eres una persona afortunada".

"Basta ya de hablar de mí. ¿Qué tienes planeado para hoy?"

"Bueno, voy a la oficina".

"¡Tonterías!", chilló. "¿Cuántos años hay que envejecer para darse cuenta de que los motivos para celebrar son escasos y sagrados?".

"¿Quién ha dicho que no celebre? Me voy pronto, me voy de fiesta al Club Seven con mis amigos y esta noche me voy a casa con la preciosa Amber."

"Por el amor de Dios", dijo, "ya perdí la cuenta de los nombres".

"Como tiene que ser."

"Sabes, tu padre y yo no estábamos hechos el uno para el otro. Puede pasar, sabes... pero, al

mismo tiempo, eso no significa que todas las mujeres con las que sales no puedan ser adecuadas para ti".

"Todas las mujeres son adecuadas para mí, madre", dije riendo, "en pequeñas dosis".

"¿Qué debo hacer contigo?", suspiró con evidente exasperación.

El teléfono de la empresa empezó a sonar. "¿Oyes el tono de llamada? Me tengo que ir". Tenía el volumen del timbre subido para poder oírlo: "El deber me llama, mamá. Te quiero".

"No sé si ser la única mujer que oye esas palabras de ti debería hacerme sentir orgullosa o asustada".

Resoplé. "Nada asusta a Lucinda Dryzek. Hasta luego".

Mientras contestaba la llamada del trabajo, llegó a mi teléfono personal un mensaje de mi padre, Richard, deseándome feliz cumpleaños. Para él, las aplicaciones de mensajería eran una bendición.

Como era un hombre introvertido, no dejaba de asombrarme cómo había tomado el humilde negocio de mi abuelo, un sencillo country club en Florida, y lo había convertido en *The Exclusive Hospitality Group*. Así había nacido el actual conglomerado internacional que poseía y gestionaba una cadena de lujosos country clubs por todo el mundo.

Los esfuerzos de Richard Martin se habían convertido en un verdadero ejemplo industrial que se enseñaba como caso práctico en universidades de todo Estados Unidos.

Tras terminar la llamada de negocios, volví a leer el mensaje de mi padre.

Al hombre que nos ha enorgullecido a todos, desde el día en que se graduó en Harvard. Que hoy sea un farol brillante en un año lleno de todo lo que tu corazón desea. Te quiero, hijo. Llámame cuando tengas tiempo.

Me preguntaba por qué mi padre nunca se había dedicado a escribir. Tenía un alma sensible y su imaginación era notable. Siempre se le había dado bien expresarse con palabras. Quizás era el único medio que utilizaba para dirigir lo que yo llamaría el brutal mundo de los negocios. Un hombre cariñoso con un auténtico deseo de hacer el bien. Años atrás, mi madre siempre le había llevado ventaja, aunque él nunca le había permitido que le faltara de nada. Lucinda siempre había seguido su regla número uno: habla más alto y se te oirá.

Mientras el coche bajaba por la rampa de aparcamiento, bajo la moderna torre que albergaba nuestra sede, recordé la forma en que mi padre trataba a nuestros clientes. *La crème de la crème* de cada sociedad: hombres de negocios, políticos y famosos. Para hacerse socio de uno de nuestros clubes, no solamente había que poder permitírselo económicamente, sino también tener al menos tres cartas de presentación de socios ya existentes. Esa había sido siempre la norma de mi padre. Richard Martin, un diplomático disfrazado de hombre de negocios.

Entré en el ascensor y eché otro vistazo a mi agenda personal. *Entrenamiento de kickboxing a las seis. Quedar con los chicos en el club sobre las ocho*. Sonreí, pensando en el vestido dorado estilo años setenta que le había regalado a Amber por su cumpleaños la semana anterior, pidiéndole expresamente que se lo pusiera.

¿No era una de las mejores cosas de ser *follamigos*?

Marchando hacia el vestíbulo de la última planta, saludé a mi secretaria con una soleada sonrisa mientras se apresuraba tras su escritorio, entregándome una caja de mis bombones belgas favoritos.

"Feliz cumpleaños, Jamie", sonrió. "De parte de todos los del departamento de administración".

"Gracias, Summer." Debe haberle costado una pequeña fortuna, "No tenías que hacerlo".

"Eres un jefe increíble. Es lo mínimo que podíamos hacer".

"¡Alguien está pidiendo un aumento!" Melinda, nuestra directora de marketing, apareció con tacones de aguja y un vestido con escote. Soltó una risita forzada: "Cuidado con las calorías", dijo mientras miraba mi regalo. "Esos abdominales de infarto no son fáciles de mantener".

Como no me gustaban sus intentos de avergonzar a Summer, dejé el portátil sobre la mesa de mi ayudante y le quité apresuradamente el envoltorio a la caja de bombones. "Bueno, ya soy oficialmente un adulto", dije, guiñándole un ojo a Summer. Quité la tapa, cogí un chocolate y me lo metí en la boca antes de ofrecérselo a las otras dos. "¡Puedo comer dulces siempre que quiera, mamá!". Entrecerré los ojos. Summer se quedó jadeante y cogió tímidamente un chocolate, mientras Melinda sonreía ladeando la cabeza.

"No, gracias", murmuró, "prefiero asistir a la reunión con el vientre plano. Feliz cumpleaños, Jamie".

Le dediqué una sonrisa forzada: "Gracias, Mel".

Mientras se alejaba hacia su despacho, Summer y yo reprimimos la risa y cogimos otro par de bombones. Luego dejé la caja sobre su escritorio, diciendo: "Quien tenga hoy una cita conmigo tiene derecho a un bombón. Me gusta compartir".

"Claro", volvió a mostrarse alegre mientras me seguía al despacho. "He actualizado tu calendario, y debería concluir todo a las cinco, según tus instrucciones. Ah, y tu correo está en el cajón, como siempre".

"Gracias, Summer". Me acomodé detrás de mi escritorio y saqué mi portátil. "Y de nuevo, gracias por el regalo. No escuches a Mel. Ella no me conoce como tú".

Me dedicó una sonrisa de agradecimiento y salió, dejando la puerta entreabierta: "Que pase un buen día, jefe".

Abrí el cajón superior de mi escritorio, en el que Summer guardaba el correo. Mientras buscaba lo que había dentro, eliminé los sobres triviales y el material promocional.

Una invitación para un masaje gratuito de un lugar que esperaba hacer un trato con nosotros. La tiré sobre el escritorio. *El boletín del club*. También lo tiré. *Un sobre cerrado con el logotipo de mi universidad*. Entrecerré los ojos. ¿No habíamos hecho ya nuestra contribución para el año académico? Cogí mi abrecartas dorado en forma de serpiente y arranqué el borde.

Estimado Sr. Martin,

está cordialmente invitado a la exclusiva reunión de clase...

Ya había perdido el interés. Llamé a Summer.

"¿Sí, Jamie?"

"Oye, esta invitación de Harvard..."

"Sí, es dentro de quince días y ya la he añadido a tu calendario".

Arrugué la nariz y negué con la cabeza: "No voy a ir, ¿puedes...?".

"¿No vas a ir? Pero el señor Parker aprobó el paquete de patrocinio del evento, y Mel ya te ha apuntado como uno de los conferenciantes".

"¿En serio?"

"¿Quieres que llame a Mel a tu despacho?".

"No", suspiré resignado. "No, está bien. Supongo que ya no hay manera de evitarlo si el pago ya se ha hecho".

"Sí", dijo con pesar. "Bueno, siempre puedes pronunciar el discurso e irte".

"Claro", me pellizqué la nariz. "Gracias, Summer".

Pasé la carta por mis manos una vez más. Era ridículo que todavía hicieran ese tipo de cosas. Además, ¿no se suponía que se celebraba diez años después de la graduación? Pensé que ya había esquivado convenientemente aquella bala.

La jornada laboral fue tan ajetreada como siempre, con la excepción de la docena de felicitaciones de cumpleaños que recibía al principio de cada reunión y llamada telefónica.

Aquel día de primavera llegaba una y otra vez con un tinte de nostalgia. Aptitud para revivir viejos recuerdos y añoranza de tiempos más sencillos. Cuando íbamos al *Spring Break* y nos divertíamos como locos al aire libre. Aunque mis padres no eran felices juntos, de alguna manera se las arreglaron para organizarme fiestas y vacaciones inolvidables.

Mientras intentaba deshacerme de mis pensamientos, me levanté y recogí mis cosas. Por fin había llegado mi momento favorito del día. La hora en la que podía dar patadas y puñetazos a un objeto inanimado como ejercicio. El único momento en el que no tenía que ayudar a nadie. Mi momento con un compañero que no hacía más que entregarse a mí, a pesar de estar hecho de vinilo y serrín.

En el gimnasio, me asignaron mi sala privada habitual, con mi música a todo volumen en los altavoces y los cristales oscurecidos para proteger mi privacidad. Cada balanceo del saco correspondía a una patada y me sentía cada vez más libre. Con cada golpe, sentía que los músculos me ardían y el sudor me sacaba las toxinas por los poros. Cada respiración era un voto renovado de compromiso. Cada exhalación, un renacimiento. Los espejos que tapizaban por completo dos de las paredes me perseguían con mi reflejo, recordándome incesantemente quién era.

Cerré los ojos y seguí desprendiéndome de todo: las presiones del trabajo, tomar cada decisión con urgencia, el hecho de que me estaba haciendo un año mayor y, por último, los deseos profundos e íntimos que nunca revelaba a un alma. Abrí los ojos y me quedé inmóvil. Me volví

para mirar mi reflejo en el espejo.

¿Qué es lo que quieres, James?

Miré mi reflejo como si fuera la primera vez que veía mi cuerpo y, de repente, me acordé del club de lectura de mi padre. Una vez, había vuelto a casa de la universidad para pasar el verano y pasé por delante de la biblioteca donde un grupo discutía su último libro. Una de las miembros - una señora mayor que poseía una reputada agencia de modelos en París - admitió descaradamente que la descripción de la protagonista le recordaba a mí.

Sin saber que yo estaba escuchando, ella había recitado las palabras...

No trabajaba en el mundo del espectáculo, pero podría haberlo hecho. Las exuberantes ondas negras de su cabello caían como las olas de una noche sin luna sobre una playa de arena. Tenían un lustre que brillaba a cada paso, haciendo que el corazón de cualquier mujer bailara y sus dedos anhelaran un roce fugaz.

Su nariz aguileña adornaba sus pómulos prominentes. Su mandíbula de basalto y sus hombros perfectamente definidos contaban historias de un escultor de fuerte carácter que había ganado un concurso contra los poderosos dioses de la belleza.

Sus encantadores ojos transmitían el calor de un hogar siempre acogedor. Y cuando los rayos dorados del sol caían sobre ellos, brillaban como brasas anaranjadas en medio de una oscura noche de invierno.

La piel del chico, impecablemente pulida y esmaltada por el sol, irradiaba energía y ardor. Todo en él gritaba: estoy aquí para robarte hasta la última gota de sueño bajo los párpados.

No sé qué me hizo recordar aquel episodio, pero al apartar la mirada sonreí y me pregunté qué habría sido de la descarada y divertida Madame Béart, que tenía setenta años cuando yo apenas contaba veinte. Tomé nota mentalmente de preguntarle a mi padre por ella durante nuestra próxima llamada telefónica.

Después de ducharme y prepararme para mi cumpleaños, salí a la calle y me adentré en la noche. Me imaginé a Amber con su brillante vestido como el mejor regalo de cumpleaños para mí.

SCARLETT

Una vez que llegué a la Tercera Avenida y la calle Cuarenta y Dos, bajé del autobús, arrastrando mi maleta gigante y acomodándome lo más rápido que pude junto a una pared de la acera mientras los peatones pasaban a toda velocidad a mi lado.

El tiempo al atardecer era agradable, pero necesitaba estirar las piernas y echar un vistazo a mi alrededor para ver dónde estaba. Encendí mi aplicación de navegación para ver cómo llegar a mi hotel. Tenía que estar a unos diez minutos en coche y quería asegurarme de que el conductor supiera adónde ir.

Por suerte, encontré un taxista que no hablaba demasiado y se centraba en sus propios asuntos. Estiré los hombros y me senté en el coche, observando las calles de la ciudad que no se parecían en nada a las de mi última visita, más de diez años atrás. Vivimos en un mundo que cambia rápidamente y, con un poco de suerte, por fin podría llamar hogar a Manhattan. Solo tenía que causar una buena impresión en mi entrevista de trabajo y convencer al reclutador de que tenía todo lo que buscaba.

Más fácil decirlo que hacerlo.

Una vez que el taxista se detuvo en mi destino, le pagué y le observé arrastrar mi maleta hasta la estrecha recepción del humilde hotel que había reservado. No podía permitirme nada lujoso, dada mi situación actual: sin trabajo y recién divorciada, con apenas dinero para tres noches en la ciudad, las comidas que ofrecía mi paquete y quizá una copa o dos.

Una mujer mayor que atendía la recepción me acompañó a la habitación. Rechazó la propina, así que se lo agradecí profusamente hasta que se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Miré por la pequeña ventana del fondo de la habitación, que parecía un armario un poco grande, y suspiré. Abajo, en el edificio de enfrente, no veía más que el estrecho callejón de servicio sumergido por los cubos de basura.

"Fascinante", apreté los labios y me alejé, cerrando la ventana para que el olor no penetrara en la habitación.

Si no conseguía aquel trabajo - ni ninguno de los otros tres que tenía en cartera, por aburridos que fueran - habría tenido que pagar el billete de autobús con mi tarjeta de crédito y volver a casa de mi hermana en Long Island. A los treinta y un años, mis opciones eran muy limitadas y terribles.

Tirada en la cama, me di cuenta de que tenía dos opciones. Podía quedarme allí compadeciéndome de mí misma o bien salir rápidamente y distraerme. Me levanté, abrí la maleta y saqué el vestido que iba a llevar a la entrevista. Estaba un poco arrugado, así que recurrí a la vieja usanza: levanté el colchón, examiné cuidadosamente su estado y coloqué el traje en su funda de plástico para la ropa sucia.

"Vale", solté un pequeño suspiro.

Revisé el resto de la ropa que había traído y saqué un bonito vestido que me llegaba hasta las rodillas y una chaqueta de punto ligera. Ambos eran de un mismo tono de azul y el vestido estaba adornado con un estampado de pequeñas flores blancas. Respiré hondo y me di cuenta de que estaba muy ansiosa por el día siguiente. *Quizá salir a tomar algo con calma me ayudaría.*

Vacilante, me tiré de nuevo en la cama y me tumbé boca arriba con los ojos vueltos hacia el techo. Era un lugar viejo, y la pintura estaba desconchada en varios sitios, dibujando formas peculiares que - al principio - resultó interesante examinar. Un minuto después, me di cuenta de que no iba a conseguir más que deprimirme.

"Vamos", me puse en pie, cogí mi pequeña bolsa de trucos y me dirigí al cuarto de baño, que era más bien un habitáculo. Me recordó a los de un avión. "Has llegado hasta aquí", susurré mientras me miraba en el espejo, sacaba mi brillo de labios rosa y me aplicaba un poco. "Tienes que relajarte". Saqué la máscara de pestañas y me la apliqué a cada lado un par de veces antes de pasarme los dedos por los rizos rubios, despeinándolos. "Una noche tranquila a solas, solo tú y unas cervezas...". Sonreí y asentí: "Te sentará bien, chica".

Cogí mi bolso y comprobé que tenía todo lo que necesitaba. Teléfono, cartera con tarjeta de crédito, algo de dinero y la llave de mi nueva habitación. La miré y me di cuenta de que estaba un poco oxidada. Igual que yo. Me reí para mis adentros mientras dejaba el bolso en el suelo y empezaba a cambiarme.

Todo lo que llevaba puesto olía a autobús, así que lo metí todo en la pequeña bolsa de la ropa sucia que me había traído. Me eché desodorante e hice una nota mental para comprar un frasquito de perfume antes de la entrevista.

El pensamiento de Benjamin y sus estrictas normas contra los perfumes nubló mi mente. Inmediatamente recordé que nuestro divorcio había llegado a su fin y que no le debía nada. Sin embargo, repetí con orgullo mis credenciales profesionales mientras me ponía el vestido.

"Cuando trabajé como especialista en marketing en The Hub, en Long Island, durante tres años, reformé por completo el proceso interno con el apoyo de mi jefe...".

Me puse la chaqueta de punto. "En mi segunda etapa como Supervisora de marketing en Orange Lily, el reto creció cuando empecé a dirigir a mi equipo de tres personas...".

Sin darme cuenta, cogí mi bolso y salí.

Al entrar en un bar, de estilo pub, situado a unas manzanas del hotel, me atrajo su decoración clásica y la ausencia total de cola en la puerta. El último lugar al que necesitaba ir era un establecimiento ruidoso y abarrotado donde me costaría oírme pensar.

Acercándome a la barra de madera, sonreí al camarero: "Una cerveza light, por favor".

"¿Alguna marca en particular?"

"Cualquiera está bien, gracias", me acomodé en el taburete, colocando mi bolso en el de al lado.

Mis ojos examinaron lentamente el espacio que me rodeaba con curiosidad. No recordaba haber estado nunca allí. Carteles de viejos músicos de jazz y grupos de rock adornaban las paredes de madera, mientras que pequeñas chucherías engalanaban los lugares intermedios. Sombreros viejos, teléfonos de pared y neumáticos de bicicleta colgaban en lugares aparentemente aleatorios. Coleccionables como monedas, postales y sellos ahora inexistentes decoraban las superficies bajo pesadas tapas de cristal... *¿Y quién era ese?*

Miré rápidamente al hombre del otro lado de la barra e inmediatamente aparté la vista. Me pareció guapísimo desde el primer vistazo y no quise volver a mirarle, seguro que se daría cuenta de mi mirada. Tomó asiento en una mesa situada en un rincón poco iluminado que únicamente dejaba ver sus manos, que sostenían lo que parecía ser un vaso de vidrio antiguo.

Para evitar sus ojos curiosos, pagué mi bebida en metálico y me la llevé al lado opuesto de la sala. El rincón, igualmente en penumbra, me sirvió para esconderme de los ojos de aquel atractivo forastero. Mi distinguido pelo rubio rizado, mis ojos azules chillones y mis curvas naturales siempre me habían traído problemas. Atraía solamente a gilipollas. Por mucho que deseara un flirteo refrescante, necesitaba mantener la cabeza despejada.

Mirando mi teléfono - el refugio por excelencia de la gente actual cuando está sola en público - abrí mi perfil en las redes sociales. Tenía la intención de borrar mis viejas fotos con Ben, pero nunca tuve tiempo. Desgraciadamente, mirar su apuesto rostro y saber todo lo que yo ya sabía fue como si una mano fría me apretara el corazón. Nunca había creído que pudiera sentir tanto resentimiento por alguien después de amarlo como lo había hecho. Cerré la aplicación y abrí el buscador. Podría leer algunos consejos para entrevistas de autodenominados expertos en selección de personal.

A medias, mis ojos pasaron por encima de las palabras mientras mi mente recordaba nuestro horrible divorcio. Una involuntaria distracción de la que solo puedo culparme a mí misma.

"¿Sabes cuánto hieres mi orgullo cuando miras fijamente a otros hombres?".

"Por millonésima vez, ¡no estaba mirando a nadie! Él estaba primero en la fila, ¡y lo único que hice fue tratar de ver si aún quería su asiento!".

Las palabras de mi última pelea como mujer casada cruzaron mi mente. La gota que colmó el vaso de nuestra unión. Y todo había empezado en la cola de la caja del supermercado.

"¡Y una mierda!", tiró su teléfono con tanta fuerza que aterrizó en la mesita de cristal, provocando una larga grieta diagonal. "Te paraste, le miraste y sonreíste. ¿Qué creías... que no estaba mirando?".

Corrí hacia la mesa y me arrodillé. Con la punta del dedo tracé aquella grieta que no era más que la representación de mi voluntad. Continuaba permaneciendo a su lado, pero por dentro estaba destrozada: "Tu paranoia no tiene límites. Mira lo que has hecho".

"He pagado por esa mierda y puedo hacer lo que me salga de los cojones con eso".

"Pues no has pagado por mí, y ya no puedes hablarme así". Me levanté, a pesar del temblor de

mis rodillas. "Me niego a seguir soportándolo", pasé corriendo junto a él hacia la puerta, y me agarró del brazo con tanta fuerza que me dolió.

"¿Dónde coño te crees que vas? ¿A recoger a otro padre soltero en alguna gasolinera?"

"Has perdido completamente la cabeza", intenté liberar mi brazo, pero él apretó aún más fuerte. "¡Suéltame!"

"Ni de coña", vi cómo levantaba la mano y me quedé inmóvil, incapaz de registrar lo que estaba ocurriendo.

Me dio una bofetada en la cara. El sonido de su mano golpeando mi mejilla me aturdió momentáneamente. No veía bien, pero lo único que pude hacer fue darle una patada en la espinilla tan fuerte como pude con la puntera de mis botas. El impacto del golpe le hizo dar un respingo y soltarse, así que abrí rápidamente la puerta y salí corriendo. Corrí y corrí hasta que no pude más, acabando en la cafetería de mi hermana Samantha.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al recordar cómo habían acabado las cosas. Después de aquella noche, todo pasó a la historia. Samantha me presentó a su abogado, que se ocupó de todo mientras yo me quedaba con ella y su novio, Jared. Fue muy amable por su parte cuidarme durante aquellos meses, sobre todo después de haber perdido mi trabajo por varias evaluaciones de rendimiento a la baja y por no asistir a muchas reuniones de actualización importantes seguidas.

Me acaricié la mejilla que Ben me había golpeado. ¿Cómo iba a salir en público con aquella marca morada que me había dejado durante días? Ni la base de maquillaje más opaca habría sido capaz de borrarla. Y no podía decir que me había caído por las escaleras. Era tan evidente y yo era la primera en sentirme avergonzada.

Bebí otro sorbo y recordé al antiguo Benjamin. Del que me había enamorado. Mi novio del último año de universidad, lleno de vida y aventuras. Su pasión era solamente la cara bonita de la moneda, ocultando su lado malo, que me convirtió en su propiedad el día que llevé su anillo de boda. La forma en que me adoraba durante nuestros días de noviazgo y compromiso se convirtió en un deseo insaciable de controlar todos mis movimientos.

No solo me había privado de amistades y de una relación sana con mi hermana y su novio de toda la vida, sino que hacia el final, a medida que aumentaban mis responsabilidades laborales, empezó a hacer visitas repentinas a mi oficina. A revisar mis mensajes y correos electrónicos de trabajo cuando pensaba que yo no estaba mirando. A cuestionar cada llamada telefónica que tenía con mi único colega masculino. Y así sucesivamente...

Por el rabillo del ojo, vi a aquel hombre solitario de pie con su bebida en la mano. Era muy alto, sin duda, pero de nuevo me abstuve de mirar.

Benjamin no estaba allí, pero el daño que me había hecho seguía presente en mi mente.

JAMES

Como era mi costumbre, me tomé el día después de mi cumpleaños libre para disfrutar de algo de tiempo en paz. Me pasé las horas leyendo, escuchando música y haciendo kickboxing antes de dirigirme al tranquilo y viejo pub que me gustaba para tomar una tranquila copa con la que terminar la velada.

Oficialmente había cumplido treinta y cuatro años. No solo habría sido extraño asistir en solitario a la cena de la reunión, sino que me habría convertido en presa de mujeres solteras desesperadas por un marido rico. Pero, por otro lado, si hubiera pedido a alguna de las mujeres con las que me acostaba que me acompañara, seguramente se habrían hecho una idea equivocada pensando en una cita.

Mientras me tomaba mi segundo whisky añejo, levanté la vista para contemplar el descolorido póster del grupo *Queen* que había en una de las paredes. En lugar de eso, mis ojos se posaron en la barra, donde una hermosa melena de rizos rubios coronaba un rostro de rasgos suaves que me resultaba terriblemente familiar. Me fijé bien y cuando oí su voz al pedir, me acordé de todo.

¿Era realmente aquella Scarlett Kelly?

Me concentré e intenté decodificar la imagen borrosa de su rostro que tenía almacenada en el fondo de mi mente. Tenía el pelo un poco más largo, pero aquellos rizos brillantes y llenos de vida seguían siendo los mismos. Sus mejillas, en otro tiempo carnosas, estaban un poco más delgadas, dejando lugar para sus suaves pómulos.

La observé mientras miraba al resto del lugar. Dios, ¿había visto alguna vez unos ojos azules tan grandes con un brillo más inocente después de la graduación? Lo dudaba.

Cuando nuestras miradas se cruzaron durante una fracción de segundo, fue como si pudiera ver cómo su cuerpo se tensaba antes de apartar rápidamente la vista y volver a la cerveza light que tenía en la mano.

No estaba acostumbrada a sentarse en aquella postura. Tenía los hombros más erguidos y el cuello extendido con orgullo. ¿Cómo podía recordar todos aquellos detalles? Era realmente cierto lo que decían: *los jóvenes enamoramientos se quedan contigo por toda la vida.*

Tomó su copa y se sentó en una pequeña mesa individual, en el lado opuesto al que yo estaba. No pude evitar observar sus curvas por detrás. Su cintura estrecha, esas caderas anchas con una silueta que haría saltar el corazón de cualquier hombre y esas piernas esbeltas que se

vislumbraban ligeramente a través del vestidito primaveral que llevaba.

Sonreí.

Durante unos minutos, ella miró su teléfono con extrema concentración. Tenía que ser algo relacionado con el trabajo. Si no, ¿por qué tenía el ceño tan fruncido y un mohín capaz de devorar a cualquiera que quisiera acercarse?

Mi curiosidad aumentó cuando me di cuenta de que nunca la había visto allí. Ella nunca iba a aquel bar, de lo contrario me habría dado cuenta. Podría haberme acercado a ella y hablarle. ¿Qué iba a perder?

Tras unos instantes de reflexión, me levanté, me alisé la camisa, cogí mi bebida y me acerqué a ella.

"Hola", susurré para no sobresaltarla en aquel ambiente silencioso.

Ella levantó la vista, y en aquel instante estuve extremadamente seguro de mis suposiciones anteriores.

Era ella.

"H-hola", forzé una sonrisa vacilante y parpadeó un par de veces mientras sus manos recogían su chaqueta de punto, ocultando el celestial escote que yo recordaba tan bien. "No quiero interrumpir tu soledad", sonreí. "¿Pero te llamas Scarlett...? Eres tú, ¿verdad?".

Sus grandes ojos se abrieron de par en par mientras ladeaba la cabeza, desconcertada por mi pregunta. Poco después, sin embargo, entrecerró la mirada y pareció darse cuenta de que no éramos dos extraños: "Te conozco...".

"James, de Harvard", acerqué una silla y le di la vuelta, sentándome con las piernas abiertas alrededor del respaldo mientras cruzaba los brazos, sosteniendo mi bebida. "¿Jamie?"

"Dios mío", su rostro se suavizó de inmediato mientras una risita genuina escapaba de sus exuberantes labios rosados.

"Sí, claro. ¿Cómo estás?"

No podía negar mi alivio al ver que se acordaba de mí. Me reí tiernamente. "Estoy bien, todo va bien", asentí. "¿Cómo estás tú?".

Su dulce sonrisa brilló mientras se mordía brevemente el labio inferior, encendiendo en mí una vertiginosa excitación. Luego asintió lentamente: "No me puedo quejar".

"Vaya", resoplé, "estás exactamente igual".

Se encogió de hombros y sacudió la cabeza, alzando las cejas mientras señalaba vagamente en mi dirección. "Gracias. Ojalá pudiera decir lo mismo de ti".

"Vaya, gracias". Fruncí el ceño fingiendo ofenderme.

"No", vaciló. "Quiero decir... Dios". Se dio una palmada en la frente. "Estabas mucho más flaco y..." sacudió la cabeza en busca de palabras.

"¿Más joven?", me burlé de ella.

Me miró avergonzada: "Pareces más maduro...", dijo disculpándose.

"Sí", se rio antes de dar un sorbo. "Bonita salida".

Soltó una risita que me hizo sentir escalofríos. Nunca había pensado que pudiera sentirme así con una mujer. Era como si volviera a tener veinte años. "Así que vengo aquí a menudo y nunca te veo".

"Me pillaste", dijo mientras se colocaba con un dedo un brillante mechón de su cabello dorado detrás de la oreja. "Acabo de llegar aquí. Vengo a una entrevista de trabajo. ¿Y tú? ¿Vives aquí?"

"Sí", asentí, con los ojos aún incapaces de cambiar de dirección. "Desde la graduación, en realidad".

"Oh, ¿Y cómo es? Quiero decir, todavía no sé si conseguiré ese trabajo, pero tener una idea del lugar aún podría ayudar."

"Es increíble", respondí, refiriéndome, por supuesto, también a su aspecto. "¿Y dónde vives?"

"Long Island", su tono reflejaba cierto temor.

"Debes estar entusiasmada con ese trabajo si estás dispuesta a mudarte".

"Sí", sonrió con cautela. "Es una oportunidad apasionante. Nunca he trabajado para una multinacional".

"¿Ah, sí? ¿Qué estás haciendo ahora?"

Se retorció las manos nerviosamente. "He estado en marketing sobre todo... pero ahora estoy como, entre trabajos..." su expresión se suavizó gradualmente. "Sé que no es bueno para mi currículum, pero he tenido que resolver algunos asuntos personales".

"No", traté de tranquilizarla, "estoy seguro de que cuando se enteren de tus éxitos anteriores, no les importará. El mercado está lleno de candidatos que piensan con originalidad. Confío en que si están tan consolidados como dices, tendrán la capacidad de ver tu potencial y no solo lo que está escrito en un papel".

Sus ojos irradiaban gratitud. "Sí, es un pensamiento positivo. Gracias", suspiró. "¿Y tú qué haces?"

"Pues lo que siempre estuve destinado a hacer", sacudí un poco la bebida y bebí otro sorbo. "El viejo negocio familiar".

"Ah", se encogió de hombros y volvió a beber. "La estabilidad puede parecer aburrida, pero créeme, es una ventaja".

"Lo sé".

Mientras estiraba los hombros y enderezaba la espalda, se me presentó una idea. Recordé que Scarlett era una mujer trabajadora y honesta, dispuesta a ayudar siempre que podía. También era una persona muy educada que nunca se aprovechaba de los demás.

"Entonces", cambié de tema, "¿te quedas a la reunión de antiguos alumnos dentro de un par de semanas?".

"¿Un par de semanas?", bajó la cabeza. "Vaya, no lo sé. No me han invitado".

"Los organizadores debieron perder tu pista hasta Long Island", me reí.

"Supongo que sí. Seguramente", sus ojos vagaron por la mesa y por encima de su bebida, "no he tenido contacto con nadie en mucho tiempo".

"Deberías venir conmigo", solté. "Será divertido".

Ella se rio y su voz sonó como una dulce melodía. "Ni siquiera sé si estaré aquí dentro de un par de semanas. Quiero decir... si no me contratan, supongo que tendré que volver a casa".

"Si eso ocurre, convertiremos esto en una maravillosa aventura", enarqué una ceja. "Enviaré un coche a recogerte y te llevará a casa cuando todo termine".

"De ninguna manera, no puedes hablar en serio", dijo sonriendo.

"Ya sabes que cuando uno madura, se vuelve ingenioso", sonreí burlándome de ella. "¿Por qué no? Volvámonos locos por una noche".

"Es un viaje largo".

"Que se puede pasar gustosamente en buena compañía y con una copa de champán".

Apretó los labios en una finísima línea y me miró con ojos sonrientes, meditando mi propuesta. "Supongo que será divertido volver a ver a toda esa gente. Ver qué se traen entre manos", levantó la mirada contemplativa.

Entrecerré los ojos y añadí con humor: "¿Ver quién ha engordado? ¿Quién se ha quedado calvo?".

"¡Eh!", levantó su botella y me la señaló acusadoramente antes de dar un sorbo: "No seas malo".

Yo seguía sin creerme que estuviera teniendo esa conversación. "Es broma", sonreí. "Entonces... ¿qué me dices?".

"Qué demonios, seré tú *más uno*", echó los hombros hacia atrás y, por un momento, vi a la antigua Scarlett que me había dado intensas noches de insomnio.

"Genial", bajé la mirada y vi que casi se había terminado la cerveza, así que me volví hacia la barra: "¿Ollie? ¿Otra ronda, por favor?".

La camarera asintió, y Scarlett me tocó fugazmente el dedo para llamar mi atención. "No, de verdad... Necesito despejarme para mañana".

"Es solamente cerveza", le dije. "No te hará nada".

"Una más solamente."

"Te lo prometo", me acerqué de nuevo a ella. "Además, quiero ponerte de buen humor para pedirte un favor".

"¿Un favor? ¿A mí?"

Me acerqué con la silla, bajando la voz: "Verá... Estoy bajo mucha presión debido a asuntos familiares. Y tengo que asistir a esa función con una acompañante".

Ella asintió lentamente, así que continué....

"Y debido a mi posición, no puedo traer a cualquiera. Así que, si vienes conmigo... ¿Sería una experiencia tan terrible para ti hacerte pasar por mi novia?".

Su boca se abrió y sus ojos se agrandaron: "¿Tu novia?".

"Solo por una noche", dije, "Nunca volveré a ver a esta gente. No somos exactamente amigos. Además, estaré en deuda contigo".

"No me refería a eso", dijo ella. "No quiero que estés en deuda conmigo".

"Cuando me conozcas, verás que soy un hombre de palabra".

Respiró hondo y volvió a morderse el labio inferior, provocando mis sentidos mientras yo luchaba por canalizar toda mi concentración para convencerla. Reuní la fuerza de voluntad suficiente para apartar la mirada de sus labios y mirarla a los ojos, suplicándole en silencio.

"Aunque pensándolo mejor", inclinó la cabeza con pesar, "ni siquiera estoy segura de tener algo que ponerme para una fiesta como esta".

"Hecho", anuncié con decisión.

Ella frunció el ceño: "¿Qué?".

"Una conocida mía tiene una boutique y estaría encantada de prestarnos un vestido".

Su expresión era una mezcla de sorpresa humorística e incredulidad: "¡No voy a pedirle prestado un vestido a tu amiga!".

"¿Prestado? Ella lo hace para las celebridades todo el tiempo".

"Yo no soy una celebridad".

"Pero en esta ciudad *yo* lo soy".

Pareció sorprendida por mi afirmación, pero como era mujer se negó. "Hace cuánto que no sé nada de ti, ¿diez años?".

Sonreí con calma: "Tenemos tiempo para ocuparnos de eso".

"Eso significa que tengo que mentir sobre toda mi vida", me desafió.

"Creí que habíamos acordado tener una aventura", le recordé. "¿No es ya una locura que nos hayamos encontrado aquí?".

Ella inspiró lentamente, asimilando mi cuestión: "Supongo que sí". Luego hizo una pausa y me miró fijamente, de mala gana. "Pero no inventes historias raras sobre mí, ¿vale?", susurró.

Su petición me tomó innegablemente por sorpresa, y me pregunté por qué había dicho esas

palabras. "Por supuesto que no", la tranquilicé con seriedad. "Acordaremos las historias antes de entrar y nos ceñiremos al guión".

Sonrió, genuinamente aliviada. "Enhorabuena, James Jamie", extendió ceremoniosamente una mano. "Has encontrado a una novia excepcional".

SCARLETT

Mientras me preparaba para mi entrevista frente a un viejo espejo con el marco manchado, abrí bien los ojos y me cepillé las pestañas con el rímel. Con cuidado de no dejarme grumos ni manchas en la cara, hice un movimiento lento y me quedé pensando en cómo había olvidado algunas de las técnicas básicas de embellecimiento.

Mi mente volvió rápidamente a la noche anterior en el bar. ¿Qué posibilidades había de encontrarme con alguien conocido en la gran y abarrotada Manhattan? Volví a meter el cepillo en el tubo mientras sonreía, reflexionando sobre cómo había cambiado James respecto a lo que era. Se había convertido en un hombre atractivo y elegante que se comportaba bien.

Volví a pensar en su alocada proposición y en mi aprobación. Sin duda era encantador y sabía convencer a la gente para que hiciera lo que él quería. No me extrañaba que su padre le hubiera confiado su imperio. *¿Cómo se llamaba?* Con todo lo que había pasado, mi memoria parecía haber eliminado un montón de detalles viejos e inservibles para hacer sitio a todo el drama de mi vida.

Me puse un poco de brillo de labios, me froté los labios e hice un mohín, sonriendo a mi reflejo mientras me pellizcaba las mejillas para darles un tono rojizo.

Comprobé mi teléfono para asegurarme de que tenía guardado el número de James y poder concertar nuestro encuentro. Necesitaba mi ayuda y no había nada malo en pedírsela. Me acordaría de él cuando lo necesitara. Dios sabe que todos hemos necesitado a alguien que nos salvara ante las miradas y las lenguas brutales de quienes no saben nada de nuestra vida privada.

Dando un paso atrás, casi golpeo la cama con la parte posterior de las piernas mientras examino mi aspecto por última vez antes de marcharme. Aquel traje barato definitivamente me quedaba bien, mi voluminoso trasero conseguía rellenar la tela, ocultando los defectos del diseño y haciendo que pareciera intencionadamente hecho a medida. Respiré hondo y esbocé una sonrisa tentadora.

"Scarlett Kelly, encantada de conocerte".

Extendí la mano en el aire como si fuera a estrechársela a alguien y me di cuenta de que el botón de la camisa que me había dejado desabrochado revelaba un poco demasiado al inclinarme hacia delante. *¿Era bueno o malo?* No sabía mucho sobre las costumbres de vestimenta en la empresa, así que tomé nota mentalmente de observar a la primera recepcionista o asistente y comportarme en consecuencia.

El taxi me dejó en la base de una alta torre comercial con una elegante entrada y un portero en la puerta. Saludé a aquel hombre mayor con una sonrisa, pero no me correspondió.

"Un público difícil", murmuré para mis adentros mientras caminaba hacia el mostrador de recepción, con el tintineo de mis tacones que me daba la ilusión de seguridad que necesitaba.

"Buenos días", le dije a la joven de profundo escote. "Vengo para una entrevista con recursos humanos y marketing".

"¿Sabe cómo se llaman las personas que le esperan para la entrevista?".

"Emma Heard y Melinda Lee".

Cogió el teléfono, "¿Y Usted es?".

"Scarlett Kelly".

Observé cómo anunciaba mi llegada mientras dos líneas más parpadeaban frente a ella. Había un segundo asiento libre junto al suyo, lo que me hizo pensar que había otra recepcionista de guardia. Toda la recepción estaba revestida de mármol caro, con el nombre de la empresa grabado en elegantes letras plateadas en la pared detrás de ella.

"Planta 44", colgó el auricular. "Los ascensores están por allí", señaló a la izquierda, así que le di las gracias y me apresuré a ir en aquella dirección. Por suerte, había llegado diez minutos antes, lo que me habría dado tiempo suficiente para encontrar el despacho que buscaba.

Uno de los tres ascensores de acero emitió un tintineo al abrirse las puertas. Al entrar, pulsé el botón correspondiente al piso mientras con la otra mano comprobaba instintivamente mi camisa.

"¿Buenos días a ti también?"

Aquella voz familiar me hizo girarme rápidamente y mirar detrás de mí. Allí estaba, entre todos, James. Estaba de pie, de espaldas al espejo, sosteniendo un fino maletín de portátil y luciendo el traje de negocios más bonito que jamás había visto.

"¡Buenos días!", mis ojos se abrieron de par en par, "¿Qué...?", vacilé sorprendida.

"¿Está aquí tu entrevista?", su voz era tranquila y equilibrada.

"¡Sí! ¿Has venido a una reunión?".

Se le escapó una risita discreta mientras bajaba la mirada: "Varias".

"¿Qué posibilidades había, eh?".

Mantuvo su postura resuelta mientras me miraba con una sonrisa a juego: "Buena suerte, Kelly".

"Gracias".

Quise preguntarle su apellido, pero sonó el ascensor, anunciando nuestra llegada. Hizo un gesto con la mano: "Después de ti".

Me sonrojé, salí y oí sus pasos detrás de mí. Una mujer se me acercó con una sonrisa profesional y la mano dispuesta a estrechármela: "¿Scarlett Kelly?"

Me quedé sorprendida y me detuve: "Sí", le estreché la mano rápidamente.

"Emma Heard, directora de recursos humanos", se le heló la voz y vi que miraba fijamente a un punto detrás de mí.

"Emma, encárgate tú. Es una chica con mucho talento".

Me volví hacia James sorprendida al ver que el comportamiento de la mujer se había transformado en una fracción de segundo: "Me alegro de saberlo, señor Martin".

¿Sr. Martin?

¿El hijo de Richard Martin?

Todo volvió a mí en un instante.

"Por favor, sígame", Emma me guió amablemente hasta su despacho.

En cuanto cerró la puerta, cogió un gran cuenco de caramelos de menta y me lo dio: "¿Quieres beber algo?".

Negué con la cabeza, aún zumbada por la sorpresa, "Ah... gracias, no hace falta".

"Entonces, empecemos", me indicó con un gesto que me sentara mientras rodeaba su gran escritorio. Tomó asiento y entrelazó los dedos: "Es raro que nuestro director general recomiende a alguien. Es usted una candidata afortunada", me miró con amabilidad. "Su currículum también es impresionante. Pero, ¿quieres decirme por qué quieres dejar Long Island?".

No quería mentir porque la verdad siempre encontraba la forma de imponerse. Así que opté por ser sincera. "Un reciente divorcio. Estoy encantada de haber conseguido mi libertad y ahora realmente quiero invertir en mí misma. Estoy más centrada que nunca, emocionada por construir mi carrera y demostrarme a mí misma que aún puedo lograr grandes cosas por mi cuenta."

"No debe haber sido fácil", asintió lentamente. "Y respeto sus palabras".

"Gracias".

"Ahora, habladme de sus experiencias pasadas...".

La entrevista fue bien y, durante casi media hora, Emma me hizo un sinfín de preguntas sobre cómo había llevado la relación con mis superiores, supervisado a mis subordinados y gestionado al resto de mis compañeros. También me pidió que le diera ejemplos de situaciones difíciles a las que me había enfrentado en el lugar de trabajo y cómo había resuelto los conflictos.

Un golpe en la puerta nos interrumpió y ambos miramos en la dirección del sonido. Una hermosa mujer empujó con confianza la puerta y entró despreocupadamente con tacones altísimos y un traje de infarto, sosteniendo una tableta en su mano perfectamente manicurada.

"Hola, señoras", me dijo en un tono suave, pero autoritario, que me hizo ponerme en pie. "Melinda Lee, directora de marketing y relaciones públicas", extendió la mano, "Usted debe de ser Scarlett".

"Sí, encantada de conocerla".

"Su discurso en el ascensor debe de haber impresionado mucho al Sr. Martin", sonrió. "¿Sabe cuántos entrevistados matarían por una oportunidad así?".

No puedo creer que ya le haya hablado de mí. Qué generoso por su parte.

"Se lo estaba contando", se ríe Emma. "Qué afortunada".

Sonreí.

"Bueno..." Melinda tomó asiento en la silla opuesta a la mía, separadas únicamente por una pequeña mesa. Puso una pierna encima de la otra, dejando al descubierto una piel perfectamente bronceada que brillaba como la de las modelos. "No creo en la suerte". Dejó deslizar un dedo por la pantalla de su aparato. "Llevas un año de descanso, ¿verdad?

"Así es".

"¿Qué pasó?"

Decidida a omitir los detalles molestos, les conté a ambos las circunstancias personales que me habían obligado a dejar el trabajo. No mencioné la pérdida del empleo ni el despido, pero adorné la verdad lo suficiente como para que no pareciera que me victimizaba. Parecieron entender mi historia y pasaron a preguntas más pertinentes.

Permanecí allí otros cuarenta y cinco minutos y, a medida que Melinda se hacía cargo de la conversación, comprendí mejor su carácter. Indiscutiblemente una mujer dura, parecía una experta que sabía exactamente lo que hacía y lo que buscaba.

En un intento por caerle en gracia, evocaba el lado de mí misma que Benjamin había intentado demoler. La mujer fuerte y fiable. La persona inteligente. La trabajadora. La candidata de gran integridad y sólida moral.

Cuando por fin salí de allí, estaba segura de que la entrevista había ido bien, en teoría. Sin embargo, no estaba segura de si me habían contratado o no. Emma y Melinda, dos profesionales con mucha experiencia, dominaban el arte de poner cara de póquer durante las entrevistas.

Esperando lo mejor, salí del edificio y consulté mi teléfono para mi siguiente cita. Tenía una visita con el propietario de un complejo de apartamentos que parecía conveniente alquilar si conseguía el trabajo. Claro, estaba en un barrio que no era perfecto, con calles estrechas y edificios cochambrosos, pero al menos parecía acogedor.

El Sr. Romano tenía unos sesenta años, era alto y corpulento, con una espesa melena y una perilla canosa. "Echemos un vistazo al primero". Subió la estrecha escalera y yo seguí sus pasos.

Las paredes eran de un tono beige descolorido con la pintura desconchada, así como desconchones y grietas en algunas esquinas. Por suerte, solo parecían daños superficiales.

"Aquí estamos". Abrió la puerta de un empujón y me dejó pasar. "Todos tienen más o menos el mismo diseño. La única diferencia son los colores".

Eché un vistazo al piso de paredes verde oliva, y el tono me deprimió de inmediato. "El espacio parece perfecto. Después de todo, viviría sola. ¿Puedo repintarlo?".

"A tu cargo", se encogió de hombros. "¿Por qué no echamos un vistazo a la opción morada?",

arrugó la nariz, "Puede que te guste más".

Subimos tres pisos más hasta llegar al segundo piso vacío. Sin aliento, intenté disimular mi respiración agitada mientras el hombre mayor no parecía fatigado en lo más mínimo.

"El anuncio decía: sin ascensor", se echó a reír.

"Ah, sí, lo había leído", resoplé entre jadeos. "De todas formas es un buen entrenamiento", vacilé, y él se echó a reír nuevamente. Cuando abrió la puerta y me dejó entrar, me di cuenta de que el piso era más rosa que morado. Me gustó. "Entonces", me acerqué a la ventana y miré la humilde vista del patio de recreo comunitario. "Honestamente, ¿cuánta gente quiere este lugar?".

"Eh" me di la vuelta y él se encogió de hombros. "Pareces una buena chica, y yo no quiero problemas aquí. Puedo guardarla un par de días si quieres".

"Se lo agradecería", asentí en señal de gratitud. "Prometo que le avisaré en cuanto tenga noticias de ese trabajo".

"Buena suerte, chica".

Salí del edificio y respiré hondo. Mientras observaba a mi alrededor, pensé en volver a mi congestionada habitación de hotel en lugar de pasar la tarde caminando sin rumbo. Me encontraba en un banco del parque con un cucurucho de helado y las manos temblorosas, comprobando cada pocos minutos si mi teléfono tenía correo electrónico. Exactamente a las cinco y media empezó a sonar, en la pantalla parpadeaba un número que no había guardado.

Intenté mantener a raya el tono esperanzado: "¿Hola?".

"¿Scarlett Kelly?"

"Soy yo."

"Jessica Redgrave, jefa de recursos humanos de L'Exclusive. Llamo de parte de Emma Heard..."

Contuve la respiración.

"Enhorabuena", habló rápida e impecablemente, "has sido aceptada para el puesto de especialista sénior en marketing y relaciones públicas bajo la supervisión de Melinda Lee, directora de marketing. Empezarás el lunes a las ocho en punto. ¿Alguna pregunta?".

"Dios mío", suspiré aliviada. "Gracias, señorita Redgrave, muchas gracias".

No me lo podía creer.

Estaba en la luna mientras firmaba el contrato de arrendamiento con el Sr. Romano.

Un nuevo trabajo.

Un piso propio.

Manhattan... por favor, sé amable.

JAMES

Había pasado una semana desde que Scarlett se había integrado en la empresa y, desde luego, no podía negar que estaba dando buena impresión. Aunque estaba en la planta treinta y tres con el resto de su equipo, la veía a menudo en el patio de la dirección cuando venía al despacho de Melinda para informarse, hacer preguntas o firmar documentos.

Por las fugaces miradas que le echaba a Scarlett y la ocasional charla junto a los ascensores o la cafetera, no podía negar que era una empleada excepcionalmente amable. Era agradable en todos los sentidos, lo que únicamente despertó mi curiosidad por su lado más *oscuro*. Cuando llevas viviendo en el mundo real tanto tiempo como yo, sabes con certeza incuestionable que todo el mundo tiene uno.

Aquel día, a la hora de comer, la vi salir del despacho de Melinda con una gran pila de carpetas y archivos. La sonrisa no abandonaba sus labios y parecía irradiar positividad y optimismo. Nos saludamos con una inclinación de cabeza y ella continuó con su trabajo.

Cerré la puerta de mi despacho y tomé mi taza de café, felicitándome por haberla contratado. Ahora estabamos empatados, y que me acompañara a la fiesta de antiguos alumnos no debería haberme parecido un favor tan grande después de todo.

Pronto se hicieron las dos, hora de mi reunión semanal con los jefes de departamento en Nueva York. Cogí mi portátil y mi teléfono y llevé mi taza medio llena a la sala de conferencias, eligiendo el asiento más cercano al que solía ocupar Melinda.

En el orden del día figuraba la habitual revisión del presupuesto con Tim Parker, director financiero. A continuación, Gerard Bay, nuestro director de ventas, hizo una presentación de las últimas cifras de rendimiento. Después, Emma nos ponía al día de nuestros planes de expansión en términos de capital humano. Y por último, Melinda nos revelaba los últimos cambios en nuestros planes de marketing para la temporada de verano.

Escuché atentamente todo lo que cada una de ellos tenía que decir. Afortunadamente, aquella vez mi contribución fue mínima. Desde que habíamos empezado a aplicar nuevas estrategias para optimizar nuestras operaciones durante el primer trimestre, las cosas parecían ir más fluidas.

"Gracias a los esfuerzos de nuestra división de RRHH, hemos podido cubrir el hueco con una nueva contratación: Scarlett Kelly, Especialista Senior", explicó Melinda, y yo me concentré. "Su experiencia se centra en gran medida en la gestión de eventos, lo que debería venirnos muy bien durante temporada alta".

Sin embargo, como tenía una responsabilidad con mi empresa, no quería arriesgarme a contratar a un empleado incompetente. Por eso decidí profundizar: "¿Y cómo se lleva con el resto del equipo?".

"Se está integrando bien", unió las manos Melinda y sonrió. "Aunque es un poco introvertida - algo natural para la mayoría en cualquier nuevo entorno de trabajo - parece caer bien a sus compañeros. Timothy Banks y Alisha Jones están en su equipo actualmente y hablé con ellos hace poco". Explicó: "Creo que aprenderán mucho de ella. Su actitud tranquila y fría también es una ventaja. Un cambio refrescante en contraste con los retos a los que nos enfrentamos con su predecesor".

Me acordé de Mason. Su propio nombre hablaba por él: era apasionado, eso seguro. Pero también era grosero y brusco, apenas daba a sus subordinados o colegas la oportunidad de equivocarse o crecer. Recuerdo el día en que anunció que se trasladaba a Los Ángeles: el departamento de marketing casi organizó una fiesta de despedida.

Al final de la reunión, le pedí a Melinda que se quedara mientras todos abandonaban la sala.

"¿Qué pasa, jefe?", se sentó en su silla.

Al cruzar las piernas, las abrió demasiado, dejándome ver lo que había debajo de su corta falda. *El truco más viejo del mundo*. Si no fuera plenamente consciente de que era la mejor en el negocio, habría ordenado a Recursos Humanos que la vigilara.

"Bueno, quería asegurarme de que mi impresión inicial de la Srta. Kelly fuera correcta".

Arrugando las cejas, soltó una carcajada innecesariamente sonora: "¿Desde cuándo cuestionas tu propio criterio? Siempre has tenido un ojo excelente, Jamie".

"Sé que Emma me tomaría la palabra, pero sé que tú también tienes una intuición excelente".

"Bueno", se cruzó de brazos, poniendo los ojos en blanco como solía hacer cuando el tema le parecía demasiado trivial, "Scarlett ha hecho exactamente el mismo tipo de trabajo antes, pero para empresas más pequeñas. No nos dedicamos exactamente a la hostelería, pero aun así, el ámbito era bastante relevante", habló despacio, acentuando su aburrimiento.

Asentí con expresión seria.

"Pensé que se le habrían olvidado algunas cosas, ya que llevaba un año sin trabajar". Se encogió de hombros, nada impresionada: "Pero, ¿quién lo iba a decir? Es muy rápida y aprende enseguida. Ya ha tomado la iniciativa de ponerse en contacto con algunas nuevas empresas que parecen prometedoras para explorar la posibilidad de reducir costes."

"Pero no podemos arriesgarnos a romper los lazos con nuestros socios actuales".

Bajó la cabeza y sonrió: "No te preocupes, usaré esas citas únicamente para negociar mejores tratos".

"Excelente". Me moví en la silla para que mi siguiente pregunta sonara puramente profesional. "¿Dijo por qué se tomó un año sabático? ¿Hay alguna señal de alarma que deba tener en cuenta?"

"Algunos asuntos familiares". Hizo un gesto con la mano: "No me preocupa. Parece centrada. Es

la primera en fichar por la mañana y la última en irse".

"Eso es estupendo. ¿Ya ha hecho amigos?"

"La primera semana fue un poco introvertida", se burló. "Démosle algo de tiempo, ¿vale?".

"Quiero que mi equipo sea feliz, eso es todo".

"Créeme, está tan contenta como cualquiera".

No sabía por qué, pero no podía creerla. "Es bueno oír eso", me levanté, arrastrando mi portátil por la mesa. "¿Necesitas algo?"

"No te preocupes por Scarlett, tengo la sensación de que es una tía muy fuerte".

Me acerqué a ella mientras caminaba hacia la puerta y sonriendo le dije. "Ella también está en buenas manos, estoy seguro. Que tengas un buen día".

"Igualmente, jefe".

Volví a mi despacho a tiempo para la siguiente reunión. Summer me siguió con un batido verde y un recordatorio: "Um, ¿Jamie? Hoy es el cumpleaños de Stella". Dejó su vaso y me miró fijamente: "¿Quieres que le envíe flores, como hago todos los años?".

"Oh, Jesús, lo olvidé completamente".

Stella había sido mi última novia seria y eso había sido tiempo atrás. Habíamos jurado seguir siendo buenos amigos y mantener el contacto, pero siempre había intuido que su resentimiento hacia mi aversión al matrimonio la había dejado amargada.

"No lo mencionaste esta mañana, así que investigué un poco sobre ella. Al parecer, ahora está prometida".

"Eso he oído", me miré los dedos y recordé la forma progresiva en que me lo había propuesto después de tres años de noviazgo... y cómo yo la había rechazado. Respirando hondo, sacudí la cabeza y miré a Summer: "No creo que sea inteligente enviar algo. ¿No estás de acuerdo?"

Ella sonrió comprensiva e inclinó la cabeza asintiendo: "Seguro que lo entenderá".

"Bueno, pues ya está", sonreí, extendiendo las palmas de las manos sobre el escritorio. "Ahora, sal de aquí antes de que llegue Stevens".

"Sí, señor", salió alegremente, cerrando la puerta tras de sí.

Stella.

Aún me gustaba decirme a mí mismo que la amaba, a pesar de mis profundas dudas.

Sobre el papel, éramos perfectos el uno para el otro. Era hermosa, con unas curvas que hacían que los hombres cayeran de rodillas. Morena por naturaleza, se teñía el pelo de rubio únicamente porque había descubierto que era mi "tipo". Yo lo apreciaba, pero siempre tuve la impresión de que se esforzaba demasiado.

La familia de Stella era propietaria de una cadena de restaurantes de lujo en todo el País, lo que

encajaba perfectamente con mi línea de trabajo y creaba oportunidades prometedoras para una fusión lucrativa.

Le gustaba la música, el cine y los viajes largos a la playa. Pero también quería ser esposa y madre, y ahí fue donde encontró resistencia. Mientras yo ni siquiera estaba seguro de querer casarme, ella estaba allí pensando en los nombres de nuestros futuros hijos.

Una noche, tras una cita perfecta en un concierto de música rock, fue como si la invadiera el espíritu rebelde de la velada. Con sus vaqueros rotos y su cazadora de cuero de motera, se arrodilló y levantó una uñeta de guitarra que había cogido al final. Sonrió y pronunció las siguientes palabras: "Jamie Martin, ¿quieres casarte conmigo?

No.

Seguía siendo no, pero no sabía cómo había tenido el valor de decírselo. Tal vez por los ríos de cerveza que habíamos consumido o por el hecho de que ella odiaba su propio color de pelo por mi culpa. O tal vez el hecho de que ella había asumido que yo quería tener hijos, sin preguntármelo nunca en serio.

Una docena de razones... pero el resultado fue el mismo.

Ese rechazo flagrante y descarado fue la gota que colmó el vaso.

Se me rompió el corazón, pero no quería vivir una mentira. No quería repetir el error de mis padres, comprometiéndome desesperadamente con un barco que se hundiría.

Los nudillos de Summer llamaron a la puerta y me devolvieron al presente: "Ha llegado el señor Patton Stevens".

Me aclaré rápidamente la garganta, apoyándome en el sillón y alisándome la camisa: "Que pase, por favor, gracias".

Uno pensaría que me alegraría por Stella.... y lo estaba. Realmente lo creía. Pero también había un dolor punzante, cuyo origen no podía precisar.

¿Se trataba de celos?

"El proyecto va según lo previsto", sonó la voz de Patton como si viniera de lejos. Asentí con la cabeza.

No estaba celoso porque Stella hubiera encontrado a otro hombre. ¿Podría haber estado celoso de ella? ¿De su valor para comprometerse con una persona para el resto de su vida?

"La construcción avanza más rápido de lo esperado..."

Entrecerrando los ojos, fingí escuchar atentamente. Todo eran buenas noticias. Todo era bueno. Todo era...

Qué lío.

El matrimonio es el mayor y más complicado lío en el que la gente se mete voluntariamente, sin saber exactamente a qué se atiene.

"Los permisos fueron aprobados una vez que el departamento legal dejó claro que..."

Por no hablar de los que lo hacen dos veces, como mi madre. ¿Qué piensan? Siempre me había puesto del lado de mi padre. Era - casi con toda seguridad - el hombre más sabio que había conocido. Después del divorcio, decidió vivir solo y disfrutar de su compañía. De sus libros. Su música. Su arte. Sus amigos.

"Gracias por su tiempo, señor Martin".

Estreché la mano de Patton y le lancé una mirada, preguntando inesperadamente en voz alta: "¿Cuánto tiempo llevas casado, Pat?".

La sorpresa fue evidente en su rostro, pero pronto desapareció, dejando espacio para una sonrisa: "Cinco años". Luego ladeó la cabeza: "¿Por qué lo preguntas?".

"Un pequeño estudio de marketing". Le estreché la mano con más fuerza antes de soltarle: "Buenas noches".

"Igualmente, señor".

Recogiendo mis cosas, pensé si Stella esperaba o no que la llamara para felicitarla. No lo haría, ella debería haberlo sabido.

Salí de la oficina y vi a Scarlett de pie, esperando el ascensor.

"Hola", tomé sitio junto a ella. "¿Qué tal el día?"

"Mucho trabajo y de un lado para otro, pero lo echaba de menos. ¿Y el tuyo?"

Mis ojos se posaron en su mano que sostenía el portátil. Noté una línea morena alrededor de su dedo anular. Rápidamente volví a levantar la vista para encontrarme con la de ella, que miraba torpemente sus zapatos. Ella sabía de lo que yo acababa de darme cuenta. *Se había divorciado hacía poco.*

¿Tú también, hermosa y dulce Scarlett?

Intenté no sorprenderme. Al fin y al cabo, era sabido que la mayoría de los matrimonios se desmoronan. Pero mi mente no dejaba de analizar e intentar llegar a una razón sólida. Como un acertijo numérico por resolver. De todas las personas que había conocido en mi vida, siempre había imaginado a Scarlett Kelly viviendo feliz para siempre.

Pero nuestra época universitaria parecía una eternidad atrás.

SCARLETT

Mi primera semana en L'Exclusive fue agotadora pero emocionante. Era justo el tipo de trabajo que me gustaba hacer, y mi equipo colaboraba y me apoyaba. Mis dos subordinados, Tim y Alisha, eran entusiastas, grandes trabajadores con un toque artístico. Me caían muy bien y les daba todo el espacio creativo que necesitaban para aportar ideas nuevas.

Melinda, en cambio, era una mujer intransigente que pensaba únicamente en la estructura y el orden. Aunque apreciaba su enfoque, intenté proteger a los jóvenes de su dureza mientras trabajaba con ella para llegar a un denominador común. Asistía a reuniones, acordaba plazos y asignaba tareas. De aquella manera, mi equipo podía trabajar de la forma que les resultara más cómoda mientras yo me ocupaba de las cuestiones urgentes de gestión.

El martes de la segunda semana, Melinda convocó una reunión interna con todos los miembros de marketing y relaciones públicas. Nos reunimos en su despacho de la última planta con nuestros portátiles. Se quedó de pie, con los brazos cruzados, y empezó a pasearse por la sala.

"La buena noticia es", empezó, "que nuestros planes propuestos para el verano han sido aprobados por la dirección. El mismo señor Martin, junto con nuestro vicepresidente de estrategia corporativa, lo han revisado en detalle y nos han dado su visto bueno".

Luego se volvió hacia mí, sonriendo. "La mala noticia es que habrá mucho trabajo".

Asentí y sonreí, dando a entender que estaba lista para el reto.

"Os he enviado a todos por correo electrónico la hoja del plan definitivo. Deberíais encontrarla en vuestra bandeja de entrada ahora mismo".

Todos abrieron rápidamente sus portátiles y descargaron el documento, yo hice lo mismo. Era una hoja de cálculo muy organizada, con códigos de colores y datos claros.

"Ahora", se dirigió a Damon, director de relaciones públicas. "Scarlett tiene mucha experiencia en gestión de eventos. Vas a incorporarla y tiene que asistir a todas las sesiones informativas de la agencia".

"Entendido", Damon me sonrió y yo volví a asentir.

"También se le da bien negociar con nuevos proveedores, así que ¿por qué no dejamos que pruebe suerte allí y vemos qué puede conseguirnos?".

"Nunca diré que no a eso".

"Tim y Alisha también te habrán enseñado cómo funciona nuestra agencia de medios sociales, ¿verdad?", se volvió hacia mí.

"Sí".

"Una vez que te familiarices con nuestro calendario de eventos, me gustaría que persiguieras a esos bastardos perezosos. Lo que ocurrió el año pasado no puede volver a suceder, o serán despedidos", anunció con severidad. "¿Puedes transmitir ese mensaje sin desanimarlos?".

"Por supuesto".

"Tenemos otras cuatro agencias compitiendo por conseguir una pizca de contrato", añadió. "Si no lo consiguen, podemos reemplazarlas en el plazo de un mes".

"Qué bueno saberlo".

"Te enviaré las propuestas cuando acabemos, para que encuentres la mejor manera de amenazarlas. Calibres más jóvenes, entrega más rápida, tarifas más bajas. Ellos no son los dueños del mercado. Nosotros lo somos".

La mirada en sus ojos reflejaba algo más que rabia por un mal proveedor de servicios. Era como si estuviera más decidida a demostrar que tenía las de ganar que cualquier otra cosa.

"Por favor, comprueben el plano final. Tenéis cinco minutos".

Mientras nos preocupábamos por las palabras y las cifras, Melinda salió al balcón de su despacho y se fumó un cigarrillo electrónico. Debía de haber invertido mucho trabajo en aquella hoja interminable, con todos aquellos detalles y cada pequeña tarea con el nombre del responsable, los puntos de control fechados, las fechas de entrega provisionales, los plazos y las asignaciones presupuestarias.

Impresionada, me concentré en todos aquellos puntos que sabía que tendría que memorizar. Mi nombre ocupaba muchas casillas, pero no importaba. Yo era el miembro más nuevo del equipo, y ella quería exponerme a todo lo posible en el menor tiempo posible para que pudiera absorberlo todo.

Era una gran oportunidad para aprender, y la aproveché.

Cuando volvió a la oficina, anunció: "¡Tiempo!"

Los chasquidos de los portátiles de todos al cerrarse a mi alrededor me instaron a hacer lo mismo, aunque aún no había terminado. Miré a mi alrededor y vi que todos los ojos estaban puestos en ella, esperando.

"Ahora", dijo jugueteando con el delgado dispositivo que tenía en la mano. "Para los recién llegados y los que necesiten un recordatorio... somos una unidad. Una célula. Vuestro rendimiento se refleja en el mío. Vuestros errores no son exclusivamente vuestros. Pesan sobre todo el equipo". Habló en tono de advertencia: "Yo soy la única que se enfrenta a la dirección con nuestros éxitos y nuestros fracasos. Y cuando quieres crecer, tienes que subir esa infame escalera".

Mis ojos recorrieron sutilmente los rostros que me rodeaban. Ellos escuchaban atentamente, y yo

estaba segura de que no era la primera vez que oían ese discurso. Sus expresiones seguían siendo solemnes y profundamente contemplativas, como si todo aquello fuera nuevo.

"No quiero convertirme en la Vicepresidenta global de Marketing y Relaciones Públicas solo por mi propio bien", continuó Melinda. "Pero si sigo siendo directora en Nueva York, ¿qué pasa con vosotros?".

Sus ojos se movieron lentamente por nuestros rostros, desafiándonos con una leve sonrisa.

"Un techo de cristal es la pesadilla de todo empleado superdotado", y de pronto se volvió hacia mí: "Tú quieres ser Directora, ¿verdad, Scarlett?".

Me reí: "Espero que algún día".

"Mal", levantó la voz una octava mientras me señalaba con el cigarrillo. "Usted, señorita Kelly, tiene una oportunidad de oro, ya que el puesto de gerente está vacante. Actualmente depende de mí y, si juega bien sus cartas, puede tener la oportunidad de conseguir el título al final de su primer año con nosotros", sonrió triunfante.

Apreté los labios y asentí, fascinada y un poco intimidada.

"Quiero que todos aspiréis a esos ascensos", levantó teatralmente las manos, extendiéndolas en el aire. "Y que trabajéis duro para conseguirlos. Podemos hacer grandes cosas juntos este año. Tengo un buen presentimiento".

El equipo sonrió colectivamente y asintió en señal de aprobación. Me pregunté cuántas veces había pronunciado aquel discurso y con qué eficacia servía para motivar a sus empleados.

"Y recuerden", enarcó las cejas. "Nuestras evaluaciones de fin de año se han trasladado a diciembre, de acuerdo con la nueva estrategia corporativa. Así que tenemos tiempo de sobra para dejar buena impresión". Volviendo a su escritorio, se dejó caer lentamente en su sillón con un gesto cinematográfico. "Todos los lunes realizaremos una comprobación de este tipo a partir de la semana que viene. Ahora, id a disfrutar de la hora de comer".

Todos nos levantamos y, al salir todos, Melinda gritó: "¿Kelly, te traes el almuerzo de casa?".

"No". Negué con la cabeza. "Todavía no he perfeccionado la rutina de cocinar en casa".

"Genial", se levantó y cogió su teléfono. "¿Vamos a la cafetería? Yo invito".

"Oh, no tienes que..."

"Insisto. Vamos", me guiñó un ojo mientras se acercaba, poniéndome la palma de la mano en la espalda e invitándome a caminar. "Tomemos un descanso juntas".

La cafetería de la planta de dirección no se parecía en nada a la de mi planta. Técnicamente, parecía un pequeño restaurante de lujo con mesas de caoba de buen gusto, mantelería blanca y vajilla de plata.

Un único camarero atendía el tranquilo espacio con música clásica que sonaba a través de altavoces invisibles. No había nadie más que nosotras, así que cuando entramos, los estrechos tacones de Melinda resonaron en la sala.

Inmediatamente se dirigió hacia una pequeña mesa cerca de la cristalera, con vistas a la ciudad desde arriba. Aprobé mentalmente su fantástica elección y nos sentamos, frente a frente.

"Buenas tardes, señoras", se acercó cortésmente el camarero.

Ella sonrió: "Hola, Mike. ¿Cómo está tu pequeña?"

"Está muy bien, señora Lee. Gracias por preguntar. ¿Y cómo está usted?"

"Depende. ¿Qué tiene para mí hoy?"

Su cara mostraba un poco de pesar: "Me temo que hay solamente ensalada".

"Bien", golpeó con sus largas uñas la sólida superficie. "Un bol grande, por favor. Como siempre. Y un zumo de naranja grande".

"Por supuesto", luego se volvió hacia mí. "¿Y usted, señorita?"

"Ella es Scarlett", me presentó. "La verás mucho por aquí".

"Siempre será un placer", sonrió secamente. "¿Quiere un menú?"

"Oh, no, gracias. Tomaré el mismo plato de ensalada, por favor, y un café con leche si tiene".

"Claro". Dejó dos vasos de agua: "Disculpen".

Luego se dio la vuelta rápidamente y se marchó mientras Melinda se burlaba: "Aquí casi nunca tienen comida vegana", meneó la cabeza consternada.

Bebí un sorbo de agua: "Debe de ser aburrido. ¿Ensalada todos los días?".

"Casi. Los viernes me doy un capricho y me como un buen plato de espaguetis", se rio. "Quiero decir, hablemos de integración. Los veganos lo tienen fácil. ¿Cómo mantienes tu figura si comes pasta todos los días?".

Mike volvió con nuestra comida y bebidas, con excelente rapidez, "Bon appetit".

Sonriendo, observé cómo elegía cuidadosamente un trozo de tomate, lechuga y todo lo demás en orden, creando saludables capas en su tenedor antes de dar el bocado perfecto.

"¿Cuánto tiempo llevas siendo vegana?". Intenté encontrar una forma de relacionarme.

"Tres años ya. ¿Te lo estás pensando?".

"No lo sé", dudé. "Sería prudente hacerse vegetariano primero, ¿no?".

"Cierto", asintió rápidamente. "Y si lo haces bien, puede hacer maravillas por esas caderas sin ni siquiera esforzarte", señaló mi ensalada, y lo entendí. Ella supuso que yo quería perder peso, así que decidí buscar una conexión.

Sonreí con picardía, fingiendo cierta vergüenza: "A veces envidio a la gente que puede comer lo que quiere sin engordar. Ya sabes, como James".

"¿James Martin?", inclinó la cabeza.

"Sí, siempre ha sido delgado", negué con la cabeza sonriendo. "Recuerdo haberlo visto comer cantidades obscenas de helado en su época universitaria. Nunca engordó ni un kilo", me reí.

Tomé un bocado, y cuando levanté la vista hacia ella, la expresión de su rostro ya no era amistosa. "No sabía que lo conocieras", dijo en un tono sereno, pero alarmante, como la calma que precede a la tormenta.

"Bueno, no puedo decir que le conociera", ladeé la cabeza con aprensión mientras fingía evocar el recuerdo, observando discretamente su rostro. "Era de último curso, al fin y al cabo...".

Se removió inquieta en su silla, enderezando la espalda mientras sus dedos se apretaban en torno al tenedor. Su relación laboral se asemejaba a sus puñaladas ligeramente exageradas en la ensalada. Me pregunté si su relación laboral era difícil o si simplemente lo odiaba como persona. Recordé que alguien había dicho que Melinda llevaba más de diez años trabajando en la empresa. Se quedó callada, así que añadí: "Teníamos un par de amigos en común, así que lo veía casualmente por los pasillos o en alguna fiesta en el campus".

"Mhmm", asintió sin pensar, tomando otro bocado. Vi cómo apretaba las mandíbulas al masticar con más fuerza.

Intentando tranquilizarla, me explayé un poco más: "Pero en realidad no éramos amigos ni nada por el estilo. No recuerdo haber tenido una conversación de más de cinco minutos con él por aquel entonces".

Intenté no sonar a la defensiva, no encender ninguna alarma en su cabeza, pero era consciente de que mi relación con ella era mucho más importante en aquel momento que con el gran jefe.

"Entonces, ¿fue él quien te puso en contacto con Recursos Humanos cuando buscabas trabajo?".

"Oh, no", me reí, negando definitivamente con la cabeza. "No tenía ni idea cuando lo solicité. Incluso lo hice a través del portal de empleo".

"¿Sí?", enarcó una ceja.

"Sí, así es", le mostré mi sonrisa más sincera. "Solo me enteré de que trabajaba aquí en el ascensor de camino a la entrevista".

"Vaya", bajó la cabeza y me miró por debajo de las cejas. "Qué casualidad, ¿eh?".

"¡Exactamente! Y cuando lo vi por primera vez, ni siquiera lo reconocí". Eso era técnicamente cierto, ya que no lo había reconocido cuando lo vi en el bar. "Como dije, solo lo recordaba como un tipo flaco y alto. Ahora tiene un aspecto muy diferente".

Se rio, añadiendo un toque juguetón a su expresión, aunque claramente forzado. "Hace ejercicio", frunció el ceño. "Qué rico, ¿verdad?".

"Oh", negué con la cabeza torpemente y bajé la mirada a mi plato. "No lo sé".

JAMES

Llegó la reunión de los exalumnos. Esperé a Scarlett en la limusina. Su piso estaba en un barrio antiguo, y sonreí al leer el mensaje que me había enviado antes disculpándose por el ambiente en general.

Mirando a través de la ventanilla bajada, de algún modo esperaba verla con el vestido que le había enviado el día anterior. Mi mente pintó una imagen de ella con aquella vaporosa gasa rosa, mientras la suave tela abrazaba sus pechos bien dotados antes de drapearse en una amplia falda con una única abertura a la altura del muslo.

Cuando por fin salió por la puerta en ruinas, la escena recordaba a una sesión fotográfica artística. *Belleza entre ruinas*. Era una visión absoluta a la que mi imaginación nunca había hecho justicia. Salí antes que Liam y abrí rápidamente la puerta, situándome junto a ella mientras se acercaba.

"Vaya", se rio, con los dedos sujetando la larga falda de su vestido para no mancharla de barro. "Pareces un príncipe".

Mis ojos examinaron sus tacones, y me acordé de comprarle un par nuevo como regalo. ¿Cuándo era su cumpleaños? Sería mejor que lo consultara con RRHH. "Enseguida vuelvo contigo, princesa", me reí mientras la veía deslizarse con elegancia en el asiento trasero. La seguí, con cuidado de no sentarme sobre ninguna de las capas sonrosadas.

"Cualquier mujer parecería una reina con este vestido", sus manos alisaron la tela. "Espero que esta noche no se derrame nada".

No quise decirle que ya había pagado el vestido. Ninguna cita mía llevaría un vestido alquilado. "¿Eso descarta el champán?" Levanté una botella.

Sus ojos se abrieron de par en par: "Dios mío, estabas serio".

Cogí una copa y le serví un vaso. "Vamos a disfrutarlo, ¿vale?". Se lo entregué y lo aceptó. Pulsé un botón para elevar la ventana entre Liam y nosotros antes de coger el otro vaso.

"Entonces", me miró mientras me servía la copa, "¿qué es lo que tu novia necesita saber de ti?".

"Bueno", chasqueé nuestros vasos y bebí un sorbo, contemplando su pregunta. "Treinta y cuatro años, Harvard, pero eso ya lo sabes".

"La empresa, bla, bla, bla. Ve al grano, Jamie".

"Muy bien, llámame Jamie. Todos mis amigos íntimos lo hacen".

"Incluso Summer, me he dado cuenta".

"Ella cuenta como amiga. La contraté el primer día".

"Me parece justo. ¿Qué más?"

Puse los ojos en blanco. "Mis padres se divorciaron un semestre antes de mi graduación".

"Ay". Sus ojos reflejaban empatía.

"No pasa nada. Ya lo he superado". Hice una pausa. "Soy hijo único. Mi padre es mi mejor amigo".

"Eso está bien".

"Sí, deberías conocerle alguna vez. Vive fuera de la ciudad, pero nos vemos tres veces al año".

"Qué precisión".

"Así lo hacen los Martin", sonreí. "Navidad, su cumpleaños y el cumpleaños de Oscar Wilde".

"¿Por qué Oscar Wilde?"

"Su favorito: el arte por el arte".

"Interesante".

"Oh, sí", me reí con orgullo. "No tienes ni idea de lo interesante que es".

Ladeó la cabeza, realmente intrigada, mientras su tono se suavizaba: "¿Y qué más?".

"Mi madre vive en California, donde puede estar con los dioses a los que adora, en carne y hueso".

Scarlett soltó una carcajada, y volví a encontrar su mirada de cuando era más joven. Era curioso que no la hubiera perdido con los años.

"Sí", negué amargamente con la cabeza, agradecido de que no estuviera mirando. "No se parece en nada a mi padre".

"Entiendo. ¿Algo más?"

"La música y el cine son mis últimas adicciones".

"¿Sí?", se movió frente a mí, "¿Qué géneros?".

"De todo, desde clásicos de la ópera hasta algo de rock y metal".

"No puede ser", se rio. "Es difícil de imaginar".

"¿Por qué, tú qué escuchas? También tu novio debe conocer estas cosas, ¿no crees?".

"Sobre todo indie alternativo y folk... algo de rock clásico aquí y allá".

No pude evitar sonreír. "¿Por ejemplo?"

"Johnny Cash, Lou Reed... ¿Los Eagles?"

"Oh, me encantan los Eagles". Moví la cabeza en señal de agradecimiento.

"¿Viste su concierto en el Capital Center del ‘77?".

Mis ojos se abrieron de par en par, sorprendida: "¿En repetición? Muchísimas gracias".

"Ya lo sé". Dijo asombrada. "Me encanta". Su sonrisa de oreja a oreja me recordó de algún modo la línea de bronceado de su dedo. Miré hacia abajo y allí estaba, el testimonio de un doloroso viaje del que ella nunca había hablado.

Señalé su dedo y ella lo cubrió automáticamente con la otra mano.

Coloqué el vaso en el atril y metí la mano en el bolsillo, sacando la caja cuadrada de terciopelo. "Toma", la abrí y se la entregué.

Separó los labios y soltó un grito ahogado: "¿Qué?", lo sacó y se quedó mirando el enorme solitario.

"Es un préstamo...".

"Déjame adivinar", lo sacó de la caja y lo examinó, "prestado por un amigo que tiene una tienda de diamantes".

"Entre otras cosas", mis ojos siguieron sus dedos mientras deslizaban el anillo, cubriendo perfectamente la vieja línea.

Nuestras miradas se encontraron y ella sonrió torpemente, dando un gran trago de champán. Volvió a bajar la mirada y levantó el dedo. Imaginé que estaba a punto de comprobar el peso. "¿Crees que la gente te pregunta cómo te declaraste?", preguntó en voz baja, como si solo se lo preguntara a sí misma.

"Tú eres la mujer del marketing", me aclaré la garganta. "Escríbenos una historia creíble".

"Vale", asintió varias veces, entrecerrando los ojos. "De acuerdo", suspiró, apartando la mirada, "pero creo que necesitaré un informe adecuado. ¿Te gustan las muestras públicas de afecto o eres más del tipo privado?".

"Privado hasta la médula".

"Así que salimos desde hace", arrugó la nariz, "¿un año? ¿Sí?"

"Vale".

"Y entonces me llevaste a un yate... Espera, ¿tienes un yate?"

Me reí: "Lo has adivinado".

"Era nuestro aniversario, así que no sospeché nada. Hiciste que tu chef privado cocinara mi plato favorito".

"¿Y cuál es?"

"Pastitsio", agitó el pelo teatralmente, y yo me reí. "No tiene mucha gracia, lo sé".

"Oye, te queda bien", me encogí de hombros. "¿Y a mí qué me importa?".

"Y después de comer y charlar...", pensó un segundo.

Me ofrecí a completar su frase. "¿Miramos el concierto de los Eagles en el Capital Center del ‘77?".

"¡Perfecto!", rio, tapándose el vaso con la palma de la mano para no derramarlo. "Lo has clavado".

Forjando una mirada humilde, bajé los ojos. "Lo intento".

"Y al final, mientras el público rugía por los altavoces...", hizo una pausa, ladeando la cabeza, "¿Eres el tipo de hombre que se arrodilla?"

Yo era el tipo de hombre que no se declaraba. "No sabría", confesé solemnemente.

Ella parpadeó lentamente con los ojos fijos en los míos. "Pues a mí me habría encantado esa escuela de pensamiento cuando me lo propusieron".

Moví la cabeza un centímetro, interrogante. Ella se dio cuenta de lo que acababa de decir, así que se estremeció y se encogió de hombros: "Qué demonios. Al menos en la ficción te habrías puesto de rodillas, Jamie".

Fingí sentir humor y moví la cabeza en señal de asentimiento: "Por supuesto".

Su rostro recuperó poco a poco su expresión juguetona: "Y me diste un papel doblado. Lo abriste revelando este hermoso anillo y el poema escrito a mano: "Somos uno con lo que tocamos y vemos".

Comprendí inmediatamente y eché la cabeza hacia atrás, exhalando y riendo suavemente al mismo tiempo: "Wilde... por supuesto". Entrecerré los ojos y sacudí la cabeza asombrada por su rápida pero poderosa adición a la historia.

"¿El director general lo aprueba?"

Mirándola, me asombré: "Tu capacidad para comercializar bien cualquier producto está ahora demostrada. Acabas de convertirme en un romántico sensible con un solo toque".

"Confío en que esta historia sea un buen augurio para nuestros amigos de Harvard".

"No a los que me conocen bien. Espero que no aparezcan".

"¿Estás diciendo que el romanticismo ha muerto?"

"Oh, es muy posible que esté vivo y coleando. Simplemente no en mi vida". Inmediatamente me arrepentí de haber pronunciado aquellas palabras. Me pregunté por qué de repente me sentía lo bastante cómodo como para revelarle tales detalles a ella, casi una completa desconocida.

Como si pudiera leer mis pensamientos, su expresión se suavizó y sonrió. "No, ya lo entiendo. Nunca es lo que dice la literatura". Bebió un trago rápido, seguido inmediatamente por otro mientras bajaba la ventanilla y miraba hacia fuera.

"Oye", recuperé rápidamente la compostura y, con ella, parte de mi curiosidad. "Ya que esta

noche fingimos ser pareja... ¿Hay algo de tu pasado que alguien pueda saber y yo deba conocer?".

Se volvió hacia mí con su sonrisa renovada. "Nunca me han detenido, si te refieres a eso", respondió.

"¿Un novio anterior, quizá?"

Sus ojos se entreabrieron un instante mientras estudiaba mi rostro. Casi podía leer la docena de preguntas que de repente se agolpaban en su cabeza. "Estuve casada unos años", dijo monótonamente. "Me divorcié antes de mudarme aquí".

Ahí estaba.

"Lo siento".

"Yo no". Sus labios se relajaron en una sonrisa forzada. "Estoy agradecida por haber recuperado mi vida".

Inclinando la cabeza, intenté transmitirle mi simpatía: "Ya sabes lo que quiero decir".

"Gracias", asintió débilmente antes de beberse el resto de la bebida de un trago.

El coche aminoró la marcha hasta detenerse, y la voz de Liam resonó a través del micrófono de comunicación: "Estamos aquí, señor".

Pulsé el botón. "Gracias, Liam". Imitando su movimiento, me bebí el champán y dejé la copa en el suelo, respirando hondo. "¿Nos vamos?"

Ella levantó la cabeza, dispuesta. "Vamos".

Cuando entramos en la lujosa sala, todas las miradas se centraron en nosotros, recibidos por los organizadores y obsequiados con nuestras bebidas de bienvenida. Aunque era consciente de que mi estatus era conocido, dado el generoso patrocinio que mi empresa había dado al evento, también era consciente de las miradas de agradecimiento que caían sobre Scarlett desde todas direcciones. La miré y la vi indiferente.

Ocupada en explorar el lugar y estudiar la decoración, las marcas y cada pequeño detalle, sus ojos no descansaban mientras saltaban de una esquina a otra.

"Mira el escenario", susurró sin pensar mientras seguíamos al ujier hacia nuestra mesa. "Me gusta lo que han hecho ahí".

"¿Estás robando ideas para tu próximo gran proyecto?".

Me dirigió una mirada de reproche. "¡Se llama inspiración! Puede que el romance esté en pausa, pero la creatividad reina sobre todo, amigo mío".

En nuestra mesa, encontramos las invitaciones y pequeñas bolsas de regalo en las sillas. Cuando nos sentamos, Scarlett miró inmediatamente dentro de su paquete, sacando cada cosa.

"Muchas cosas", dijo colocando un elegante bolígrafo sobre la mesa, con la etiqueta de tres dígitos del precio aún pegada. "¿Qué?" Hizo una mueca mientras también sostenía una bufanda de marca. "¿Quién se la pondría?" Sacudió la cabeza hacia mí.

"¿Puedes dejar de hacer eso?" Solté una risita: "¿Analizas todo como si estuvieras siempre trabajando?".

Puso los ojos en blanco. "Lo dice el hombre que es conocido por terminar una jornada de ocho horas en la oficina para seguir con otras ocho en casa".

"¿Dónde has oído eso?"

"¿Tu entrevista en el "Post" hace unos años?".

Acercándome, le susurré: "¿Has investigado sobre mí?".

"Trabajo para ti", se acercó más, "y me gusta saber con quién trato".

"Bueno, no te creas todo lo que lees".

"Entonces", volvió a hundir la mano en la bolsa, "¿no eres un adicto al trabajo?".

"Odio las etiquetas".

Entonces Scarlett sacó una tableta de chocolate. "¡Dulces! Bien, porque me muero de hambre".

Me reí y sacudí la cabeza, en parte incrédula pero sobre todo divertida.

"Entonces, ¿no vas a contestarme?". Arrancó el envoltorio y le dio un mordisco, un rastro de caramelo se posó en su labio inferior y lo lamió rápidamente.

Me distraje y clavé los ojos en sus labios. No sabía lo que me estaba pasando mientras mi imaginación se inundaba con la sensación, el olor y el sabor de sus labios cubiertos de caramelo sobre los míos.

Tragué saliva y levanté la mirada para encontrarme con sus ojos expectantes, susurrando: "Me dejo llevar por la pasión".

SCARLETT

"Me dejo llevar por la pasión".

Era la última frase que me imaginaba oír de labios de Jamie Martin. Cómo deseaba haberle conocido mejor en mi juventud.

Mis ojos permanecieron fijos en los suyos, un magnetismo alimentado por su declaración y mantenido por la profundidad que podía ver en aquellos iris oscuros y ardientes. Me sorprendí a mí misma deseando que aquel momento durara un rato, así que me alejé rápidamente y enderecé los hombros, apoyando la espalda en la silla como si buscara apoyo.

Solté un suspiro lo más silenciosamente posible. Casi podía ver cómo los pedazos destrozados de mi mente se dispersaban de repente sin previo aviso. Sonreí aliviada cuando se acercó un hombre con un traje caro, visiblemente entusiasmado.

"James, me alegro mucho de que hayas venido". Le cogió la mano y James se levantó, tirando de él para abrazarle mientras ambos reían.

"Creo que no nos conocemos", el hombre se volvió entonces hacia mí, y me puse en pie de golpe. "Clint Bates".

Le tendí la mano mientras James se ofrecía: "Scarlett Kelly, mi novia". Luego se volvió hacia mí mientras el caballero me besaba el dorso de la mano: "Clint es banquero de inversiones. Fuimos compañeros de piso durante un año".

"Y me rompí la espalda intentando convencerle de que abriera una cuenta con nosotros". Clint se rio con ganas, echando la cabeza hacia atrás. "Pero algún día estoy seguro de que lo conseguiré. Enhorabuena y buena suerte. ¿Cómo es que no me había enterado de esta noticia?".

Le contesté rápidamente: "Es algo muy reciente".

"Bueno, no puedo negar la emoción de conocer a la mujer que por fin ha conseguido atrapar a este hombre", se rio. "Aunque no recuerdo haberte visto nunca en el campus".

"Si os graduasteis juntos, entonces es muy probable. Yo estaba en tercer curso".

Lancé una mirada a James y me di cuenta de lo incómodo que se sentía. La mera noción de estar "prendido" a una mujer no era su estilo, ni siquiera fingiendo.

"¡Oh, las historias que tengo sobre él!" Se regodeó Clint, y James le agarró la mano

inmediatamente.

"Quizá más tarde", advirtió juguetonamente. "Por cierto, ¿dónde está Pamela?".

Clint se volvió, buscando. "Está por ahí, en algún sitio. Ya conoces a las mujeres, cuando están juntas....".

"Por supuesto".

Divisé unas cuantas caras conocidas y decidí jugar con la última frase. "Por cierto, me parece ver a Clarice y a Dawn por allí. ¿Me disculpas un momento?"

Al darme la vuelta, eché sutilmente una mirada por encima del hombro y me di cuenta de que los ojos de James me seguían. Al acercarme a mis antiguas compañeras de clase, no pude evitar la sonrisa en mi rostro que brillaba con un profundo sentimiento de adulación. Era innegable que cuando un hombre tan guapo como James Martin te encontraba atractiva, una descarga de adrenalina te recorría el cuerpo.

"¡Scarlett!" Los ojos de mi amiga Dawn se abrieron de par en par cuando abrí los brazos para abrazarla.

"Desapareciste de la faz de la tierra", añadió mi otra amiga, Clarice, mientras intercambiábamos un beso en la mejilla. "¿Dónde has estado?"

"En Long Island", dije sonriendo. "Aunque ahora estoy aquí".

"¿Desde cuándo?" ,gritó Dawn.

"¿Desde hace quince días?", dudé. "Todo ha sucedido muy deprisa".

"¿Y qué es esto?" Clarice me agarró suavemente la mano, levantándola.

Antes de que tuviera oportunidad de responder, sentí un brazo fuerte que serpenteaba bajo el mío, rodeándome la cintura mientras la colonia de James invadía el aire. Me volví hacia él con una sonrisa. "Chicas, este es James Martin".

"Hola, encantada de conocerte", dijeron sonriendo simultáneamente.

"El prometido", anunció él con seguridad.

"¡Enhorabuena!", exultó Dawn antes de echarse hacia delante en broma y fingir que susurraba mientras gritaba a todo volumen. "Así que Benjamin es una noticia vieja, ¿eh?".

Dejé escapar una risa incómoda que parecía más bien un bufido. "Ahí... no funcionó. James, Dawn y Clarice estaban en mi clase".

"Siempre es agradable encontrarte con tus viejos amigos", sonrió amablemente, cogiéndoles la mano por turnos.

Clarice tiró urgentemente de mi brazo. "Disculpadnos, un momento". Me apartó unos pasos. "¿No te casaste con Ben?"

"Sí, me casé", le expliqué. "Estamos divorciados".

"Eso no es posible", arqueó las cejas hacia abajo. "Estaba loco por ti. ¿Qué pasó?"

"Que resultó estar *demasiado* loco", agité una mano con impaciencia. "¿Podemos no hablar de ello ahora? No me apetece estar deprimida esta noche. Además, James es maravilloso".

"Seguro que lo es", lanzó una mirada sugerente en su dirección, fijándose en su físico. "¿Cómo os conocisteis?"

"Por negocios".

"¿Cariño?" James se acercó, haciéndome un gesto con la cabeza. "Me gustaría presentarte al resto de la pandilla".

"Mira", le hice un gesto de disculpa con la cabeza. "Intercambiemos números más tarde, ¿vale?".

"¡Por supuesto, ve!"

Me uní a James con el nuevo grupo, todos vestían muy elegantemente. Estaba claro que pertenecían a familias prestigiosas como los Martin.

James me cogió de la mano. "Estos son Sarah, Michael, Nina y Billy. Y no se creen que estemos prometidos".

"Oh", con una mirada humorística y burlona, levanté la mano: "Pero lo estamos".

Nina entrecerró los ojos con un mohín. "¿Y cómo te lo propuso? ¿Fue un desastre total?"

El grupo estalló en carcajadas colectivas, mientras el rostro de James permanecía ilegible. Su reacción me irritó.

Afirmé con extrema seguridad: "En realidad, fue bastante mágico".

"Cuéntalo", me desafió Michael con una sonrisa irritante.

"Era nuestro aniversario... me llevó a pasear en su yate. Los dos solos y el chef, en realidad".

Sentí la mano de James en mi espalda, firme, como dispuesta a darme un golpecito si cometía un error.

"La noche era increíblemente cálida, y el cielo estaba despejado... las estrellas como una alfombra brillante flotando en el espacio".

Sus rostros reflejaban cierto grado de inversión, así que decidí adornarlo.

"Y aunque él siempre prefiere optar por lo sano, hizo que el chef preparara mi plato favorito para los dos".

"Pastitsio", añadió él con una sonrisa.

"Comimos, y me recordó cómo creció leyendo las palabras de Oscar Wilde...".

Billy asintió y señaló con su copa de cóctel: "Ah, la influencia del bueno de Richard".

"Y... a mí también me encanta Wilde", añadí un toque soñador a mi tono. "En aquel momento, ni siquiera habíamos hablado de él. Así que imaginaros mi sorpresa cuando me habló con detalle de

algunas de sus grandes obras".

"¿En serio?" Sarah ladeó la cabeza con una mirada de sorpresa en su dirección. "¿Desde cuándo?"

"Han cambiado muchas cosas desde la universidad, Sarah", su voz se volvió fría.

Apretó ligeramente la mano contra mi espalda antes de deslizarla aún más, agarrarme por la cadera y tirar de mí para acercarme. Interpreté la señal de que lo estaba haciendo bien, así que continué.

"Nos tumbamos, mirando las estrellas, hablando... Rezaba para que la noche no acabara nunca". Puse mi sonrisa más encantadora: "Y creo que el vino lo hizo todo mucho más dulce".

"Una botella de toscano que había guardado especialmente para aquella ocasión", añadió James.

"Y entonces me cogió de la mano y se sentó, arrastrándome con él hasta que ambos estuvimos arrodillados cara a cara".

Casi podía ver cómo las mujeres se derretían ante mis ojos. Los hombres, en cambio, abrieron los ojos de pura incredulidad.

Por el rabillo del ojo, pude ver a James mirándome fijamente. Sabía que había cambiado la historia, pero ¿qué podía decir? La forma en que se habían burlado de él y lo habían retratado como un hombre frío y despiadado me había impulsado a defenderlo de alguna manera.

"Se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel arrugado... y me lo entregó, con mucho cuidado".

Le miré a los ojos y evoqué todo el amor que recordaba haber sentido una vez, enviándoselo en su dirección para que todos lo vieran.

"Lo abrí cuidadosamente y lo leí", levanté la mano sin interrumpir nuestra mirada. "*Somos uno con lo que tocamos y vemos*... con la misma letra que yo conocía tan bien".

Toda la distancia y la inquietud que antes había en sus ojos desaparecieron - solo por un instante - cuando su mano me acercó a su hombro. En su mirada vi gratitud. El fantasma de una sonrisa se impuso en la comisura de sus labios antes de que Sarah nos devolviera al presente.

"¿No es un poema?"

"Sí", se dirigió bruscamente a ella. "¿Ya ni siquiera recuerdas lo que estudiaste?".

Por un momento saboreé la victoria en su tono.

Fue gracias a mí.

Una voz de mujer sonó a través del micrófono, anunciando al invitado de honor y orador principal de la velada. "¡James O. Martin!"

La sala se despertó con un aplauso entusiasta cuando James me soltó y se dirigió hacia el escenario, sonriendo mientras aceptaba humildemente el micrófono.

"Buenas noches".

Ya está, él era el amo de la sala.

Creo que nunca había visto a una horda de más de doscientas personas enmudecer instantáneamente con dos simples palabras. Cuando empezó su discurso como principal patrocinador del acto, mis ojos recorrieron los rostros orientados hacia él como girasoles adorando al sol errante. Me quedé mirando al hombre que ahora cautivaba a la multitud con una atracción innegable.

"Y me gustaría dar las gracias a todos los que han hecho posible esta velada...".

Bajo el resplandeciente foco, James apareció como un dios antiguo vestido con un traje moderno. Sus rasgos, antes familiares, golpeaban ahora mis sentidos con una luz diferente. Dotado de carisma y de un atractivo impresionante, me pregunté por qué seguía soltero.

Cruzando los brazos delante del pecho, me quedé inmóvil cuando mi mente me traicionó.

Benjamin no se parecía en nada a James.

¿Por qué comparaba a los dos?

La razón se me escapaba mientras los pensamientos seguían fluyendo. Ben era innegablemente guapo y tenía un encanto propio. Pero todo eso desapareció en cuanto nos casamos. Sus inseguridades provenían de sus repetidos intentos fallidos de salir de la sombra de su familia y abrirse camino por su cuenta.

Una decepción tras otra fueron remendadas por la determinación de sus padres de mantenerlo en el negocio. Con cada intento fallido, se sumergía más y más en el interminable océano de la amenaza financiera de su familia.

Cada decisión empresarial que salía mal significaba otra noche terrible con él descargando sus frustraciones sobre mí, dejando mi almohada mojada de lágrimas bajo mi cabeza.

Con cada golpe, su ego crecía, inflamando su violencia contra mí. Cada hombre se convertía en una amenaza. Cada figura masculina, un recordatorio de todo lo que no tenía.

No entendía cómo mi paciencia había sobrevivido a cada buena emoción que se desvanecía poco a poco. Debía de ser el efecto del amor juvenil.

James volvió con una sonrisa lo bastante genuina como para salvarme de mis propios recuerdos oscuros. Se echó hacia delante y me dio un beso en la mejilla.

Mi corazón estuvo a punto de estallar, así que me distraje con una risita: "No creía que fueras un tipo tan cariñoso en público.

Su mirada de agradecimiento fue el preludio perfecto: "Te lo has ganado, Kelly. Gracias".

"¿Foto de grupo?", se acercó el fotógrafo, y la mano de James saltó instantáneamente a su bolsillo, sacando su teléfono.

Pude ver que la pantalla estaba poco iluminada, pero me dijo: "Tengo que tomar la llamada, tú ve delante". Sin darme la oportunidad de contestar, se alejó a toda prisa con el teléfono en la oreja. "¿Hola?"

Sonriendo a nuestra compañía, tomé asiento y el flash me cegó durante un segundo. Mis ojos acabaron por ver a James mientras fingía mantener una conversación en la distancia.

Pronto se acercaron también mis compañeras, pidiéndome una foto. Dawn se quedó mirando a James y luego se volvió hacia mí: "¿No vienes?".

"No", le saludé, "No les gustan esas cosas. Hagámoslo por los viejos tiempos".

Sonreí a través de media docena de fotografías mientras James las evitaba todas. Cada vez había una excusa: problemas con el departamento jurídico, una llamada urgente sobre un artículo que estaba a punto de imprimirse. Luego, otra vez su padre, un mensaje de su madre y, por último, un amigo en apuros.

Me di una especie de palmadita mental en la espalda, siempre intentando justificarle lo mejor que podía y comprendiendo muy bien su comportamiento. Un hombre de su posición no podía permitir que los medios de comunicación publicaran una foto suya con una *supuesta* novia. Sin embargo, había sido un gran montaje.

JAMES

A la mañana siguiente, mientras terminaba mi entrenamiento del domingo de kickboxing, miré el teléfono para comprobar mis correos electrónicos. Vi tres llamadas perdidas de Melinda y dos mensajes nuevos. Con curiosidad, abrí los mensajes. El primero había llegado a las seis de la mañana: un enlace a un artículo de estilo de vida sobre mi reunión con antiguos alumnos de la universidad. Iba seguido de: *Un pequeño aviso habría estado bien. Ahora me persiguen las llamadas de la prensa y no tengo nada que decir. ¿Tú qué opinas?*.

Frunciendo el ceño, hice *clic* en el enlace que conducía a una larga página de párrafos y fotos. Al desplazarme hacia abajo, no vi nada inusual hasta que mis ojos se posaron en una fotografía en la que aparecía sonriendo junto a Scarlett. Ambos sosteníamos copas de champán y mi brazo rodeaba su cintura. La mano que sostenía la copa era la misma que llevaba el anillo de diamantes.

Como es habitual en estos portales de "noticias", habían recortado y ampliado el dedo, añadiendo un círculo rojo a su alrededor con una leyenda que decía: *¿Qué hace esta piedra en el dedo de la chica de James Martin? Señoras, ¿podría estar ya prometido el soltero más codiciado de Manhattan?*.

Dejé escapar una exhalación aguda y frustrada, cerré los ojos y sacudí la cabeza antes de marcar el número de Melinda.

Ella contestó al cabo de medio timbrazo: "¡Por fin! Hola, jefe. ¿Has dormido bien?" Su tono era un poco agresivo.

"Buenos días a ti también".

"James, ¿qué demonios?", hizo una pausa, resoplando por el micrófono. "No sé por dónde empezar. Creía que éramos amigos. Creía que ibas a decir algo así de la mujer que acabo de contratar. ¿Y más aún? Creía que lo anunciarías como una persona normal. ¿Qué demonios te pasa?".

Sorprendido por su actitud, levanté la voz una octava: "Oye", la interrumpí con severidad. "No olvides con quién estás hablando, Melinda".

La oí murmurar algo mientras cambiaba el ruido de fondo a su alrededor. "Abre la puerta".

"¿Cómo dices?"

"Acabo de bajarme del coche en tu entrada". Oí sonar el timbre antes de que los pasos apresurados de mi ama de llaves se precipitaran hacia la puerta.

Al salir del gimnasio, colgué y me guardé el teléfono en el bolsillo. Caminando hacia la entrada, me recibió la cara furiosa de Mel. "Siento haber venido sin avisar", tiró su bolsa de deporte a una silla y se dejó caer en la de al lado, con la ropa de entrenamiento puesta.

Examiné su pelo despeinado y su cara sonrojada: "¿Algo de beber?", sonreí.

Sus ojos casi dispararon fuego en mi dirección antes de volverse hacia mi ama de llaves: "Un poco de agua de lima estaría bien. Gracias".

Una vez que nos quedamos solos, me acerqué y tomé asiento en el sofá junto a ella. "No estamos prometidos", anuncié con calma. "Así que, en realidad, no tienes nada que comentar".

"Entonces, ¿qué es todo esto?", me enseñó el teléfono con la foto, "¿Sabes cuántos portales la han publicado? Diecisiete, James. *¡Diecisiete!* Está por todo el *puto* Internet".

"Sí, y lo hicieron todo sin licencia. En todo caso, podemos demandar a las diecisiete publicaciones por difundir mentiras".

Me miró con la boca abierta. "¿Así que eso no es un anillo de compromiso en el dedo de Scarlett?".

Me eché hacia atrás, cruzando las piernas. "Es simplemente un anillo, Mel".

"¿En qué planeta vives?" La exasperación era evidente en su rostro y en la forma en que agitaba los brazos. "¿Le diste ese diamante o no?".

"Era un préstamo. Un accesorio".

"Así que se lo diste".

"Vamos", me reí, "sabes que no se lo puede permitir".

"¿En qué estabas pensando?", volvió a levantar la voz.

Le dirigí una mirada de advertencia: "Mel", dije. "Cálmate. Estás exagerando".

Empezó a reírse. "Estoy exagerando... No puedo creer que tenga que decirte esto, pero tu vida personal afecta al valor de mercado de la empresa y de todas las partes asociadas a ella. Los valores de nuestros proveedores se ven afectados por tu vida, *¡maldita sea!*" Sus cejas se anudaron, y la miré fijamente, preguntándome si debería haber sido más cuidadosa.

"Vamos a publicar un contraanuncio".

"¿Diciendo qué?", inclinó rápidamente la cabeza mientras llegaba por fin su vaso de agua. Cogió el vaso y susurró su agradecimiento. "James..." me lanzó una mirada de reojo, inclinándose hacia delante. "Sé lo tuyo con Scarlett".

Divertido, me moría de ganas de que dijera algo completamente censurable. La sonrisa se apoderó de mí, ladeé la cabeza y la miré con humor: "¿Y qué sería exactamente?".

Dio un sorbo largo y deliberado y se echó hacia atrás, cruzando la pierna con confianza. "¿Que

os conocéis desde hace mucho tiempo?", afirmó con calma, como si soltara una bomba. "¿Que eras amigos en la universidad? ¿Por qué no me lo habías dicho?"

Sonreí: "Te equivocas. Apenas nos conocíamos entonces. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que recuerdo haberla visto, por no hablar de las veces que interactuamos."

"¿En serio?", entrecerró los ojos.

"Estás muy paranoica, Mel. ¿Conseguiste siquiera terminar tu entrenamiento antes de venir aquí?", me burlé de ella.

"James, esto es serio".

"Yo hablo en serio", descrucé las piernas, separándolas mientras me inclinaba hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. "La volví a ver hace apenas quince días".

"¿Y la recomendación?"

Puse los ojos en blanco, incrédulo, porque tenía que explicar cada detalle como si tuviera que justificar mis actos. "Le estaba haciendo un favor. Parecía necesitar el trabajo, y nosotros necesitábamos a alguien competente. En todo caso, lo único que recuerdo de ella es que casi nunca estaba en ninguna de las fiestas de la universidad porque siempre estaba acurrucada sobre algún libro".

La mirada de sus ojos era, como poco, escéptica: "Entonces, no tenía antecedentes".

"No", dije, negando lentamente con la cabeza.

Desde luego, Scarlett y yo no teníamos una relación, a pesar de mi deseo de llevar las cosas en otra dirección. Nunca me había acercado a ella porque sabía que no funcionaría. Veníamos de mundos distintos: el chico del fondo fiduciario y la estudiante con beca. Mis sentimientos por ella permanecieron en secreto hasta la graduación, después de la cual no volví a verla.

"¿Dónde tienes la cabeza?", me preguntó muy seria.

"¿Perdona?"

"¿Por qué le diste ese anillo, James?", insistió. "Y no creas que tampoco me extrañó el vestido. Con su sueldo, tendría que ahorrar al menos seis meses para poder permitírselo".

"Eh..."

"James", Melinda ensanchó los ojos en señal de advertencia. "No podemos permitirnos cometer un error. No con los planes de expansión en marcha".

"¿Qué se supone que significa eso?"

"Nuestros clientes...", enunció. "Nos confían algunas de las partes más privadas e íntimas de sus vidas. Lo que hacen en vacaciones. Su tiempo libre. Con quién confraternizan. Tu reputación no solamente te representa a ti. Refleja nuestro nombre y estatus... globalmente. ¿Te das cuenta de lo grave que es esto si se corre la voz?".

"¿Qué se corra la voz de qué?" Mi paciencia se estaba agotando rápidamente.

Su expresión se puso rígida: "¿Qué nos has hecho contratando a la mujer que te estás tirando?".

"¡Melinda!" Me puse en pie de golpe, con la sangre palpitando de repente en mi cabeza. "Te has pasado de la raya".

"¿En serio?", se burló, mirándome con el vaso humedecido entre las manos.

Me volví, harto de aquella conversación inútil: "Si no puedes entenderlo, no puedo ayudarte. Ahora, si me disculpas... tengo que ir a ducharme y desayunar con mi padre".

Me dispuse a marcharme y oí cómo golpeaba violentamente el vaso contra la mesa. "¿Y si vio la foto?", gritó.

Volviéndome hacia ella, reuní mi sonrisa más tranquila: "Si te atreves a comparar tu intelecto con el de Richard Martin, las probabilidades no están a tu favor, Mel. Que tengas un buen día y hasta mañana".

Me alejé, oyéndola maldecir entre jadeos.

Al meterme en la ducha, dejé que el agua caliente me empapara mientras recordaba lo de anoche. La forma en que Scarlett me había defendido sin que se lo pidiera. La forma en que se había esforzado al máximo para demostrar que mis envidiosos amigos estaban equivocados. No pude contener la sonrisa al recordar cómo me miraba. Nunca la había considerado una buena actriz, pero quién iba a decir que tenía tanto talento.

El tiempo pasó como un sueño hasta que vi a mi padre en su mesa habitual al sol. Estaba sentado con un periódico impreso en las manos y sus enormes gafas de sol de diseño.

"Richard", me agaché y le cogí la mano.

"Oh, el cumpleañero", se levantó y me abrazó. Nos abrazamos un momento antes de que me diera una palmada en la espalda, indicándome que me sentara. "¿Qué tal la fiesta?"

"Bastante llamativa", me reí. "¿Qué tal el vuelo?"

"Rápido e indoloro".

"Dime de nuevo, ¿por qué no te quedas a vivir conmigo?".

"¿Por qué prefiero uno de nuestros clubes?", se rio, quitándose las gafas de sol y revelando sus vivos ojos azules rodeados por unas finas líneas de infelicidad y tristeza. "Te pido disculpas. Tu casa es maravillosa".

"Pero no es tu tipo de maravilla".

"¿Qué puedo decir?", bebió un sorbo de té. "Siempre he apreciado las cosas más sencillas. Ahora es demasiado tarde para cambiar a un viejo".

"Ni se me ocurriría". El camarero trajo mi café habitual, y acepté su servicio con una sonrisa y una inclinación de cabeza. "¿Cómo van las cosas en tu distrito?".

"Como siempre, supongo". Su expresión tomó un cariz más solemne: "Siento curiosidad por ti. Parece que alguien está difundiendo rumores".

"¿Sobre aquel compromiso?" Me hice el tonto. "Nunca pensé que te gustaran las noticias digitales".

"Tu madre me lo envió por correo electrónico. Parece que ni ella misma se lo cree".

"¿Y tú?"

Balanceó repetidamente la cabeza de un lado a otro, echándose hacia delante con una suave sonrisa. Guardó silencio un momento antes de susurrar lentamente: "Yo quiero que lo tengas todo".

Clavé mis ojos en los suyos. "¿Qué significa eso?

"Por un momento fugaz, no puedo negar que.... esperaba que fuera verdad".

Debía de ser la primera vez que mi padre me hablaba de sus deseos respecto a mi vida amorosa.

"Aunque fuera una sorpresa", continuó, enarcando las cejas mientras miraba fijamente su taza. "Aunque nunca la conociéramos". Se encogió de hombros: "Esa foto... me hizo sonreír".

Mis ojos se clavaron en los suyos en busca de una explicación que no fuera obvia. "¿Qué viste en ella, papá? ¿Qué supuesta falta de felicidad te transmitía?".

Asintiendo lentamente, examinó mi rostro y se tomó su tiempo.

"Supongo que mi mente lo utilizó para crear una ilusión bien elaborada". Se sentó, cogió la taza y la acunó en la palma de la mano. "La forma en que os mirabais en aquella fotografía... Podría haber tenido la esperanza suficiente para creerlo".

Sus palabras resonaron en mi cabeza, dejando el efecto de mil pequeñas agujas apuntando a mi corazón sin motivo aparente. "Entiendo".

"Entonces", alzó las cejas. "¿Después de todo, no es más que una voz?".

"Me temo que sí". Me encargué del café.

"¿Y quién es aquella dama?"

"Una vieja amiga. También se ha incorporado recientemente a la empresa".

"¿Aquí en Nueva York?"

"Sí".

"Hmm", apartó la mirada, frunciendo el ceño. "¿Quién es el afortunado, entonces?".

"¿El afortunado?"

"¿Su verdadero novio?", se volvió hacia mí. "Supongo que a él tampoco le gustarán los rumores".

No me atrevía a sugerir que estaba interpretando un papel. Ya era bastante desagradable que pensara que estaba solo y no quería decirlo.

"Oh, no". Negué con la cabeza: "Se ha divorciado hace poco. Le presté el anillo para cubrir la

marca de bronceado de su antigua alianza".

Sus cejas se fruncieron aún más: "Ah, claro. Pobre mujer. Me alegro de que la apoyes".

Aquellas palabras iluminaron una realidad que no había tenido en cuenta. Después de lo que había pasado, Scarlett se encontraba de repente sola en una ciudad nueva.

¿Quién estaría a su lado?

SCARLETT

El lunes por la mañana encontré un correo electrónico de Melinda de la noche anterior. Aquella mujer no parecía parar de trabajar, ni siquiera los fines de semana. Me había dado una lista interminable de tareas. No empezó con un "hola" o un "Querida Scarlett": simplemente se lanzó a la pesada delegación de entregas con plazos ajustados.

Frunciendo el ceño, cogí el teléfono fijo y la llamé. Contestó casi de inmediato: "¿Sí?".

"Buenos días".

"Sí, buenos días", dijo rápidamente. "Tengo dos minutos antes de una reunión".

"Claro, sí. Estaba mirando el correo electrónico".

"Es de anoche. ¿Lo acabas de ver ahora? ¿No configuraron los informáticos tu correo electrónico en el teléfono?"

"Lo hicieron, yo..."

"Escucha, Scarlett, van a ser unos meses duros y necesito que lo tengas todo bajo control".

"Claro, por eso...".

"Tienes un equipo", dijo "y el apoyo de aquello de relación públicas. Si algo no te parece claro, ellos pueden ayudarte a resolverlo".

"Pero los plazos..."

"Eso no lo decido yo. ¿Puedes o no puedes cumplir las fechas límite?"

"Por supuesto". Cerré los párpados rápidamente, incapaz de procesar el brusco cambio de su enfoque.

"Bien. Tengo que marcharme. Adiós". Colgó antes de que pudiera responder.

Respirando hondo, me desplacé de nuevo hacia arriba y revisé los elementos de la lista, cogiendo una libreta y un bolígrafo para anotar mis preguntas para el equipo.

La voz de Melinda no tenía el rigor profesional habitual: había algo más. Cólera de algún tipo. Intenté quitármela de la cabeza mientras evaluaba cada tarea, tomando notas mentales sobre lo que debía hacer primero.

Mi teléfono vibró en el bolso, me llevé la mano a la cartera y lo saqué. Un nuevo mensaje de texto. ¿Benjamin? ¿Qué podría querer? Incapaz de ignorar mi curiosidad, lo abrí.

¿Comprometida? ¿Me estás tomando el pelo? ¿Es él la razón por la que me dejaste? ¿James Martin, de entre todas las personas? ¿Era eso lo que llamabas 'un viaje de negocios' o 'un fin de semana de entrenamiento en Nueva York'? Apuesto a que ya te has ido a vivir con él, zorra.

¡Dios mío!

Todo mi cuerpo se estremeció mientras leía muchas veces su mensaje. No podía creer que James y yo tuviéramos una relación. ¿Cómo se había enterado?

Tirando rápidamente el teléfono, inicié el navegador de mi portátil y busqué el nombre de James Martin en las noticias recientes. Y allí estaba...

Madre mía.

Innumerables resultados de búsqueda se alinearon ante mis ojos. Hice clic en cada enlace y el resultado fue el mismo: nuestra foto de la cena de reencuentro. Un título sobre nuestro compromiso. Incluso había una cita de uno de los organizadores en la que presumía del "sano ambiente de Harvard, donde las relaciones que estableces duran toda la vida". Continuó con algunos ejemplos, uno de los cuales era "James Martin y su maravillosa prometida, Scarlett Kelly".

Me dio un vuelco el corazón y, antes de que pudiera procesar lo que acababa de ver, mi teléfono empezó a sonar con el nombre de Ben en la pantalla. Me quedé mirándolo sin intención de contestar. No podía hacerlo ahora. No en el trabajo. Estaba demasiado ocupada, y desde luego Melinda no lo toleraría. Volví a guardar el teléfono en el bolso y cogí el de la oficina, llamando a mi equipo para una reunión en la que revisaríamos la lista de Mel.

A una reunión siguió otra con el equipo de relaciones públicas, y mientras tanto nos fuimos todos a comer. Después, cerré la puerta de mi pequeño despacho y reuní toda mi concentración para empezar a trabajar en la primera presentación. Las horas pasaron volando y me di cuenta de que eran casi las siete cuando empezó a sonar mi teléfono. Esta vez era mi hermana Samantha.

"¡Hola, Sammy!" Intenté sonar alegre.

"Hola, cariño, ¿cómo te va en la gran ciudad?".

"Sigo luchando", dije. "¿Qué tal la cafetería? ¿Y Jared?"

"Eh, Jared está bien... Sin embargo, la cafetería ha tenido hoy un incidente interesante".

"¿Qué ha pasado?"

"Ha pasado Benjamin".

Rápidamente se me formó un nudo en la garganta: "¿Qué hizo?".

"Bueno, apareció aquí hace media hora, actuando como... Ben".

"Dios mío..."

"No paraba de decir que le habías engañado.... ¿que ya estás comprometida con un tipo llamado

James".

Negué lentamente con la cabeza: "Yo no...".

"¡Lo sé, pero estaba convencidísimo! No paraba de hablar de Harvard y de ese tal James al que claramente odiaba".

"Ni siquiera le conocía".

"¿Quién es ese tipo?"

"Por ironía... mi jefe".

"Mierda, ¿qué le hace pensar que estáis prometidos?"

"Fuimos juntos a una cena de antiguos alumnos y nuestra foto en los medios de comunicación retrata algo... es un malentendido".

"¿Vuestra foto ya está en los medios de comunicación?"

"En realidad no es para tanto".

"Bueno, intenté calmarle y los clientes le retuvieron. ¡Quería romper cosas en el local! Perdió completamente la cabeza".

"Dios, lo siento mucho".

"No es culpa tuya. ¿Intentó ponerse en contacto contigo?"

"Me... envió un mensaje diciendo lo mismo que te dijo a ti. Todavía estoy en la oficina y aún no tenía la fuerza mental para afrontarlo".

"Pues más te vale. No se sabe lo que podría hacer en uno de sus... estados".

"¿Sabes si ya ha vuelto a vivir con sus padres?".

"No han podido. Insiste en quedarse en casa".

Exhalé profundamente: "Eso es muy poco saludable para él".

"¿Poco saludable? Ellos siguen invirtiendo dinero en sus insensatos proyectos, ¿y tú? ¡No has recibido ni un céntimo! Todo está tan revuelto".

"¡Sabes que tuve que hacerlo para recuperar mi libertad! Iba a utilizar el dinero contra mí, para mantenerme con él, para seguir en contacto. Tenía que romper ese ciclo, aunque eso significara renunciar a mis derechos legales".

"Bueno, no te llamo para atacarte".

"Lo sé, cariño. Pero espero que ellos utilicen su riqueza para conseguirle ayuda en lugar de consentirle siempre sus locos caprichos. Está claro que esto no ha funcionado, y tienen que entenderlo".

"He dado instrucciones a mi abogado para que les envíe la noticia de lo que ha ocurrido hoy aquí. Por si creen que su precioso hijo va por buen camino tras el divorcio".

"De nuevo, lo siento mucho..."

"¿Por qué? Ya les pago un anticipo por el negocio", se rio, "¿qué es un correo más, eh?".

"Gracias, cariño".

"De nada. ¿Qué tal el trabajo?"

"Mi jefa es despiadada, pero puedo aprender mucho de ella. Lleva aquí unos diez años, así que tiene toda la experiencia necesaria".

"Ahí está tu lado bueno. De todos modos, tengo que volver al trabajo. ¿Necesitas algo?"

"Gracias. Intentaré llamar a Ben esta noche y mantenerlo alejado de ti".

"Mantén la calma y recuerda: si le irritas, perdéis los dos".

"Lo sé. Luego hablamos".

Colgué el teléfono, miré la notificación de la llamada perdida de Benjamin y decidí dar por terminado el día. Mientras recogía mis cosas, empecé a pensar en lo que le diría.

En el metro, ocupé el menor espacio posible mientras observaba atentamente los rostros que me rodeaban. Ninguna de aquellas personas sabía quién era yo ni cómo había sido mi vida. Cada persona tenía un problema, o una serie de problemas. Todos tenían que enfrentarse a algo, y yo tenía que ser fuerte y enfrentarme a Ben. Ya no era mi marido y no tenía derecho legal a aterrorizarme. No es que antes pudiera.

Por fin llegué a mi piso, fui rápidamente a la cocina y me serví un vaso de vino tinto. De pie ante la encimera, con el teléfono en la mano, bebí un buen trago y sentí cómo caía en mi estómago vacío. Al recordar que me había olvidado de comer, bebí otro sorbo y decidí pedir comida china.

Marqué su número.

"¡Mira quién ha decidido por fin dedicarme un momento de su precioso tiempo!" El rencor goteaba de su voz.

Respiré hondo: "Benjamin, no me ha gustado tu mensaje".

"¿Cómo te atreves?", gritó. "¿Mi mensaje? ¿Qué pasa con el hecho de que siempre tuve razón? Me hiciste quedar como un tonto delante de nuestros amigos y de mi familia, ¿y para qué? ¿Por el hijo de Richard Martin?"

"No hay nada entre James y yo".

"Sin embargo, le llamas James. ¿Qué más? ¿Eh? Tu joyero estará lleno de joyas que él te regaló".

"Ben, siempre hemos tenido una cuenta conjunta. Viste cada recibo de cada pequeña compra que hice cuando estábamos juntos. No puedo creer de lo que me acusas".

"¡Y yo no puedo creer que casi te creyera, zorra!"

"¡Benjamin!"

"¿Qué tiene él que no tenga yo?", gruñó ella, "¿Una gran familia? ¿Un nombre que puedas tirar al barro? ¿Dinero? ¡Yo tengo dinero! Y si no recuerdo mal, nunca te quejabas en la cama".

"*¡Ya basta!*" Grité. "A pesar de tu justificada incapacidad para creer que una mujer cuerda pudiera aguantarte durante años sin desviarse, yo... ¡Nunca lo hice! Tus celos dulces y juguetones ya no tienen sentido, Benjamin. Estás certificadamente paranoico y necesitas ayuda profesional. ¿Me oyes? James Martin nunca me tocó cuando estábamos juntos. Ningún hombre lo hizo. Métetelo en la cabeza y deja de atormentarme".

"¿Ah, sí?", dijo en voz alta, "¿O qué?".

"Que los Martin no sean mi familia no significa que James y yo no seamos buenos amigos", respondí. "Y si no paras y me dejas en paz, que Dios me ayude, conseguiré la orden de alejamiento que el abogado de Samantha no pudo conseguir. ¿Lo has entendido?"

"Oh, claro. Al buen James no le faltarán esfuerzos para arrastrarme por el fango. Siempre me ha odiado".

Frustrada, le grité: "Jesús, ¿quieres quitarte eso de la cabeza un momento? Ni siquiera te conocía".

"No, no", se rio frenéticamente, "pero tú sí".

"¡Otra vez con esa gilipollez!".

"Entonces, ahora y siempre. Recuerdo cómo te miraba".

"¿Cómo dices?" Debió de volverse aún más loco después de que me marchara.

"Por favor", siseó a través del teléfono, "señorita inocente, esta actuación no funciona conmigo. Te he follado mil veces, reina. Sabes de lo que hablo".

"Ilumíname".

"¿Por qué no dejas que tu novio te cuente cómo se le ha caído la baba por ti durante el último año? Despierta y olfatea la realidad, Scar... Siempre ha estado celoso de mí, y ha encontrado la forma perfecta de joderme".

"Estás loco", negué con la cabeza. "Si yo fuera tú, dejaría de hablar ahora mismo. Adiós, Benjamin. Que Dios te ayude".

"Yo..."

Colgué y tiré el teléfono al sofá del salón, echando humo por el calor que me quemaba todo el cuerpo a través de las venas ardientes. Incapaz de calmarme, caminé de un lado a otro con sus palabras zumbando en mi cerebro. En cuanto mis ojos se cruzaron con la copa de vino que había sobre la encimera, me abalancé sobre ella y la cogí, engulléndola como si fuera agua.

"Recuerdo cómo te miraba".

Dios, ¿cómo no me había dado cuenta? Los celos de Benjamin se remontaban claramente a cuando éramos novios, pero ¿cómo se las arreglaba para ocultarlos? Quizá, como no habíamos socializado con el círculo íntimo de amigos de James, Ben había evitado el tema.

Levanté la mirada y miré al techo, me acerqué a la ventana y me incliné hacia fuera, contemplando el cielo. En retrospectiva, menos mal que nunca se enfrentó a James con sus pensamientos venenosos. ¿Quién me iba a decir que le habría necesitado ahora para conseguir un trabajo y una nueva vida?

Respirando hondo, dejé que el aire llenara mis pulmones mientras cerraba los ojos.

Por favor, Dios, no permitas que contacte con James. No puedo permitirme perder este trabajo.

JAMES

Cuando llegó el jueves, me habían enviado algunos correos electrónicos entre Melinda y Scarlett. Esta última nunca tardaba en responder a cualquier cosa que le proponía su jefa, lo que me llevó a preguntarme si alguna vez se tomaba un descanso. Era muy trabajadora, y yo la respetaba por ello, pero la pobre también se merecía un descanso. Melinda no parecía darse cuenta, o no le importaba, pues esperaba que todo el mundo se apasionara por su trabajo tanto como nosotros.

A la hora de comer, Summer llegó con mi comida y una sonrisa vacilante: "Tu ensalada de aguacate y salmón", me dijo. "Um, Scarlett Kelly está aquí y pregunta si tienes un minuto".

Nunca había venido a mi despacho sin cita previa para una reunión, así que me quedé un poco desconcertado: "Claro. Hazla pasar y a ver si también quiere comer".

"Claro".

Dejé el plato a un lado y tomé asiento, con los dedos entrelazados en el regazo mientras intentaba adivinar de qué podría tratarse. Un minuto después, un golpe en la puerta fue seguido rápidamente por la entrada de Scarlett.

"Hola", cerró la puerta tras de sí. "Siento molestarte en la comida".

"No, en absoluto", me incliné hacia delante, sonriendo. "¿Tienes hambre?

Sacudió la cabeza y apretó los labios, acercándose vacilante. "He desayunado mucho".

Le hice un gesto para que se sentara: "Eh, ¿qué te pasa? Pareces preocupada".

"Sí", suspiró y se dejó caer en el borde de la silla. "Por eso estoy aquí".

"¿Qué necesitas?"

Con una expresión de pesar en el rostro, ladeó un poco la cabeza. "Un amigo", susurró finalmente. "No conozco a nadie en Manhattan... en quien pueda confiar".

"Claro", me encogí rápidamente de hombros.

"Pero", miró rápidamente por encima del hombro. "No quiero hablar de eso aquí".

Confundida, me convencí de que el problema iba más allá de encontrar a alguien con quien hablar. "Es un espacio seguro, Kelly. Puedes hablar conmigo de cualquier cosa".

"Lo sé", respiró hondo. "Es que... es personal, y no me siento cómoda... ¿qué tal si tomamos un café en algún lugar lejos de la oficina?".

Después de aquella foto y de los rumores, no me pareció buena idea que nos vieran en público, a los dos solos. Estaba claro que ella no había visto las noticias ni la foto.

"Últimamente no voy a cafés", mentí. "¿Pero qué te parece tomar uno en mi casa? Digamos... ¿El sábado por la mañana?". Hice una pausa: "Siempre que no tengas prisa, claro".

Su expresión se relajó un poco y asintió rápidamente: "Sí, está bien. El sábado está bien. Gracias. Siento haberte interrumpido así. Sé que debes de tener mil cosas en la cabeza".

"No seas ridícula", sonreí. "Te debo una por lo que hiciste en aquella cena".

Ella exhaló bruscamente con una sonrisa: "No me debes nada. Me alegró ayudar".

"A mí también. Mira, ¿estás segura de que te vas a poner bien?".

"Sí".

"¿Y no quieres hablar de ello ahora?"

"Preferiría no hacerlo".

"De acuerdo. Será el sábado por la mañana. ¿A las ocho?"

"Allí estaré".

"Tonterías, enviaré un coche a por ti".

"No tienes por qué..."

"Sí que tengo".

Apretándose el labio inferior, me dirigió la mirada más genuina de gratitud. "Gracias".

"De nada".

"Bien", se levantó, alisándose la parte delantera de la falda. "Te dejo con tu comida".

"Cuídate, Scarlett".

La vi alejarse con su vestido de todos los días, pero que llevaba divinamente. Tal vez fuera la moda del año pasado, pero ella lo llevaba maravillosamente, su cuerpo perfecto complementaba a la perfección incluso el más humilde de los vestidos. Sus largos dedos giraron el pomo y abrió la puerta, tirando de ella con elegancia mientras mis ojos no dejaban el último rastro de ella.

Mirando fijamente mi comida, me pregunté de qué se trataba. Quizá su familia había visto la foto y eso le había causado algún problema. O tal vez necesitaba un préstamo personal. En cualquier caso, las palabras de mi padre resonaban en mis oídos. Quería estar a su lado. Después de todo, sabía lo malo que podía ser un divorcio, y sabía que ella no podría permitirse los sistemas de apoyo a los que cada uno de mis padres había tenido acceso.

Un violento golpe en la puerta me hizo dar un respingo, y Melinda entró, a pesar de las súplicas de Summer de fondo.

"¿Qué hacía ella aquí?", se acercó con el portátil en la mano.

Mis ojos recorrieron rápidamente toda su agitación. "¿Quién?"

"Scarlett Kelly, ¿quién si no?", sonrió, dejando el portátil frente a mí. "¿Vino tu amiguita a decirte que estoy siendo difícil?".

"Vale", empecé a reír levantando una mano. "Tienes que calmarte y decirme lo que quieres, o no podré ayudarte".

Ella entrecerró los ojos y siseó: "¿Qué hacías aquí, James?".

"Esto es increíble", frustrado, me eché hacia atrás en la silla y me levanté, alejándome de ella y colocándome junto a las ventanas de cristal. "Cualquier empleado mío tiene derecho a venir a hablar conmigo cuando quiera. Ya lo sabes".

"Bueno", enarcó una ceja, "no debería importar", cogió el portátil y prácticamente me lo empujó a la cara. "Su currículum dice que es licenciada en Harvard, igual que tú. ¿Lo ves? ¿Te parece un error que alguien en su posición debería cometer?".

Mis ojos apenas detectaron uno de los problemas que intentaba mostrarme, me quedé incrédulo: "¿Me tomas el pelo? ¿Vienes a hablarme de un error?".

"Un error que podría habernos costado un millón y medio si no lo hubieras detectado".

"Y eso es exactamente tu trabajo", rodeé el escritorio y volví a acomodarme en el sillón, desconcertado. "Lleva aquí menos de un mes. Se espera de ti que supervises su rendimiento y la entrenes".

"Tu recomendación sobre ella no se apoyaba en ningún argumento, ¿verdad?".

Puse los ojos en blanco: "Otra vez...".

"¡No te creo!"

"Mira", la apunté con el dedo, siseando, cansado de sus acusaciones vacías. "RRHH la aprobó. La entrevistaron. Presentó muestras y referencias como cualquier otro candidato, y tú la elegiste". Bajé la cabeza y la miré con el ceño fruncido. "Durante los tres primeros meses, según el procedimiento", sentencié, echando humo, "es responsabilidad tuya y únicamente tuya revisar su trabajo y orientarla".

"Pero, Jam..."

"No he terminado", declaré con severidad. "En menos de diez semanas, espero una reunión contigo y con Emma Heard para evaluar los tres primeros meses de Kelly y llegar a un consenso sobre si continuará aquí o no". Me levanté, señalando el final de nuestra reunión. "Hasta entonces", señalé la puerta, "haga lo que le pagan por hacer, señorita Lee".

Sus ojos se abrieron de par en par, totalmente sorprendida por mi cambio de actitud. Vi cómo se le desinflaba el pecho mientras cerraba violentamente el portátil, se giraba enfadada y marchaba hacia la puerta sobre sus altos tacones puntiagudos. Mis ojos se detuvieron en el mismo lugar mientras sus dedos agarraban sin piedad el picaporte, abriendo la puerta y cerrándola tras de sí en un santiamén.

Fruncí el ceño cuando volví a sentarme, perplejo por su repentina hostilidad hacia Scarlett. ¿Le había explicado ya, que todo había sido un malentendido? ¿O seguía creyendo que teníamos una relación secreta? ¿Quizá Scarlett quería hablar de eso? ¿Por eso miraba por encima del hombro, preocupada por si alguien nos oía?

Un golpe en la puerta anunció la entrada de Summer con una mirada de disculpa: "Lo siento. Se me escapó y...".

"No pasa nada", le hice un gesto para que entrara, "Ven, siéntate".

"¿Qué pasa?"

"¿Va todo bien con Scarlett Kelly? ¿Has notado u oído algo?"

Sus ojos se movieron rápidamente de un lado a otro. "Nada relevante", se encogió de hombros. "Quiero decir que es muy reservada y solo se pasa por aquí cuando tiene que ir al despacho de Mel".

"¿Y los demás administradores? ¿Alguien le ha dicho algo?"

"Es amable y simpática con todo el mundo". Admitió vacilante: "Nadie parece saber nada de ella... personalmente, quiero decir. Alguien de RRHH le dijo a todo el mundo que se divorció cuando vivía fuera de la ciudad y que se acaba de mudar aquí".

"¿Y con quién sale?"

"Con nadie", volvió a encogerse de hombros con los ojos muy abiertos. "Viene aquí por la mañana... Se marcha cuando ya se ha ido todo el mundo. Nunca he oído que haya quedado con nadie, ni siquiera para comer con su equipo".

"¿Almuerzos?"

"Creo que comen juntos en la cafetería". Se inclinó hacia delante y susurró: "¿Crees que se comporta como una snob con todo el mundo?".

Eso era lo último que tenía en mente. "¿Qué?"

"Bueno", levantó las cejas, "un novato en la ciudad y en la empresa debería esforzarse por hacer amigos, ¿no? He oído a alguien de Recursos Humanos decir que ella se cree mejor que los demás".

"¿En serio?"

Volvió a encogerse de hombros con un gesto de la mano: "Bueno, ya conoces a las mujeres. Siempre están hablando de la vida de los demás".

"¿Y tú?" La miré directamente a los ojos: "¿Nunca has oído nada?".

Summer se rio: "Yo soy un caso diferente, Jamie. Soy la ayudante del director general. Todo el mundo quiere entrar en mi gracia".

Tenía razón. "Cierto, pero también tienes buen ojo para esas cosas".

"Claro", apoyó el codo en el borde del escritorio, inclinándose hacia mí. "Entonces, ¿quieres mi

sincera opinión?".

Sonreí y seguí su tono: "Por favor".

"Hay algo muy raro en Kelly, pero no puedo poner el dedo en la llaga. Es totalmente respetuosa, pero tengo la sensación de que hay algo muy raro. Y ya me conoces, raramente confío en la gente desde el primer momento".

"Cierto", susurré.

"Entonces", volvió a sentarse, cruzando los brazos frente al pecho. "Mel está enfadada con Scarlett".

"Creo que es una cuestión de roces iniciales, poco a poco irá mejorando".

"¿Cómo puedo ayudar?"

"Ayuda a calmar a Mel. Mi instinto me dice que Kelly es una buena adquisición para el equipo, pero no hay nada que hacer si su superior inmediato no la soporta".

Levantándose, esbozó su mejor sonrisa: "No se preocupe, jefe. Lo haré lo mejor que pueda".

"Sé que lo harás. Gracias, Summer".

Después de marcharme, tomé un bocado de mi ensalada y abrí el navegador de mi portátil. Tecleé el nombre de Scarlett Kelly y miré los resultados de la búsqueda. Prácticamente no había información sobre ella, salvo su perfil en una plataforma de redes sociales y otro de contratación.

Como aún tenía diez minutos antes de mi próxima reunión, hice clic en el enlace a su perfil personal y vi que era privado. La única información pública visible para mí era su estado civil: divorciada, y su foto actual, una vieja foto de su época universitaria.

Me quedé mirando su cara sonriente e intenté recordar la de su novio de entonces, en vano. Una pestaña aparte me ofrecía fotos de ella con otras personas, y me picó la curiosidad. La página se cargó y vi cinco fotografías con ella y un hombre conocido. ¿Era él?

Benjamin... Empecé a recordarle.

Mirando fijamente el atractivo rostro del hombre que tenía a la chica que yo deseaba, intenté leer la mirada de sus ojos mientras sonreía a la cámara. Orgullo. Realización. Valor.

La forma en que su brazo rodeaba sus hombros, ladeándola ligeramente hacia él. Tenía la mano cerrada en un puño sobre el hombro de ella, demasiado apretada, en mi opinión.

"Lo siento".

Recordé mi conversación con ella antes de la fiesta.

"Yo no. Estoy agradecida por haber recuperado mi vida".

Y entonces las palabras de Summer se apoderaron de mi mente: "tengo la sensación de que hay algo muy raro".

No creía que fuera cierto en el caso de Scarlett, pero sí en el del hombre cuya sonrisa conllevaba

cierto...

Algo bastante inquietante.

SCARLETT

Me froté los ojos cuando sonó la alarma de las siete en mi teléfono. Lo alcancé para silenciarlo y noté otro mensaje de Benjamin. Sabía que iba a ser algo negativo, pero no quería que ese *iconito* rondara en mi cabeza como una nube negra, así que decidí abrirlo.

¿Por qué tu pretendiente no ha anunciado aún tu compromiso como hacemos el resto de burgueses? ¿Se avergüenza de ti, Scar?

Resoplé con fuerza y aparté las sábanas, ya enfadada por mis primeros segundos del día.

Me lavé los dientes y estudié mi reflejo en el espejo. ¿Realmente James hablaba en serio cuando decía que no tenía un aspecto diferente al de mis días en la universidad? Estiré los labios en una sonrisa y vi unas sutiles arrugas en las comisuras de los ojos. Por muy atractivas que fueran, me preguntaba si las mujeres de mi edad parecían más maduras.

Desde la noche anterior había estado pensando en mi vestuario, incluso llamé a Samantha con una aplicación de vídeo y le mostré algunas de mis opciones. Rebuscando en mi armario, recordé que había dejado toda la ropa cara que Benjamin me había comprado. No quería llevarme nada por lo que él hubiera pagado. Por mí, podía venderlas, donarlas o incendiarlas.

El vestido largo azul marino sin mangas con botones en la parte delantera era bonito. No era tan llamativo, pero sí lo bastante informal para tomar un café el sábado por la mañana con mi jefe. Lo combiné con unas sandalias de tacón y un bolso marrón camel.

Satisfecha con mi aspecto, di un paso atrás y me desaté el pelo de la pinza de plástico que lo sujetaba mientras me vestía. Los rizos me caían por los hombros, los despeiné rápidamente para darles volumen antes de dirigirme al salón. Mi teléfono vibró, era un mensaje de un número que no tenía en mi agenda.

Buenos días, Srta. Kelly. Soy Liam, el chofer del Sr. Martin. La estoy esperando afuera del edificio. Por favor, tómese su tiempo.

Huh... Me pregunté si James daba los números privados de la gente a todo el mundo o si solo me lo había hecho a mí.

Me miré por última vez en el espejo junto a la puerta, cogí las llaves y salí.

Abajo, una larga limusina negra me esperaba con Liam de pie en ella, mirando a su alrededor.

"Buenos días, Liam", le saludé alegremente, e inmediatamente me abrió la puerta trasera,

sonriendo.

"Buenos días, señorita Kelly".

Mientras tomaba asiento al volante, pulsé el botón que bajaba el cristal de separación: "¿Ha visto hoy al señor Martin?".

"Todavía no, señorita, pero confío en que la esté esperando a la hora acordada".

Le sonreí a través del espejo y asentí.

"Por favor, siéntase libre de servirse uno de los refrescos del minibar", dijo.

"Gracias".

Por pura curiosidad, abrí la pequeña nevera y vi un surtido de botellas monodosis. Agua. Agua con gas. Agua con gas aromatizada. Zumo de naranja recién exprimido. Refrescos... y la lista seguía.

Me ajusté las viejas gafas de sol de marca en la nariz y contemplé las tranquilas calles de la ciudad. Faltaban casi veinte minutos para las ocho y el ambiente no se parecía en nada al de los días laborables.

"Liam, ¿cuánto tiempo llevas trabajando con el señor Martin?".

"Casi un año".

"Oh, eres prácticamente un recién llegado".

"El conductor que me precedió tuvo que jubilarse. Había servido al Sr. Richard durante décadas".

"Entiendo", asentí, "¿Y te gusta trabajar para James?".

"Es un gran hombre, señorita Kelly, generoso y amable. Casi nunca tengo problemas con él".

"Es bueno oír eso".

Su chófer también enunciaba cada palabra como un profesor universitario. ¿Desde cuándo Jamie Martin se había vuelto tan perfeccionista?

Tomamos una salida desconocida y cruzamos una carretera adornada con enormes árboles a ambos lados. Su sombra cubría toda la calle, mientras que los arbustos de flores decoraban las aceras, dando al aire un olor celestial. Los árboles fueron creciendo poco a poco hasta llegar a una enorme verja con las iniciales "J.M." en la parte superior. Era una entrada moderna con cámaras, un sistema de comunicación y puertas automáticas.

"Ya casi hemos llegado", anunció Liam.

Pensaba que James vivía en una mansión, pero no tenía ni idea de que su propiedad tenía su propio lago privado y una vasta extensión de bosque a lo lejos. Con ojos impresionados detrás de mis gafas de sol, escudriñé los alrededores y me sentí como una reina por el mero hecho de estar allí.

¿Quién iba a pensar que alguien con quien había ido a la universidad poseería todo esto?

Liam aparcó finalmente su coche delante de la casa de estilo moderno. Las estructuras de cristal y metal eran el elemento central del diseño, mientras que el resto del edificio estaba pintado de blanco. Las esquinas eran nítidas y concisas, lo que le daba un aire bastante futurista. No se parecía a ninguna de las casas en las que había entrado antes.

"Buenos días, señorita Kelly", Liam abrió la puerta y yo salí, pronto para ser recibida por una mujer sonriente vestida con chaqueta y corbata.

"Señorita Kelly", inclinó la cabeza con las manos cruzadas profesionalmente delante de la cintura. "El señor Martin la está esperando. Sígame, por favor".

Entró y yo seguí sus pasos por miedo a perderme. El interior de la casa parecía la recepción de un hotel, espaciosa, con mucha luz y sin desorden por ningún lado. Ningún objeto personal. Ni siquiera un libro tirado en alguna mesa. Ni zapatos. Ningún desorden. Todo estaba limpio y estéril. Por alguna extraña razón, mis pensamientos viajaron inmediatamente al dormitorio de James, preguntándome si estaría igual de ordenado.

"La señorita Kelly está aquí", dijo la mujer que anunciaba mi llegada, saliendo al vasto jardín con una única mesa donde James estaba sentado.

Se levantó, sonriente con su sencilla camiseta gris y unos vaqueros cómodos a la vista.

Intenté recordar si alguna vez le había visto con una camisa tan sencilla desde que nos habíamos vuelto a ver.

"Buenos días", sonrió cuando le tendí la mano y él la tomó suavemente, apenas apretándola.

"Hola", tomé asiento en la silla que me ofrecía. "Gracias".

"Lo siento", cogió su taza de café, "he tenido que empezar sin ti. Entonces, ¿leche?", empezó a servirme el café en una elegante taza negra. No tenía ningún diseño ni estampado en la vajilla, y me pregunté si todo lo que poseía era siempre tan 'elemental'.

"Y uno de azúcar, por favor".

Mis ojos recorrieron rápidamente los alrededores. Aquel jardín tenía que ser el césped privado más grande que había visto nunca. Estaba impresionada, pero intenté contenerlo todo en mi interior. Necesitaba el apoyo de James, y él era un hombre inteligente. Si hubiera percibido la más mínima consideración por su riqueza, tal vez me habría visto como una cazafortunas y habría mantenido las distancias.

Sentía que estaba a punto de precipitarme sola en un abismo sin salida, y no podía permitirme perder la única perspectiva de amistad que tenía.

"¿Cómo estás, Scar?", dejó la taza frente a mí y yo sonreí, murmurando un "gracias" que probablemente no pudo oír.

"En general, estoy bien", empecé a decir con aprensión. "Pero una foto nuestra está circulando por internet y está causando algunos problemas en mi vida personal".

"Sí, he sido informado de la existencia de la foto, pero...", hizo una pausa, estudiando mi rostro. "¿Puedes contarme más detalles sobre tu drama?".

Dejé escapar una risita nerviosa: "Bueno, aunque mi divorcio es definitivo... mi ex se comportó un poco irracionalmente".

Frunció el ceño: "Perdona, ¿me has hablado alguna vez de tu ex?".

"No", sonreí amablemente. "Se llama Benjamin Graham, es..."

"Dios mío", asintió, "claro, ahora me acuerdo de él. También fue a Harvard, ¿verdad?".

Esperaba que no reconociera el nombre. "Sí, es él".

"Vaya", parpadeó un par de veces, aparentemente sorprendido. "Te casaste con tu novio de la universidad".

Me reí, asintiendo. "Así es". Tomando un sorbo de mi café, el aroma celestial y el rico sabor me distrajeron momentáneamente. Era el mejor café que había tomado nunca.

"Y... vale, entonces", negó lentamente con la cabeza. "Explícame cómo están las cosas. ¿Crees que somos novios?".

"Sí."

"Y le has dicho que no lo estamos".

"Eso es.""

"Entonces..." parecía desconcertado. "¿Cuál es el problema?"

Me preguntaba si un hombre como él era capaz de comprender las inseguridades de un hombre con el que no tenía nada en común. Aparte de que ambos procedían de familias adineradas - la de Martin estaba sin duda mucho más adinerada - era imposible comparar a las dos familias.

Me aclaré la garganta y dejé que mis ojos vagaran sobre mi regazo: "Bueno, una de las razones de nuestros problemas han sido los celos extremos de Ben".

Se puso la mano bajo la barbilla y escuchó con una concentración inaudita.

"Sin entrar en detalles", vacilé. "De alguna manera se le metió en la cabeza que tú y yo... éramos...". Hice un gesto con la mano, demasiado avergonzada para pronunciar las palabras.

"Oh", enarcó las cejas de inmediato. "Ya veo."

"Y le he dicho repetidamente que nada de eso es cierto", fruncí el ceño.

"Por supuesto", me pareció ver el fantasma de una sonrisa formarse detrás de su mohín serio.

"Es que", suspiré, sacudiendo la cabeza. "No es la primera vez que pasa. Cuando estábamos casados, casi todos los hombres que me miraban representaban un sospechoso".

La sombra de una sonrisa desapareció, sustituida por una expresión solemne en su rostro. "Debió de ser difícil. Lo siento".

"Sí", mis ojos se fijaron una vez más en un punto al azar de la mesa que había entre nosotros. "Ha sido... complicado".

"¿Y cómo estás sobrellevando todo esto?" Su tono conllevaba un nuevo grado de compasión hacia mí, viniendo de él.

Levanté los ojos para encontrarme con su mirada: "¿Tengo que ser sincera?". Susurré: "No muy bien". Tragué saliva, superando el nudo en la garganta que reflejaba la objeción de mi mente a pedir ayuda a un hombre.

Durante años he tenido la conducta de no hablar nunca de mi vida personal con un hombre. A no pedir consejo. A no confiar en ningún hombre en absoluto. Sin embargo, allí estaba yo, buscando la ayuda de lo más parecido a un amigo que me habían ofrecido en Manhattan.

"Dime lo que necesitas", trató de tranquilizarme. "Quizá pueda ayudarte".

Su voz era reconfortante en cierto modo y su mirada prometía un refugio seguro. Mis defensas, que estaban siempre muy altas después de mi última relación insana, empezaron a disminuir.

"Tengo miedo", admití, yendo en contra de cada parte de mí que me decía que me callara. "Estoy sola aquí... la única familia que me queda es mi hermana Samantha, y vive en Long Island. Ben fue a su lugar de trabajo e hizo una escena, y me siento fatal. Y ahora..." la parte en la que debía contarle las cosas que Benjamin había dicho de él me dejó la voz tensa.

Bajó la cabeza un centímetro: "¿Y ahora?".

Apreté los labios antes de morderme el inferior, como solía hacer cuando estaba nerviosa. "Lo siento mucho", respiré. "Me das un trabajo y básicamente me ayudas a recuperarme, y así es como te lo pago".

"Scarlett", su mano apretó mis dedos temblorosos sobre la mesa. "Puedo ocuparme de lo que sea. Dímelo para que sepa qué hacer".

Una emoción de lástima y de disculpa se posó en mis ojos, brillando en su dirección: "Su paranoia le ha hecho creer que...". Hice una pausa, buscando las palabras menos ásperas. "Tú tenías algo contra él en la universidad".

"Bueno", dijo, y vi una expresión fugaz e ilegible en sus ojos. Apartó rápidamente la vista antes de volver a conectar con mi mirada. "Apenas le conocía".

Solté una risita torpe: "Eso nunca le ha detenido antes". Cerré los ojos con fuerza, sacudiendo la cabeza como preludio de las absurdas palabras que estaban a punto de salir de mis labios: "Él... de algún modo... cree que estabas... enamorado de mí. Que tú estabas...". Me encogí al decir: "Celoso de él".

JAMES

¿Alguien había descubierto mi secreto y yo no lo sabía?

Scarlett no parecía creer a Benjamin, lo cual me tranquilizó, así que la animé a continuar con un gesto de comprensión.

"Él siempre ha sido así", continuó.

Le acerqué un vaso de agua y le susurré: "Bebe un poco".

Su sonrisa de agradecimiento me aseguró que le estaba ofreciendo lo que necesitaba en aquel momento. La observé sorber el vaso transparente, con sus labios carnosos acariciando la superficie lisa, y mis ojos se detuvieron allí. Sus hombros blancos estaban salpicados de algunas pecas aquí y allá, y sentí el deseo de trazarlas con los dedos.

"Por favor, no te lo tomes como algo personal", sus palabras empujaron mis ojos a encontrarse con los suyos una vez más. "No me lo perdonaré si lo haces".

"Entonces", carraspeé, incorporándome. "Cuando dices que siempre ha sido así... ¿Cómo manejaba sus... celos?".

¿Era yo tan obvio entonces, o la especial capacidad de Benjamin para observar la mirada masculina era algo extraordinario?

Su expresión se puso rígida; era como si estuviera recordando una experiencia traumática.

"Manejar es una gran expresión", vaciló, pasando los dedos por los rizos brillantes entre los que bailaban los rayos del sol. "Digamos simplemente que no era agradable".

En aquel instante entró mi ama de llaves, Jo, con una bandeja de cruasanes y bollos recién horneados. Le di las gracias con una inclinación de cabeza y una breve sonrisa, incapaz de deshacerme de la sensación de que Scarlett estaba a punto de sincerarse completamente conmigo sobre su desgraciado matrimonio.

"¿Qué es todo esto?", preguntó con una sonrisa mientras Jo se alejaba.

"Tengo hambre, y tú también debes de tenerla". Cogí un cruasán y lo mordí, animándola.

Ella soltó una sonrisa tensa: "Quizá dentro de un minuto".

"Scarlett", ladeé la cabeza, "sabes que puedes contarme cualquier cosa. Soy una persona

extremadamente reservada, como sabes. Nada de lo que digas aquí se le dirá a un alma a menos que me lo pidas".

Pude ver la lucha en su mirada y en su lenguaje corporal mientras luchaba consigo misma para revelarme la verdad. Finalmente soltó un profundo suspiro y me dirigió una mirada suplicante: "A nadie".

"Te lo prometo".

"Él...", sacudió la cabeza, "se volvió violento".

Lo sabía.

Supe que había algo terriblemente malvado en él desde el momento en que había puesto los ojos en aquella foto online de ellos.

Extendí la mano y se la acaricié para tranquilizarle. Sentí que sus dedos temblaban bajo los míos y se crispaban brevemente en un movimiento que amenazaba alejamiento. Retiró suavemente la mano, sus ojos revelaron estar llenos de angustia.

"No pasa nada", la tranquilicé. "Puedes contármelo".

No era justo que una mujer tan delicada hubiera sufrido en silencio con alguien como Benjamin durante años.

"Al principio... gritaba e insultaba cosas al azar. Arrojaba cosas y a veces las rompía".

Exhalé bruscamente mientras intentaba eliminar la imagen de una asustada y pequeña Scarlett en un rincón de una casa desprotegida mientras aquel *hombretón* la aterrorizaba.

La ira empezó a hervir lentamente en mi interior. ¿Qué clase de persona hacía lo que hacía y se hacía llamar marido? ¿Un hombre cuya promesa era amar y cuidar a su mujer?

Ella se lamió los labios: "Entonces se convirtió en violencia física".

Intentando no contestar para que mi reacción no la desbaratara, mantuve el rostro erguido y escuché mientras sentía cómo se me contraían los músculos de la mandíbula.

"Me agarraba por el brazo y me sacudía con fuerza", agitó la cabeza aturdida mientras los recuerdos laceraban visiblemente su conciencia. "A veces, nunca oía lo que gritaba. Me quedaba inmóvil, rezando para que se detuviera".

Un leve movimiento de cabeza fue todo lo que pude conseguir.

"Y entonces empezó a insultarme", enarcó una ceja. "Llamándome todo tipo de cosas horribles que preferiría no repetir".

"No pasa nada", murmuré, sintiendo que la sangre me latía en el pecho, hirviendo.

"Después de cada pelea", continuó, "me quitaba las llaves y me encerraba en casa durante horas mientras él se iba de copas con sus amigos".

Esto era absolutamente absurdo.

¿Y si tenía una urgencia médica? ¿Y si se incendiaba la casa?

No podía creer lo que estaba oyendo.

"Entonces volvía a casa todo ablandado... intentando disculparse". Su mirada se apartó de mí como si evitara el contacto visual. "En ese momento dejé de ser su rehén y volví a ser su amante". Vi que sus ojos brillaban por las lágrimas que los llenaban.

No era ella quien debía avergonzarse.

"Scarlett, esto es horrible", susurré, dándome cuenta de que me había agarrado el cruasán con los dedos y me había echado hacia delante sobre el borde de la silla. Dejé el cruasán y crucé los brazos sobre la mesa, acercándome mientras estudiaba deliberadamente su rostro. "Eres una mujer muy fuerte y lo has conseguido. Ahora estás lejos de él".

Bromeó, agitando una mano. "Si realmente fuera tan fuerte, me habría marchado a la primera señal de problemas".

"Pero le querías, y eso complicaba las cosas".

"Debería haberlo sabido. En mi caso, el amor era una debilidad".

"Por favor, deja de culparte. Las cosas que hace la gente por amor, si pudiera decírtelo".

Sus ojos se clavaron de repente en los míos. "Debes pensar que soy una ingenua".

"En absoluto". No sabía lo que pensaba, pero lo que sentía se estaba apoderando de mí. "Eres una mujer madura que se comprometió con un hombre que pensó que la apoyaría. Protector. Cariñoso. Y tenías esperanzas. Eso no tiene nada de malo".

Temblando, de repente levantó un dedo: "Ahí tienes a tu culpable". Su voz destilaba amargura, y no podía culparla.

"Tú también eras joven", le recordé, "y estuvisteis juntos mucho tiempo. Es difícil dejarlo ir. Es muy duro, pero lo hiciste".

La mirada contrita de sus ojos, ahora cristalinos, representaba su profundo arrepentimiento.

¿Quién habría imaginado que aquella mujer alegre y risueña llevaría tanto dolor dentro?

"¿Continúo o ya te he estropeado bastante la mañana?", vaciló con un deje de cinismo.

Ladeé la cabeza, buscando las palabras que pudieran convencerla de que no había otra cosa que prefiriera hacer en aquel momento. No había ningún otro lugar en el que quisiera estar.

Lo siento, Scarlett, de verdad, de verdad que lo siento.

"Escucha", intenté contener la voz. "No hay palabras para describir cuánto siento que hayas tenido que pasar por esto. Tú sola, al menos. Pero ahora estás aquí, y yo también, así que por favor... sigue adelante. De verdad que quiero ayudarte como sea".

Exhaló profundamente. "Aunque no haya nada más que puedas hacer, basta con que me escuches".

En su estado vulnerable, no pude evitar sentir otro tipo de halago que me avergonzó un poco.

Ahí estaba, no pedía dinero, regalos, un trato especial ni pertenecer a clubes exclusivos, simplemente buscaba un amigo de verdad. Necesitaba a alguien que pudiera ser un hombro en el que apoyarse mientras luchaba contra la ira de su rencoroso ex. No recordaba la última vez que una amiga había venido a verme buscando nada más que apoyo moral.

Quería sonreír, pero no era el momento. Qué egoísta era al pensar en esto mientras la bella Scarlett revivía un trauma tan espantoso. También quise abrazarla con fuerza y decirle que todo iría bien, pero tal vez eso no hubiera sido apropiado.

"Bien", forcé una expresión educada mientras la observaba tomarse el café. "¿Te amenazó con algo después de ver la foto?".

Negó lentamente con la cabeza: "En realidad, no. Simplemente dijo que tú le odiabas y que habías encontrado la venganza perfecta".

¿Venganza? ¿Quién demonios se creía que era ese imbécil? Me tragué mi orgullo y continué: "¿Qué crees que hará?".

"No estoy segura", se disculpó, encogiéndose de hombros. "Ahora sabe dónde trabajo y para quién", hizo una pausa de un segundo, "Pero puede que sea algo bueno después de todo".

Me enderecé en la silla y crucé las piernas, complacido de que su voz empezara a elevarse. "¿Sí? ¿Por qué?"

Sus ojos se iluminaron, "¿Sinceramente? No creo que pudiera intimidarte aunque lo intentara. No eres como los demás hombres".

Sus palabras empezaron a adquirir una cualidad diferente. Una forma completamente alterada.

"Él solía asustar a los chicos gritando el nombre de su familia o amenazando con darles una paliza", sonrió, recordando. "Pero eso no funcionaría contigo. Eres...", susurró, "algo completamente diferente".

Me encogí de hombros y sonreí: "También soy humano. Tengo miedo".

"Sí, claro. Como todo el mundo". Entonces bajó un poco la cabeza: "¿Tienes miedo de los huracanes? ¿A los tsunamis? ¿De los incendios forestales? A cualquier cosa menos a los hombres locos y estúpidos, seguro".

Me reí divertido, de nuevo, tremendamente halagado por su impresión de mí.

"Eres de otra raza, James", dijo.

No me llamaba Jamie. ¿Lo había hecho exclusivamente cuando fingía ser mi novia?

"¿Raza?"

"De personas", explicó. "Te adueñas de todas las habitaciones en las que entras con el mínimo esfuerzo... prácticamente de nadie", continuó. Sus iris miraban fijamente un parterre en la esquina. "Ascensores. Salas de reuniones. Salones de baile. Tú eliges". Luego volvió a mirarme: "Estoy casi celosa de lo imponente que puede llegar a ser tu presencia. Pero, al mismo tiempo,

me siento orgullosa. Orgullosa de haberte conocido. De poder decir: "Eh, yo conozco a este tío".

¿Cómo era posible que hubiera encontrado la forma de acariciar mi ego de un modo que ninguna otra mujer había conseguido jamás? Lo que decía no tenía nada que ver con mi riqueza, mi carrera o mis contactos.

Todo tenía que ver conmigo.

De mí como persona. Un hombre. Con presencia. Carácter. Fuerza y poder que solo procedían de mi interior.

De todas las mujeres del mundo... *¿Había venido allí para confundirme?*

"Son cualidades notables", observé, levantando la guardia.

Su sonrisa se ensanchó: "Eres un hombre impresionante, James. Me siento muy afortunada de que nos hayamos cruzado".

"¿En la universidad?", bromeé.

"Oh", amplió los ojos, riendo. "Eso me habría gustado".

A mí también... no podía imaginar cuánto.

Me empeñé en ocultar mis verdaderos sentimientos, así que hablé con calma: "Bueno, todo a su tiempo, supongo".

Metiendo la mano en el bolsillo, saqué una nota que había traído conmigo por si necesitaba dársela. Allí estaba mi número de teléfono privado impreso en negro sobre fondo blanco, sin nada más al lado. Se la entregué y puso cara de perplejidad. "Este es mi número directo... privado".

"Oh", levantó una mano, "no hace falta que...".

"Insisto", se lo puse delante junto a su taza de café. "No todo el mundo lo tiene, ni siquiera Mel... Pero ahora te lo doy. Si necesitas algo, lo que sea, llámame. De día y de noche".

Una oleada de compasión me inundó mientras otro revoltijo de sentimientos me inundaba por dentro, y no podía discernir qué era aquella confusión emocional interminable.

"Gracias", susurró por fin, con el dedo tirando de la tarjeta por el borde mientras la cerraba en la palma de la otra mano. Sonrió lentamente mientras sus ojos miraban fijamente los números: "Bonito número".

"Fue un regalo de mi padre".

Levantó la vista bruscamente: "¿Ah, sí? ¿Cómo está?"

"Está muy bien. Vino a verme hace unos días".

"¿Aquí, en Manhattan?"

Asentí con la cabeza: "A veces lo hace". Cogí un bollo de crema de melocotón, lo puse en un plato y lo acerqué a ella. "Ya ha pasado un minuto".

Su sonrisa se ensanchó y asintió: "Gracias".

"Y lo digo en serio, Scarlett, puedes llamarme cuando quieras. Te prometo que estaré allí".

SCARLETT

James me acompañó fuera de la casa hasta el coche, donde Liam me esperaba al volante. Me abrió la puerta y me deslicé dentro, mientras James me dedicaba una sonrisa tranquilizadora que representaba la conclusión perfecta de un desayuno también perfecto.

"¿Quieres que la lleve a casa?", preguntó Liam.

Inspiré agitadamente: "¿Qué tal si me dejas en la calle comercial más cercana?".

"Claro".

Todavía con su tarjeta de visita en la palma de la mano, la desplegué y me quedé mirando la elegante letra. Era increíble cómo un gesto tan pequeño de un hombre como James me hacía sentir... segura. Era una noción que había olvidado hacía tiempo, y él había hecho revivir aquella sensación.

Saqué la cartera y, antes de introducir la tarjeta para ocultarla de miradas indiscretas, pasé el dedo por la pantalla del teléfono y tecleé los dígitos, guardando el contacto como "JM", luego metí rápidamente la tarjeta en el bolsillo y me puse las gafas de sol. Mis ojos vagaron sin rumbo por los rápidos hitos del exterior.

Casas. Tantas casas alineadas con vallas, césped verde, entradas elegantes. ¿Cuántas mujeres vivían allí, dependientes de sus hombres? Siempre me había enorgullecido de ser independiente, una cualidad que Ben había intentado romper una y otra vez. Siempre me había sentido mal por las mujeres que sentían que necesitaban a un hombre en sus vidas. Sobre todo para protegerse. ¿En qué me había convertido?

Al recordar cómo James me había pedido ayuda en la cena de antiguos alumnos, me recordé a mí misma que era perfectamente aceptable pedir apoyo. Y él... se había comportado como un perfecto caballero. Me había ofrecido su tiempo, su comprensión, su simpatía y acceso a él siempre que lo necesitara. Este empoderamiento que estaba sintiendo. Me lo merecía. Lo valía.

Todo estaba bien.

No significaba que era débil.

Eres una mujer muy fuerte y lo has conseguido. Ahora estás lejos de él.

Las palabras de James volvieron a mi mente y me transmitieron una oleada de calidez. ¿Quién iba a pensar que el viejo Jamie James tendría tanta influencia en mí más de diez años después?

¿Quién iba a pensar que aquel flacucho fiestero se convertiría en una persona tan íntegra y con tanto que ofrecer?

Mi impresión inicial de él no le hacía justicia. Me pregunté cuántas otras percepciones me había perdido en medio de mi huracán de juventud, rebeldía y decepción cegadora.

Siguiendo sus instrucciones, Liam aminoró la marcha hasta detenerse en la esquina de una amplia calle comercial. "¿Qué le parece este lugar, Srta. Kelly?".

"Perfecto", me dispuse a abrir la puerta antes de que él me detuviera rápidamente.

"Permítame, por favor", salió rápidamente del coche, corriendo a mi lado mientras su mano agarraba el picaporte.

La abrió y yo salí: "Gracias, no tienes que hacer esto por mí".

"Es mi trabajo y un placer", bajó la cabeza, "puedo esperar aquí si quieres".

"De ninguna manera. Vete, por favor. Ni siquiera sé cuánto tiempo estaré aquí".

"¿Está segura?"

"Muy segura. Ya has hecho bastante, gracias".

"Que tenga un buen día, Srta. Kelly".

"Igualmente".

El tiempo se volvió más cálido a medida que el sol iba ocupando el centro del cielo del mediodía. Empecé a caminar por la acera sin un destino claro en mente, observando a la gente entrar y salir de las tiendas. Al recordar el día en que había comprado el vestido para la entrevista, me acordé de lo apurada que estaba, ya que prácticamente salía corriendo.

Mis ojos escudriñaron los vibrantes artículos de los escaparates. Vestidos de verano en todo su esplendor de moda: cortes interesantes, estampados florales y colores vivos reclamaban la brillante promesa de días más cálidos.

Tomé asiento en la esquina de unas escaleras y rebusqué en mi bolso hasta encontrar mi estuche de maquillaje. Aparte de la barra de labios, el pintalabios transparente y la máscara de pestañas, en realidad no tenía ningún cosmético.

¿Maquillaje? ¿Para qué lo necesitas? Eres preciosa por naturaleza. Dales a esos tíos la oportunidad de recuperar el aliento.

Las palabras de Benjamin me recordaron a la primera semana después de volver de nuestra luna de miel. Estábamos deshaciendo la maleta y él prácticamente había tirado todo lo que había en ella.

Intenté recordar las palabras con las que le había respondido, fracasando estrepitosamente. Me sentí tan halagada por su cumplido que prácticamente me reí y me encogí de hombros... Había sido tan idiota.

Déjalo ya. No eras idiota. Eras una esposa que confiaba en él y no había nada que te advirtiera sobre la clase de hombre que había llegado a ser.

Respirando hondo, levanté la vista y exploré los alrededores en busca de un salón de belleza. Finalmente vi una gran sucursal de una famosa cadena de tiendas conocida por tener una colección decente de marcas baratas.

"Vale", metí el estuche en el bolso y me levanté. "Vamos a echar un vistazo".

Debería haber dejado de hablar sola en público. No habría sido halagador que algunos colegas me hubieran visto. Ya se estaban tomando su tiempo para conocerme, y la última impresión que debía dar era la de 'Scarlett, la loca que habla sola en la calle'.

Al entrar en la tienda, cogí un cesto de los más pequeños. Me tomaría mi tiempo, estudiaría las distintas opciones y no compraría nada más que lo necesario.

En el primer puesto, me llamó la atención una llamativa barra de labios de color rojo intenso. La modelo del cartel tenía los ojos azules como los míos, y combinaba perfectamente con su tez. Pero ella era morena y yo no.

"Te quedaría muy bien".

Me giré rápidamente para ver a la vendedora de pie detrás de mí, con una sonrisa tentadora y las manos entrelazadas.

"¿El rojo?" Señalé vacilante el muestrario.

"Por supuesto", lo sacó. "¿Me permite?"

No podía creer que hubiera olvidado cómo funcionaba esto. Tardé un segundo en darme cuenta de que tenía que levantar la mano para que me dibujara una rayita en la piel.

"Ves, así está muy bien". Luego me pasó la barra de labios: "Creo que deberías probártela".

Vacilante, la cogí de su mano y me quedé mirando el pequeño espejo de pruebas. Empecé a pasármelo por los labios, terriblemente consciente de los ojos que me miraban, aunque sabía que no todo el mundo me estaba observando. Mientras me frotaba los labios y me volvía para mirarla, un hombre pasó junto a nosotras y detrás de ella, lanzando una mirada en mi dirección con una sonrisa de aprobación en el rostro.

"Creo que es perfecto", dijo ella, sonriendo.

"Lo compraré", afirmé y lo dejé caer en mi cestita de la compra.

"Bueno", dio un paso adelante, "se combina perfectamente con el eyeliner negro - líquido, por supuesto - y la máscara de pestañas negra".

"Oh..."

"Tenemos máscara de pestañas 'volumen'", continuó entusiasmada, "con tecnología alargadora, define-las-pestañas".

"No sé. Hace tiempo", vacilé, "y todas estas opciones me confunden".

Sus ojos se abrieron de par en par al estudiar los míos. "Tus pestañas son preciosas", se alegró. "No creo que necesites un producto tan especialmente tecnológico", sonrió amistosamente y se

volvió, cogiendo un tubo de la amplia selección que teníamos delante. "Creo que este es perfecto para ti. Un toque de color creo que es todo lo que necesitas".

Me lo dio y lo tiré inmediatamente a mi cesta: "Trato hecho".

"Y", dijo a continuación, entregándome un delineador de ojos. "Este no tiene pincel porque *ha pasado tiempo*", sonrió cómplice. "Tendrás la sensación de estar utilizando un rotulador, fácil de usar. Y tienes unos ojos tan bonitos. Basta con dibujar un simple contorno para que destaquen".

"Vaya", me reí entre dientes, "si todos los vendedores son como tú hoy, acabaré el día con los bolsillos vacíos".

"No eres de por aquí, ¿verdad?".

"Así de obvio, ¿eh?"

"A la legua", me acompañó junto a los puestos de esmaltes de uñas. "¿Uñas?"

Instintivamente miré mis dedos. "Supongo que un esmalte de uñas no hace daño".

"Aquí tienes". Puso el frasco en mi cesta y eligió otro parecido a la barra de labios que acababa de comprar. "Confía en mí". Me guiñó un ojo. "Adecuado tanto para una cita como para una velada en general".

Cuando sugirió una llamativa paleta de sombras de ojos, me reí con ganas y moví la cabeza con un firme "No".

De repente me pregunté qué estaría pensando la dependienta, por qué estaba comprando allí. No tenía ninguna cita planeada, no iba a ir a bailar. En todo caso, lo más emocionante que había hecho desde que me mudé había sido la cena de antiguos alumnos con James.

Mientras esperaba en la cola para pagar mi nuevo kit de belleza, vi al hombre que me había sonreído antes al pasar por la otra cola. Volvió a sonreír, y bajé la mirada, recordando de repente lo que se sentía al ser observada por alguien del sexo opuesto. Sin culpa. Sin miedo. Sin una sensación de peligro inminente. Levanté la vista y se había ido.

Sonriendo para mí misma, respiré profundamente y con lentitud, lo que me produjo una gran sensación de satisfacción. ¿Alguna vez dejarán de divertirme estas pequeñas cosas?

Salí de la tienda, con mi renovado sentimiento de autoestima resurgiendo mientras me pavoneaba por la acera. Escuchando el sonido de mis tacones recorrer la distancia, miré a mi alrededor en busca de un lugar donde vendieran algo mejor que el vino de caja que tenía en casa.

Ante la falta de motivos claros para celebrarlo, me apetecía hacerlo de todos modos. Cogí un par de botellas y las pagué con la tarjeta de crédito.

Cogí el metro hasta casa. Decidí disfrutar de un poco de música en mi teléfono mientras mis auriculares me aislaban del mundo exterior. Eché un vistazo a mi bolso de marca y se me ocurrió una idea: ¿por qué no jugar con mis nuevos colores como una adolescente que prueba los primeros sabores de la feminidad?

Volví a casa y abrí una copa de vino, sirviéndome una generosa ración antes de ir a mi pequeño dormitorio y colocar mis cosas en fila sobre el lavabo. Bajé un sorbo, cogí mi delineador líquido,

la tarea más difícil. Me incliné hacia delante e intenté mantener la mano firme mientras el trazo se revelaba lentamente en la línea de mis pestañas.

Enderezándome, me miré y cerré los párpados un par de veces. Comprendí lo que James quería decir con que no había cambiado. En aquel momento, en cambio, tenía un aspecto muy diferente. Parecía mayor, casi de mi edad.

Otro sorbo fue seguido de la apertura del tubo de máscara de pestañas. Al cepillar con cuidado hacia arriba, vi cómo mis pestañas adquirían una nueva forma.

El vino me calentó mientras cogía el frasco de esmalte de uñas y decidí sentarme en el borde de la cama, apoyada en la mesilla. Empecé a pasar el pincel brillante por mis uñas mientras el rojo se apoderaba de ellas. Bonito. Suave. Brillante.

Mis ojos se detuvieron en la vieja cicatriz que tenía en el dedo, de aquel día en que había tenido que recoger cristales rotos tras uno de los arrebatos de Ben. Casi había desaparecido, y recé para que el recuerdo se desvaneciera con el tiempo.

Soplé sobre el esmalte de uñas para que se secara mientras volvía al tocador y recogía con cuidado la pieza clave. El lápiz de labios rojo.

Mis labios parecían más suaves y me moví lentamente, siguiendo las líneas para pintarlos con el color de mi renovada confianza en mí misma. Con la punta del dedo meñique, froté el centro de mi labio superior, definiendo mi arco de Cupido.

Y sonreí.

Aquí estoy, Benjamin. Sin darles a esos tíos la oportunidad de recuperar el aliento.

Cogí mi vaso, retrocedí unos pasos y me quedé mirando mi reflejo. Allí estaba la antigua Scarlett haciendo girar cabezas. Allí estaba, aún de pie, a pesar de todos los intentos por hacerla arrodillar.

Bebí otro sorbo y me quedé mirando el vaso, admirando la huella que mi boca había dejado en su limpio borde.

Mi feminidad merecía una disculpa, Benjamin. Pero sabía que sería incapaz de hacerlo con sinceridad.

"Lo siento, cariño", susurré con determinación en los ojos, "estarás bien, te lo prometo".

JAMES

Al término de una ajetreada reunión con nuestros socios británicos, respiré aliviado mientras volvía a mi despacho con la certeza de que mi próxima reunión sería con un amigo.

Dejé el portátil y la tableta sobre la mesa y me dirigí al pequeño bar de la esquina para hacer un rápido descanso. Preparándome una copa, respondí despreocupadamente a la llamada a la puerta: "¡Pasa!".

Al mirar por encima de mi hombro, vi a Victor Patterson en todo su esplendor, riéndose al verme. "Mírate", extendió los brazos. "Y todavía no son ni las cinco". Se rio y nos abrazamos rápidamente.

"¿Gin y Dubonnet?", le ofrecí.

"No te lo haré repetir dos veces", tomó asiento junto a mi escritorio. "Aunque hace un segundo habría jurado que me perdí y acabé en un convento".

Me reí: "¿Qué?".

"En serio", se quitó el blazer y lo tiró en la otra silla. "¿Esa mujer que trabaja con Emma?".

"¿Jessica Redgrave? ¿Nuestra directora de RRHH?" Le pasé su copa.

"Correcto", sacudió la cabeza con los ojos muy abiertos. "Maldita sea. Estaba en el despacho de Emma hace un momento. La puerta estaba abierta".

Rodeando el escritorio, apuré un trago: "¿Y?".

Frunció el ceño, animándose con gestos de las manos. "Esta pobre mujercita se quedó allí en silencio mientras Redgrave la regañaba por algo que llevaba puesto o... no sé, no le di importancia", se encogió de hombros despreocupadamente. Desde luego tiene un apellido absolutamente acertado", resopló.

No entendía lo que decía. "No, es importante", dije. "¿Qué estaba diciendo exactamente Redgrave?".

"Bueno", puso los ojos en blanco y bebió un trago. "Pasaba por aquí, pero creo que dijo: '¿Ese pintalabios? Exagerado. Esto es un lugar de trabajo, no un club".

Al sentarme, volví a recuperar una expresión seria: "¿En serio? ¿Algo más?"

"Fue solo un segundo, tío. ¿Cuál es el problema?".

Me encogí de hombros. "Aquí nunca ha sido así, y no me gustaría que Recursos Humanos adoptara un enfoque diferente sin consultármelo antes. ¿Sabes quién era la otra mujer?".

Entrecerrando los ojos, trató de recordar: "Creo que no. ¿Ha contratado a alguien nuevo en esta planta?".

"Técnicamente, Redgrave tampoco trabaja en esta planta. Probablemente convocó aquella mujer para la reunión aquí porque es más tranquilo". Alguien nuevo. Quién podría ser, me pregunté, "¿has vislumbrado su aspecto?".

Su pecho se levantó antes de exhalar profundamente, resignándose al hecho de que no lo dejaré pasar, "Uh..." negó con la cabeza. "Una chica con curvas, pero no demasiado". Luego hizo un gesto con el dedo cerca de la oreja. "Rubia, pelo rizado, muy distintivo".

Scarlett.

"Entendido", mi dedo trazó el borde de mi vaso en un intento de ocultar la repentina agitación. "¿Y cuál era el comportamiento de Redgrave?".

Resopló: "Le está pidiendo demasiado a un paseante momentáneo, amigo mío".

"Esto es importante", recalqué. "Ayúdeme, por favor. Últimamente las cosas andan bastante mal... internamente. Y creo que podría necesitar hablar con Emma".

"Me imagino", se encogió de hombros mientras tomaba asiento, con los ojos flotando hacia el techo. "Parecía bastante molesta. Enojada, diría yo".

"¿Y Emma no estaba allí?"

"No", negó con la cabeza. "Al menos ella habría saludado".

"Cierto." Mis pensamientos vagaron hacia Melinda y su resolución tácita de hacer la vida de Scarlett más difícil. "Bueno, gracias por ponerme al día".

¿Pero Scarlett? Ni siquiera usaba maquillaje obvio, y su ropa nunca había sido apropiada. Tenía que haber un malentendido.

"Hablando de negocios, por cierto, felicidades", levantó su copa en señal de agradecimiento. "¿Cómo van los negocios?"

"Van bien".

"Eh, deben ir más que bien. Apenas te vemos. ¿Pido cita con tu secretaria para salir?".

"Asistente."

"Da igual, ya me entiendes."

"No me parece que siempre estés fuera divirtiéndote", me reí. "Eres el socio fundador de Patterson & McCarthy". Hice una pausa, burlándome. "Y todos sabemos que McCarthy nunca podría llevar esto adelante solo".

"Está mejorando", hizo un gesto con la mano. "Cuando uno de nuestros socios senior le pasó por encima en el juzgado, creo que por fin se sintió amenazado".

"En realidad no estás aquí para hablarme de Ken McCarthy, ¿verdad?".

"Entre otras cosas", se rio. "Te he echado de menos".

"Tenemos la reunión con los abogados todos los meses", eché un trago.

La exagerada expresión dolida de su rostro me hizo sonreír. "¿A esto has reducido nuestra amistad? Tío, ¿qué habrías hecho si yo no fuera también tu abogado?".

"Relájate, ¿vale?". Entrecerré los ojos, tragando saliva. "Todo en mi vida importa".

"¿Qué se supone que significa eso? ¿Estás en problemas?"

"¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que no. Si estuvieras en problemas, serías el primero en saberlo".

"¿Entonces de qué se trata?"

"Una vieja amiga mía", me pellizqué la nariz, sintiéndome culpable ante la posibilidad de que la "pobre mujer" que había visto fuera Scarlett. "Su exmarido, él... tiene un sinfín de problemas, y sigue acosándola".

"¿Qué está haciendo exactamente?"

"Ni siquiera estoy seguro de que ella me haya dicho toda la verdad..."

Puso los ojos en blanco con impaciencia: "Entonces píntame un cuadro vago, Jamie".

"Siempre y cuando no le digas nada a nadie", siseé. "¿Estamos de acuerdo?".

Frunció el ceño y sacudió la cabeza una vez en clara señal de que definitivamente no.

"Cuando estaban casados, él la maltrataba físicamente. Y ahora, sigue poniéndose en contacto con ella con mensajes viciosos, y prácticamente sigue maltratándola". Hice una pausa. "¿Hay algo que podamos hacer?"

"¿A qué se dedica?"

"Negocios de algún tipo".

"¿Nacional o internacional?""

"¿Importa?"

"Sí, de lo contrario no habría preguntado."

"Creo que tiene su base en Long Island".

Asintió, "Una pequeña complicación. ¿Y ella también está allí?"

"No, se mudó a Manhattan después de divorciarse".

Sus ojos estudiaron mi expresión un momento antes de sorprenderme: "¿Quién es ella para ti?".

"Ya te lo he dicho, es una amiga".

"¿Es la mujer de la fotografía con el anillo?".

Eché la cabeza hacia atrás, frustrada. "¿Ahora te metes en esto?".

"Por mi cuenta ni siquiera la habría visto, pero alguien de tu equipo la envió por correo electrónico a mi bufete pidiendo asesoramiento jurídico".

"¿En serio?"

"Sí", se encogió de hombros. "Y les dijimos que mientras no tengas comentarios y no quieras demandar, no haremos ninguna declaración".

"Vale".

"¿Entonces? ¿Es ella?"

"Sí, Scarlett, otra vez y nadie lo sabe."

"Mis labios están sellados". Se aclaró la garganta. "Simplemente pienso que mientras él esté allí y ella aquí, Scarlett siempre podría denunciarlo a la policía. Puede que no hagan mucho, pero tampoco es que la esté amenazando de muerte, ¿verdad?".

"No lo sé. No conozco a ese hombre".

"Pensé que habías dicho que era una vieja amiga".

"Hace mucho tiempo. Volvimos a encontrarnos después de su divorcio'".

"Ten cuidado, hombre."

"¿En qué sentido?"

"He visto a mujeres superar matrimonios fracasados por...".

Hice una mueca y le detuve con un gesto de la mano. "No lo hagas. No seas cobarde. Además, ¿qué tengo, doce años?".

Se burló. "Solo digo que es una mujer hermosa. Una noche bajo los reflectores y ha hecho que todos piensen que es tu novia. Quién sabe qué más trama".

"Para tu información, fue idea mía".

Exhalé bruscamente, mi deseo de aclarar el nombre de Scarlett se había vuelto de pronto más fuerte que mi instinto de proteger mi imagen. "Fui yo... quien le dio el anillo. Le pedí que fingiera ser mi novia por aquella noche".

"¿Por qué has hecho una cosa así?"

"Exactamente lo que dices", respondí. "No quería encontrarme en medio de una multitud de mujeres que Dios sabe de qué serían capaces si se dieran cuenta de que yo era James Martin, además de que estaba soltero".

Sus cejas se alzaron aún más, casi rozándole la línea del pelo. "Impresionante".

Ladeé la cabeza graciosamente. "Una especie de inspiración instintiva".

"¿Y cuándo la conociste?"

"La encontré sola en un bar y la reconocí. Fuimos juntos a la universidad".

"¿La reconociste?" Sus risitas ahogaron sus palabras. "¿Desde cuándo Jamie Martin reconoce a mujeres de hace diez años?".

Sonreí, mis ojos se ablandaron ante el recuerdo. "¿Recuerdas a 'S', mi enamoramiento secreto?"

"Dios mío, no me lo puedo creer".

Asentí con la cabeza.

"¿Es ella?" Su risa se volvió más entusiasta. "Caramba, estuviste desesperado por ella durante más de un año, ¿cierto?".

"Y ella estaba saliendo con alguien en aquella época".

"Y nunca pensaste que saldría con un burgués capitalista como tú, con tus fiestas locas y el cero follando".

"No lo habría hecho", me encogí de hombros.

"Oh, tío", echó la cabeza hacia atrás, los últimos regueros de risa escapando de su garganta. "El tiempo vuela de verdad".

"Sí que vuela".

Compartimos un momento en silencio, sorbiendo nuestros cócteles y pensando en los viejos tiempos. Luego se enderezó de nuevo, estirando los hombros.

"Pero, entonces... ¿Ella...?".

"¿Qué?

"¿Ella lo sabe?"

Negué lentamente con la cabeza. "¿Sabe de qué?"

"¿Me está obligando a deletrear? ¿Tus sentimientos por ella?"

"Eso fue hace mucho tiempo, Víctor".

"¿No hay residuos?"

"No seas absurdo".

"Bien", levantó las cejas en señal de aprobación. "Lo último que necesita un hombre en tu posición es estar en medio de algún conflicto entre una mujer y su ex".

"Correcto". Apreté los labios y escuché con atención.

"¿Te imaginas la cantidad de munición que ofrecerías en bandeja de plata a los medios de comunicación? ¿A tu oposición?"

"Víctor, soy consciente..."

"Puede ser un lío colosal, debes saberlo. Si te has medido con alguien en los últimos diez años, se agarrarían a eso y no dejarían de golpearte".

"Para que quede claro". Entrecerré los ojos. "¿Esa es la poca fe que tienes en los cimientos de esta empresa?".

"No me malinterpretes". Sacudió la cabeza. "Tu negocio va como la seda. Una marca y un servicio sin parangón. Pero basta un rival feroz para hacer maravillas con un drama personal como este, convirtiéndolo en un espectáculo de proporciones asombrosas. Estaríamos hasta las orejas de papeleo con tal de asegurarnos de que no tienen nada contra ninguno de los dos".

"Ahora que me has desmayado con tus palabras". Forcé una risita juguetona, fingiendo que en realidad no me concernía. "¿Qué quieres decir con uno de nosotros?".

"Simplemente lo que se me ocurre", dijo y se tranquilizó, "¿tienes antecedentes de vivir con mujeres casadas? ¿Tiene antecedentes de ser infiel? Si su ex es un loco hombre de negocios como tú dices, podría querer manchar la reputación de ambos. Y con la ayuda de cualquiera que quiera una parte de tu cuota de mercado, esas acusaciones pueden hacer mucho daño".

Asentí lentamente con la cabeza, me costó mantener una expresión indiferente. "Lo entiendo".

"Pero", cogió su vaso y se lo llevó a la boca, "como tú dices, nada de esto importa porque ella es una amiga ahora".

"Así es".

Pasamos a una discusión de negocios y asuntos pendientes antes de que Summer llamara a la puerta y se asomara, recordándome que mi próxima conferencia telefónica empezaría dentro de diez minutos.

"Esa es mi señal", Víctor se puso de pie, deslizando ambas manos en sus bolsillos. "¿Por qué no vienes a mi casa el jueves para la noche de chicos? Estarán encantados de verte".

Me reí. "Cruza los dedos".

Nos dimos la mano y, antes de marcharse, se volvió hacia mí y guardó silencio un momento. "Sabes... si 'S' alguna vez necesita asesoramiento legal, dame un grito. No le cobraré".

"No es que mi bufete no te ayudara a comprar esa casa extraordinaria en Vermont ni nada de eso", bromeé.

Rio mientras abría la puerta. "Hablo en serio, tío. Nos vemos el jueves".

SCARLETT

Mi primer mes no fue muy prometedor. Aunque me había desvivido por hacer todo lo que Melinda me había pedido, ni a ella ni a Jessica parecía caerles muy bien a nivel personal. Era extraño, ya que mi primera semana había sido tranquila, y pensé que al menos mi jefa me soportaba.

Después de que Jessica me invitara a su extraña reunión improvisada en el despacho de Mel, donde prácticamente nadie podía oírla gritarme, corrí al baño de la misma planta y me desmaquillé rápidamente. Durante el resto de la tarde, no pude evitar fijarme en la mirada triunfante de Melinda. Algo me decía que tenía algo que ver con todo aquello, y no había visto a Emma.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, antes de que nadie viniera a la planta, me senté sola en mi pequeño despacho y me conecté a la red de la empresa. En la sección de Recursos Humanos, rebusqué entre docenas de documentos en busca de directrices sobre ropa. Extrañamente, no encontré ninguna. Así que volví a mi bandeja de entrada y busqué el manual del empleado que Recursos Humanos me había enviado por correo electrónico cuando me incorporé a la empresa. No había mucho escrito sobre el tema, salvo una entrada sobre la "atuendo apropiado para la oficina".

Sentada con las cejas fruncidas, intenté recordar todos los conjuntos que había visto en las mujeres del edificio. Melinda llevaba constantemente faldas lo bastante cortas como para dejar al descubierto la mitad de sus muslos cuando se sentaba. Los escotes de Emma eran bastante atrevidos e incluso las chicas de la recepción llevaban tops muy ajustados.

Estaba muy confusa.

La única explicación era que estaban cabreadas conmigo. Todavía estaba en periodo de prueba y ya me odiaban. Podrían haberme despedido en cualquier momento por razones que ni siquiera entendía realmente.

Qué desastre.

Apartando aquellos pensamientos, abrí un nuevo documento y empecé a ordenar los datos que mi equipo había recopilado para un informe que Melinda quería recibir aquel día. Perdí la noción del tiempo mientras analizaba las cifras, recopilaba las imágenes adecuadas y lo ponía todo en diapositivas debidamente rotuladas con gráficos y diagramas circulares.

Me ardían los ojos, así que me levanté y caminé por mi despacho durante un minuto, ignorando por completo el zumbido que indicaba la vibración de mi teléfono en el bolso. Si era Benjamin otra vez, no podría soportar sus rabietas en aquellos momentos. El teléfono seguía silbando, estaba a punto de volverme loca, así que salté enfadada a mi bolso y lo saqué con la intención de ponerlo en "silencio". Era Samantha.

"Hola", contesté rápidamente antes de que colgara. "Perdona, creía que era Ben otra vez".

"¿Otra vez?"

"Sí", me acomodé en la silla detrás del escritorio. "Me llama una vez cada dos días". Hice un gesto con la mano en el aire. "Es una pesadilla viviente, como si su teléfono nunca se descargara y con ganas de darme un susto de muerte".

"Joder, lo siento mucho, cariño. He vuelto a hablar con el abogado y me ha dicho que buscará una solución, pero no me promete nada".

Dejé escapar un suspiro frustrado. "No pasa nada. Ya estás haciendo mucho. Lo siento".

"Tonterías". Hizo una pausa. "Oye, ¿no crees que deberías denunciar a Ben?".

"Está en otra ciudad... ¿Crees que la policía me tomará en serio?".

"Tienes razón. Preguntaré. De todas formas, ¿cómo estás?"

"No lo sé", susurré. "Parece que mi jefa de departamento no me soporta, y creo que ha contratado a alguien de RRHH para hacerme la vida imposible".

"¿Cómo?

"Me maquillé por primera vez en un mes", hablé rápidamente, "y el resultado para ella fue que soy la única mujer a la que se atrevió a decirle que el pintalabios rojo no es apropiado en el trabajo".

"¿Qué?", gritó. "Nadie lo lleva mejor que tú".

"A lo mejor me arriesgo a robarle el trabajo". Sacudí la cabeza. "No importa. Lo único que me importa es no perder esta oportunidad. No puedo volver, Sam".

"Cariño, lo sé", la simpatía goteaba de su voz. "Bueno... quizá quieras guardar los colores sexis para tus noches de fiesta".

"Sí", bromeé. "Estoy de acuerdo".

"Vamos, ¿en serio? ¿Nada de diversión?"

"¿Cuándo y con quién? Tengo tanto trabajo que cuando llego a casa estoy completamente agotada", expliqué. "Además, todos salen de copas a horas en las que yo sigo aquí atrapada trabajando en la diapositiva número 500 del día. ¿Y yo que pensaba que iba a impresionar a mi jefa? Qué tonta soy".

"A lo mejor te está poniendo a prueba. Ya sabes, algunos supervisores hacen eso: te someten a una inmensa presión y ven cuánto puedes aguantar antes de que te vengas abajo".

"Una guerra psicológica. Genial, yo no tengo bastante de eso en mi vida".

"Mejorará, estoy segura. Acabas de empezar y todo es tan nuevo para ti. ¿La ciudad? ¿Las rutinas de la oficina? ¿Las personalidades de cada uno de tus compañeros? No tienes que gestionar solo a los que trabajan para ti, sino también a tu jefe a veces".

Exhalé bruscamente.

"Sé que a veces parece demasiado y pensarás que no puedes con ello, pero cariño, tú nunca te rindes, ¡eres tan fuerte!".

"Qué curioso. Eres la segunda persona que me dice eso esta semana".

"¡Es verdad!" Su voz adquirió entonces un tono más juguetón. "¿Quién más te lo ha dicho?"

"¿Prometes no darle mucha importancia?"

"De mala gana".

"James", susurré. "Me estaba desahogando con él por Ben y por lo que me está haciendo pasar. ¿Soy patética? Soy un poco patética, ¿verdad?".

"Claro que no", me tranquilizó con severidad. "Ya le conoces, aunque no seáis amigos. Ahora podéis serlo. Parece simpático, con todo lo que tiene encima, para escucharte y decirte algo así".

"Es simpático... demasiado simpático, a veces no me lo creo".

"¿Por qué no?"

"Porque no es la imagen que tenía en la cabeza del director general de una empresa internacional".

"¿Humano?"

Solté una risita. "A veces me pregunto si el trabajo te contamina o si es al revés".

"¿Y si, a veces, una persona con un carácter fuerte no dejara que el trabajo dictara su personalidad? Antes has dicho que intenta crear un ambiente de trabajo agradable, ¿verdad? Es él quien intenta influir en el trabajo, no al revés".

"Tal vez". Empecé a oír alboroto fuera y miré la hora. Empezaba a llegar gente. "Escucha, tengo que irme. Lo último que puedo permitirme ahora mismo es que Mel me encuentre en una llamada personal en horas de trabajo".

"Sí, sí. Vete. Lo conseguirás".

Dije rápidamente: "Te quiero".

"Yo también te quiero. Adiós".

Por suerte no me pillaron antes de que pusiera el teléfono en modalidad silenciosa y en mi bolso. Durante el resto del día, todo siguió como siempre. Tuve una breve reunión con Mel y el equipo de relaciones públicas en la que todo salió bien, sobre todo porque prácticamente tomé la iniciativa y terminé una tarea antes incluso de que me la pidieran.

Hacia las cinco y media de la tarde, Mel me envió un correo electrónico anunciándome que tenía una reunión fuera de la empresa y que no volvería a la oficina. Me delegó algunas tareas rutinarias y eso fue todo.

Contenta de que el día hubiera terminado pacíficamente, saqué por fin el teléfono y consulté mis mensajes. El equipo iba a salir de nuevo a tomar algo; de hecho, todos acababan de irse. Dejé el aparato, sacudí la cabeza y sopesé la idea de entrar en la oficina a las siete de la mañana en vez de a las ocho para empezar con más ventaja. Quizá uno de esos días podría tomar un aperitivo con ellos.

Al terminar las últimas solicitudes de Mel, vi que la pantalla del teléfono se iluminaba brevemente con un nuevo mensaje. Al desplazarme hacia abajo para verlo, vi que era Ben.

¿Crees que ignorarme funcionará? ¿Igual que el amante ignora el hecho de que todo el mundo sabe que eres su puta? Aún no ha anunciado que estáis juntos. ¿Cuándo te ayudará a darte cuenta de lo miserable que eres?

Abrí de par en par los ojos al leer aquellas palabras.

Aunque mi mente consciente sabía lo equivocado que estaba Ben, algo dentro de mí seguía doliéndome cada vez que sufría uno de sus ataques. Tirando el teléfono, salí corriendo de mi despacho, subí las escaleras y me dirigí al baño de la planta de dirección, que siempre estaba vacío a aquellas horas. Entré corriendo en uno de los baños, cerrando la puerta de madera tras de mí. Me eché a llorar.

En un intento de reprimir mis gemidos, me llevé las palmas de las manos a la boca y cerré los ojos, llorando en silencio. Todas las mujeres se habían ido, solo quedaban unos pocos hombres aquí y allá. Levanté las manos y me liberé, sollozando audiblemente mientras todas las emociones sofocadas se derramaban como despiadadas riadas sobre las ruinas de una presa derrumbada.

Sentada en el asiento del retrete, no sé cuánto tiempo me quedé para dejar salir todas las lágrimas. Cuando por fin terminé, cogí papel higiénico y lo utilicé para secarme las mejillas. Mi máscara de pestañas negra -lo único que llevaba con mi brillo transparente- había creado un desastre de tinta.

Salí del baño y me miré horrorizada en el espejo de la pared. Apoyada en el lavabo, me lavé la cara con jabón genérico y agua del grifo, quitándome todo el negro molesto de debajo de los ojos.

Durante los segundos que siguieron, contemplé la posibilidad de esperar más tiempo con la nariz sonrojada, las mejillas enrojecidas y los ojos hinchados. Pero, ¿cómo iba a saber que estaba sola?

"Esto es ridículo", siseé mientras tiraba con rabia de la manilla, saliendo con la intención de marchar rápidamente a mi escritorio sin que se dieran cuenta.

"Scarlett, ¿cómo estás...?".

Levanté la vista y allí estaba. James. Se dirigía hacia los ascensores y casi se le cae el portátil al suelo.

"Lo siento, lo siento mucho", asentí una vez, manteniendo la cara gacha antes de que mi cuerpo

se paralizara en su sitio y mis músculos se negaran a seguir cooperando.

"¿Estás bien?" Inclinó la cabeza. "¿Te encuentras bien?"

"Sí", por fin encontré la voz. "Todo va bien".

"¿Estás segura?" Su mano me tocó brevemente el brazo. "¿Quieres venir a mi despacho?".

Su pregunta me hizo mirar inmediatamente a mi alrededor, consciente de que - en aquel momento - cualquiera podría haber delatado a Mel. "No, estaba a punto de irme. Estoy bien, lo juro".

"Mírame", dijo.

Alcé los ojos para mirarle.

"Estabas llorando. ¿Qué ha pasado?"

"Nada", murmuré rápidamente. "Mira, no quiero enfadar a Mel. Y que yo esté aquí sin motivo hablando contigo parece ser una de las cosas que la enfadan últimamente".

Soltó una risita despreocupada. "¿Estás loca? Aquí quien manda soy yo, no ella". Me puso una mano en la espalda, lo bastante alta para resultar amistosa. "Vamos, coge tus cosas y nos vemos en mi coche, en el aparcamiento uno".

"Que... no, de verdad, tengo que irme".

"¿Y hacer enfadar al verdadero jefe?", me lanzó una sonrisa irónica. "¿Estás loca? Venga, una copa. O un café, si quieres".

Al entrar en el ascensor, le vi pulsar el número de mi planta y luego el botón de aparcamiento. "¿Qué tienes en mente?"

Se encogió de hombros. "Ya que no quieres que nadie sepa que salimos juntos, ¿qué tal si vamos a mi casa?".

"Sabes que las cámaras me mostrarán saliendo contigo en tu coche, ¿verdad?".

Inclinando la cabeza, me dirigió la mirada de incredulidad más genuina que jamás había visto. "Scarlett..." Sacudió la cabeza con las cejas fruncidas antes de apartar bruscamente la mirada. "No importa", las puertas del ascensor se abrieron en mi planta. "Estaré en el coche".

Mientras recogía mis cosas y las metía descuidadamente en el bolso, me pregunté qué se había guardado James de contarme.

JAMES

Scarlett se deslizó nerviosa en el asiento trasero junto a mí, abrazando su bolso y mirando por la ventanilla.

Presioné suavemente el botón y vi cómo se levantaba lentamente el cristal que separaba a Liam de nosotros. "Quería hablarte de tu experiencia en L'Exlusive. Ya ha pasado un mes, ¿no?".

Su rostro se relajó poco a poco mientras dejaba que una leve sonrisa se dibujara en sus labios, asintiendo con la cabeza. "Así es".

Durante todo el viaje, la guié con preguntas que le permitieron hablar libremente de su trabajo y de la naturaleza de los retos a los que se enfrentaba. En cuanto llegamos a casa, nos despedimos de Jo y acompañé a Scarlett a mi estudio.

Mientras preparaba nuestras bebidas, le pregunté informalmente: "¿Cómo te va con RRHH?".

Dudó un momento. "Emma es maravillosa".

"¿Y Jessica Redgrave?" Me volví y le tendí un vaso. "Me han informado de que ahora está a cargo del marketing y las relaciones públicas".

Su expresión se tensó antes de forzar una sonrisa, bajando la mirada hacia su copa. "No quiero ser una de esas personas, James". Dio un sorbo rápido y nervioso.

Me acerqué un paso más, estudiando su lenguaje corporal. "¿Qué personas?"

"¿Las que nunca están satisfechas?" Sacudió la cabeza lentamente. "¿Los que se quejan de todo? Yo simplemente estoy agradecida por tener un trabajo".

"Eso no basta", dije en voz baja, con los ojos muy atentos a todos sus movimientos. "Quiero que todos mis empleados sean felices. Esa es mi norma".

Su pecho se elevó con una profunda inspiración que dejó escapar las palabras: "Jessica y yo hemos hablado de mi aspecto".

"¿Aspecto?" Di otro paso adelante y ella no se movió.

"A alguien no le gustó mi maquillaje". Su voz era grave, pero sus palabras eran claras.

Al examinar su rostro, me atrajeron sus inocentes ojos azules y sus bellos rasgos. Sus labios y sus mejillas sonrosadas. Su piel pura, tan perfecta como la porcelana de primera calidad. Mi

mirada se deslizó lentamente hacia abajo, admirando sus pechos perfectos y las curvas de su estrecha cintura.

Me di cuenta de que me estaba mirando. Sin decir palabra, me devolvió la mirada.

Su belleza era natural y atractiva. Con su camisa formal, no podía ver aquellos hombros con pecas que encendían mi fantasía una vez más. Levanté la vista... Había echado de menos su dulce rostro.

Con los ojos clavados en los suyos, cogí el vaso de su mano y coloqué ambos sobre la mesa. Acercándome más, susurré: "¿Qué maquillaje?".

No apartó la mirada, sus hermosos ojos azules estaban clavados en mí, pero pude ver cómo se le agitaba el pecho. Era casi como si pudiera sentir lo que yo quería, lo que estaba a punto de ocurrir. Pero no me detuvo.

"Me dijo que era inapropiado para el trabajo", susurró.

"No lo creo". Mis labios casi rozaban los suyos mientras lo decía, y ella cerró los ojos cuando mi mano tocó su cadera.

Me puso una mano en el pecho. "Yo..."

No continuó la frase cuando apreté ligeramente mis labios contra los suyos. Aquel beso era inocente, apenas podía llamarse tal, pero sentí el paraíso. Me aparté y la miré, y sus ojos se abrieron de par en par.

"No podemos hacerlo".

Apenas la oía. "¿Hacer qué?"

Su mano se apretó contra mi pecho, su puño apretó mi camisa y me acercó más a ella. Esta vez el beso fue más apasionado y abrí la boca mientras mis manos se aferraban a su cintura. Su otro brazo me tocó el cuello y jadeó cuando mis labios exploraron la línea de su mandíbula y se dirigieron hacia su cuello. Sentí su mano en mi nuca, tan suave como la piel que besaba, y la acerqué aún más a mí. La sentía cálida contra mí y sabía que deseaba esto tanto como yo.

"Esto está muy mal", gimió cuando encontré un punto suave entre su cuello y su clavícula.

"¿A quién le importa?", susurré, soplando suavemente antes de volver a unir nuestros labios. Nuestra pasión se intensificó y la estreché en un fuerte abrazo. Sus manos exploraron mi espalda, tirando de la tela de mi camisa, casi como si quisiera arrancármela. La subí a mi escritorio y sus dedos empezaron rápidamente a desabrocharme la camisa. Empecé a sacarle la blusa por fuera de la falda.

Me miró y sus ojos me hablaron. La lujuria que podía ver allí, la necesidad de intimidad, la necesidad de borrar todo lo que la molestaba. No sabía por qué lloraba cuando la conocí en la oficina, y una parte de mí quería saberlo.

Pero la mayor parte quería darle todo lo que necesitaba. En aquel mismo instante. Allí mismo.

Me quitó la camisa de los hombros y me ayudó a desabrochársela. Sus pechos se abrieron paso a través de la tela unos segundos antes de que se encontrara sentada delante de mí con un sujetador

negro, el pecho subiendo y bajando con impaciencia. Volví a besarla, y ella me rodeó el cuello con los brazos, devolviéndome el beso con la misma pasión. Puse las manos en su cintura, luego hacia sus muslos, y le subí la falda. Ella rodeó con sus piernas las mías.

"Esto es...", gimió cuando volví a besar su punto sensible.

"¿Te gusta?", le pregunté.

"Increíble", suspiró y se desabrochó el sujetador. Mis labios se movieron por sus hombros, primero hacia la derecha y luego por su pecho hacia la izquierda, tirando de los tirantes del sujetador hacia abajo. La tela se desprendió de ella y me encontré con los pechos más hermosos que había visto nunca.

"Eres preciosa", la admiré.

Volvió a besarme, esta vez con más fuerza. "¿Qué piensas hacer?"

Solté una risita y la levanté entre mis brazos, con los suyos rodeándome el cuello y sus piernas alrededor de mi cintura. La llevé hasta el sofá, y nuestros besos se hicieron más fervientes por la expectación. Hice que se tumbara suavemente, asegurándome de que no se golpeara la cabeza.

Se desabrochó la falda. "Quítame esto", susurró.

Obedecí, y cada centímetro de piel desnuda que aparecía era rápidamente recibido con un beso. Le bajé la falda del todo y ella se estiró para quitarse los tacones.

"No", le dije. "Déjatelos puestos".

Sin nada más que bragas y medias negras, su piel de porcelana la hacía parecer un ángel contra el cuero negro del sofá. No podía apartar los ojos de ella, y cuando nuestra mirada se cruzó, me perdí completamente en ella. Me desabroché lentamente el cinturón y me bajé los pantalones y los calzoncillos, completamente desnudo ante ella. Sus ojos vagaron hacia abajo, me agarró la polla y pude ver el agradecimiento en ellos.

"Ven aquí", susurró, y yo bajé lentamente sobre ella.

Mi polla se frotó contra ella, y me sorprendió un poco el calor que salía de entre sus piernas y la humedad que había empapado sus bragas. Sus uñas me arañaron el hombro mientras nos besábamos, y empecé a bajar. Besé sus pechos, los tomé entre mis manos y los apreté ligeramente. Apreté un pezón mientras chupaba el otro. Pasé la lengua por él y lo mordisqueé suavemente mientras ella gemía.

"Eres increíble", volvió a jadear, y sus manos se enroscaron en mi pelo, tirando de mí más cerca.

Movió las caderas contra mí, impulsándome. Yo no podía saciarme de ella. Pasé las manos por su piel, palpando cada centímetro y pude ver cómo se le ponía la piel de gallina en los brazos. Besé su vientre y luego sus caderas. Quería explorarlo todo de ella, y me dejó hacerlo, con su cuerpo respondiendo a mis besos.

Besé el interior de sus muslos y luego le quité lentamente las bragas. Me miró intensamente, sus ojos no se apartaban de los míos, su boca permanecía ligeramente abierta mientras su pecho subía y bajaba en señal de anticipación. Besé sus piernas y me desplacé a lo largo de ellas hasta

el interior de sus muslos, e inhalé. Soplé suavemente contra ella, y sus piernas se cerraron contra mí mientras sus caderas se levantaban del sofá.

Bajé aún más, primero besándola y luego dejando que mi lengua hiciera el resto. Ella se tapó la boca mientras gemía entre las palmas de las manos, y yo le agarré el culo al introducir la lengua dentro de ella. Saboreé cada parte: mi lengua dibujó círculos alrededor de su clítoris y lo succioné. El jadeo y el gemido que recibí a cambio me pusieron tan duro que pensé que me correría allí mismo.

"Sí, justo ahí", gimió mientras mi lengua hacía su magia. Sus muslos se cerraron sobre mi cabeza como si quisiera retenerme allí para siempre. "Ahí tienes el punto, justo ahí".

Su reacción hizo que me esforzara más y, cuando le apreté el culo, ella golpeó su cadera contra mí y apretó más sus muslos contra mi cabeza. Sus gemidos se convirtieron en un grito grave, y disfruté del temblor de su cuerpo cuando llegó su orgasmo.

Me aparté y la observé mientras caía de espaldas, respirando agitadamente, con los ojos cerrados y las manos apretadas.

"Supongo que lo has disfrutado", solté una risita.

"Aún no has terminado", dijo, con los ojos muy abiertos mientras se levantaba torpemente.

"Eh, tómatelo con calma", me reí.

"Cállate", fue la respuesta, pero su sonrisa no ocultó la picardía de sus ojos. Me levantó del sofá y me llevó hasta la alfombra que había en medio del despacho. Por el camino, agarró uno de los cojines del sofá. Lo tiró al suelo, se sentó y tiró de mí hacia abajo con ella. Su mano agarró mi polla y la acarició suavemente, volviéndome loco.

"Ya me has provocado bastante", dijo.

"¿Provocado?", susurré. "Creo que he terminado el trabajo lo bastante bien".

"Bueno, tengo más trabajo para ti, jefe".

Me guió, frotó la punta de mi polla contra su humedad y cerré los ojos al sentir la suavidad de su coño. Le agarré las manos y se las puse por encima de la cabeza.

"Permíteme", gruñí contra su cuello, y sonreí cuando jadeó al introducirme en ella.

Con todo mi ser.

De una vez.

La llené y gemí contra su cuello mientras sus músculos se tensaban contra mí. Era como si hubiera encontrado el refugio más dulce y cálido de la tierra. Y me sentí bien. Como si debiera haber estado dentro de ella desde hacía mucho tiempo. Como si siempre hubiéramos estado destinados a acabar allí, de algún modo.

Me arañó la espalda cuando empecé a moverme, sacándola lentamente y volviendo a introducirla. Su respiración se intensificó y no tardé en hacerla gemir mientras aumentaba el ritmo de mis embestidas. Fui suave, temía hacerle daño si me excitaba demasiado, pero Dios

mío, parecía el paraíso.

"No hagas eso", susurró.

"¿Qué?"

"Te estás conteniendo", gimió. "No lo hagas".

No necesité una segunda invitación, así que aumenté la velocidad y la intensidad de mis embestidas. Me tumbé encima de ella, sintiendo su calor contra mi piel, sus pechos contra mi pecho. Me rodeó la cintura con las piernas, empujándome dentro de ella.

"¡Sí!" Sus gemidos llenaron la oficina, más fuertes con cada embestida. "Esoooo!"

Nuestros labios se entrelazaron, sus manos apretaron las mías y sus tobillos se trabaron detrás de mí.

"¡No pares!", gimió. "¡Por favor, no pares!"

No iba a hacerlo. La forma en que su coño se estrechaba contra mí, la forma en que mi polla se sentía dentro de ella. Podría haberlo hecho para siempre. Empujé más profundamente, saboreando los sonidos de placer que salían de ella.

De repente, me agarró con fuerza y su cuerpo se estremeció incontrolablemente cuando la golpeó el orgasmo. Sin embargo, no me detuve, demasiado cerca de mí. Mis embestidas se intensificaron y, cuando ella clavó sus ojos en los míos, pude ver que sabía que estaba cerca. Me agarró de las caderas y empujó, y al mirar fijamente sus ojos azules, ya no pude contenerme.

Mi orgasmo llegó con fuerza y gemí mientras me vaciaba dentro de ella. Me rodeó con más fuerza con las piernas y me incorporé, tirando de ella y abrazándola. Enterré la cara entre sus pechos mientras intentaba controlar la respiración, y ella me besó la parte superior de la cabeza. La miré y su sonrisa me derritió.

"Tenemos que vestirnos", susurré. Frunció el ceño y de repente me di cuenta de cómo debía de sonar mi tono. Me eché a reír. "Quiero más de ti, y creo que algún sitio más cómodo que la oficina sería mejor".

Me besó y olvidé qué demonios iba a decir.

SCARLETT

Los primeros rayos del sol del amanecer me golpearon la cara. Abrí los ojos e inmediatamente me di cuenta de que estaba en el dormitorio de James. En su cama.

Entre sus brazos.

Mi corazón empezó a acelerarse al recordar lo que había sucedido apenas unas horas antes. Mis músculos se tensaron con una desconcertante combinación de euforia y culpa. Pero no quería despertarlo, así que empecé a deslizarme lentamente por debajo de su brazo, apoyándolo con cuidado mientras lo colocaba poco a poco sobre la almohada. Su pecho se elevó con una respiración profunda, y me quedé inmóvil, sosteniéndome, observando en silencio cómo se daba la vuelta sin hacer ruido.

Al exhalar aliviada, me alejé de puntillas, recogiendo mis cosas mientras me acercaba a la puerta. El costoso picaporte no emitió ni un solo chirrido, lo que consideré una suerte mientras cerraba suavemente la puerta tras de mí.

Me tomé un minuto para vestirme apresuradamente en el pasillo, con los oídos atentos a cualquier paso inminente. Era demasiado temprano para que nadie estuviera despierto, y ni siquiera sabía si Jo, su ama de llaves, solía irse a casa a pasar la noche.

Como no quería arriesgarme, me apresuré a bajar las escaleras mientras mis dedos pulsaban el teléfono para llamar a un taxi. Aún tenía que ir a casa, ducharme y cambiarme antes de ir a la oficina. Mi retraso habría sido inaceptable, pero presentarme con el atuendo del día anterior habría desencadenado una oleada de preguntas despiadadas para las que no estaba preparada.

En cuanto entré en mi piso, tiré todo sobre el futón del salón y corrí hacia el cuarto de baño, dejando un rastro de ropa por el camino.

Salí de la ducha y cogí el móvil. Aún tenía cinco minutos antes de salir corriendo. Me vestí y di las gracias al universo por haberme inspirado para planchar todas las camisas durante el fin de semana. Un rápido vistazo al espejo me hizo darme cuenta de que tenía el pelo casi seco, así que cogí las bolsas, me calcé los zapatos y salí corriendo por la puerta.

Bajé las escaleras hasta la estación de metro, puse una lista de reproducción de música y me puse los auriculares. Cuando por fin me acomodé en el único asiento libre que quedaba, dejé que mis hombros se relajaran y pasé el dedo por el teléfono para cambiar de canción. Un nuevo mensaje de notificación llamó mi atención.

Lo abrí y me encontré con la misma foto mía con la que había salido corriendo de la finca de James poco antes.

Era de Benjamin.

Se me encogió el corazón.

Entrecerrando los ojos, eché la cabeza hacia atrás y traté de evitar un ajuste de mi respiración que amenazaba con acelerarse sin control.

No podía ser verdad.

Piensa. Piensa.

James.

Mis dedos localizaron temblorosos su número privado en mi teléfono y lo llamé. Sonó y sonó sin resultado.

"Mierda", dije entre dientes apretados.

En cuanto bajé del tren, decidí llamar a Samantha mientras corría hacia la oficina.

Por suerte, contestó casi de inmediato.

"Estoy jodidísima", susurré.

"¿Qué? ¿Qué ha pasado?"

"Joder... ¡Ha pasado Benjamin!"

"¿Qué...?"

"Está aquí", retomé las palabras mientras mi respiración se hacía más corta. "Está en Manhattan y me vio salir de casa de James", las últimas palabras fueron un chillido tenso.

"¿Le viste?"

"Me envió una foto", dije incrédula. "¿Cuándo perfeccionó sus habilidades de *paparazzi*?".

"¿Sabes qué? Que se joda", gritó con severidad. "No le debes nada".

"¿Y James?"

"¿Qué pasa con James?"

"Sam, esa foto es de hace una hora", señalé. "He acabado en la cama con él... esta noche".

"Por Dios, vale... bueno", exhaló bruscamente. "¿Y qué? ¡Díselo a James! Es alguien poderoso y tiene contactos, ¿no? Seguro que no teme a Benjamin".

"Espero poder llegar a él a tiempo".

"¿Qué quieres decir?"

"¿No estabas escuchando? Está aquí. ¿Quién sabe lo que planea hacer?".

"Si estuviera planeando algo, ya lo habría hecho. La paciencia no es precisamente su punto fuerte, ni su gran control de las emociones".

Respiré hondo. "No, tienes razón. Tienes razón".

"Exacto", su tono se volvió un poco más relajado. "¿Dónde estás ahora?"

"De camino al trabajo".

"Genial, entonces te reunirás con él allí".

"Sí", dije entre respiraciones.

"Avísame de cómo va, ¿vale?".

"Vale. Adiós".

Cuando llegué a la planta de Dirección, me apresuré a acercarme a la mesa de Summer. "Buenos días. ¿Está el Sr. Martin?"

Enarcó una ceja y me escrutó de pies a cabeza. "Aún no".

"De acuerdo", me alejé hacia la sala de espera. "Le esperaré aquí".

"Se acerca su cita de las ocho", dijo con ironía. "Y tiene reuniones todo el día".

Sin comprender del todo aquella repentina frialdad suya, ladeé la cabeza. "Esto solo llevará un minuto, Summer".

"Si no recuerdo mal", me ignoró y se quedó mirando el portátil, "creo que la reunión de las ocho es con Melinda. No le aconsejo que esté aquí en ese horario, señorita Kelly".

¿Señorita Kelly? ¿Dónde estaban las risas y las sonrisas que habíamos intercambiado ayer delante del dispensador de agua?

Hice una mueca y me acerqué. "¿Qué te pasa hoy?"

Sus ojos se abrieron de repente al oír unos tacones justo detrás de mí. Se levantó de un salto con una sonrisa. "Buenos días, Melinda".

Me volví y vi a mi jefa con un vestido rojo carmesí chillón que le abrazaba el cuerpo con tanta fuerza que casi parecía pintado. Sus labios tenían un tono a juego y sus ojos eran más fieros que nunca, una mirada de victoria.

"Buenos días, Summer", se detuvo a unos pasos de la puerta de la sala de conferencias. "¿Scarlett? ¿Querías algo?" Me miró y sus labios se curvaron en una sonrisa. "Me gusta tu vestido".

Mi mirada saltó entre ella y Summer al darme cuenta. "Gracias". Sonreí y me di la vuelta, dirigiéndome a las escaleras.

Su voz resonó, aunque suavemente, en el piso vacío cuando la oí preguntar a Summer: "¿Ha dicho lo que quería?"

Cerré la puerta del despacho y coloqué mis cosas sobre el escritorio mientras miraba por la

ventana. Mi lado del edificio daba al patio interior del edificio que teníamos detrás. Contemplé la vista cerrada, pero agradable, de su pequeña fuente rodeada de algunos parterres y bancos donde normalmente almorzaban los empleados.

Por fin todo estaba claro. Tras poner a Jessica en mi contra, Melinda había pasado a Summer. Obstaculizarme con su ayudante era la mejor jugada para impedirme tener "libre acceso" a James. Entonces, de repente, recordé que aún tenía su número privado.

Saqué el portátil, cogí también el teléfono y envié un mensaje a James.

Buenos días. Para ser sincera, no tengo palabras para describir lo de anoche, así que lo pospondré por ahora. Pero Ben está en la ciudad. Me vio salir de tu casa y no se sabe lo que podría hacer en un momento de locura. Por favor, ten cuidado.

Envié el mensaje y respiré hondo antes de decidirme a prepararme una taza de café recién hecho. Era el único truco que tenía para engañar a mi mente y hacer que se reseteara y se centrara en el trabajo durante el resto del día.

Y funcionó hasta cierto punto.

Con la excepción del ocasional recuerdo del inesperado, pero delicioso encuentro de la noche anterior, conseguí de algún modo dejar a un lado la mayoría de las contemplaciones personales y trabajar en la presentación que Mel había solicitado para el día siguiente. Debía incluir más de cien diapositivas en las que se detallaran todas las ideas de mi equipo con descripciones significativas, que representaran la mecánica de nuestro negocio, vinculadas a imágenes de referencia.

Durante cada pausa de cinco minutos que me permitía para estirar las piernas, intentaba llamar al teléfono interior del despacho de James. Cada vez, sin falta, mi llamada era desviada a Summer, que me informaba confidencialmente de que estaba en una reunión.

Después de comer con mi equipo, volví a mi mesa y encontré un nuevo mensaje de Ben.

¿No te gustó la foto? Me pareció bastante halagadora. ¿Mejor aún? ¿Por qué no hacemos una votación? Estoy pensando en hacerla pública para ver qué opina todo el mundo de tu actuación en el paseo de la vergüenza. Apuesto a que a James le encantaría que el exterior avalara su gusto por las putas.

Suspiré resignada.

En aquel momento no tenía sentido negar nada. Aunque antes no creyera que éramos novios, seguro que ahora sabía que nos acostábamos.

No estaba yendo nada bien.

Mi mente se sumió en un escenario diabólico en el que Benjamin estaba entregando la foto a los medios de comunicación. Lo sabía todo sobre mí, y le habría bastado con treinta segundos para autentificar toda aquella información sobre mi identidad.

Se habría desatado el infierno.

James valoraba demasiado su intimidad como para dejarlo pasar. Me habría odiado para siempre.

Melinda habría aprovechado la oportunidad para rescindir mi contrato inicial. Me habría quedado sin casa y posiblemente sin trabajo en todo el estado de Nueva York después de un escándalo así. Todo mi futuro se desmoronó ante mis ojos.

Acostarme con el jefe.

¿Quién iba a pensar que mi vida llegaría a esto?

Sin duda había sido un error. ¿En qué estaba pensando?

Estaba claro que no. Me había pillado en un momento vulnerable y no podía negar que yo también lo deseaba. Anhelaba su cuerpo cálido. Sus dulces besos. Su tacto tierno y todo lo que representaba. Todo lo que no había tenido con Benjamin.

Todo lo que *nunca* había tenido.

Sin embargo, allí estaba yo, una amenaza inminente de arruinar su reputación. ¿Era así como le pagaba?

Pasé el resto de la tarde aturdida, trabajando pero sin concentrarme realmente. Una taza de café tras otra, hasta que el corazón amenazó con salírseme del pecho. Mi cabeza, sin embargo, seguía zumbando de terror mientras James seguía sin decir nada. Nada de nada.

¿Benjamin ya se había puesto en contacto con él? La vergüenza me tragó entera mientras me sentaba en la silla, impotente y obsesionada. Guardé el archivo y cerré el portátil, metiéndolo en su funda mientras me levantaba. Necesitaba ir a casa y beber un poco de vino. Aquella noche era mi única oportunidad de terminar aquella presentación condenada al fracaso antes de que fuera demasiado tarde.

Llegué a casa sobre las seis, comprobando frenéticamente mi teléfono en busca de una respuesta de James.

Nada.

Me serví un vaso lleno de tinto y empecé a golpearme las uñas contra la fría encimera mientras engullía la mitad de un trago. La sensación de ardor me llegó al estómago, recordándome que debía tomar un tentempié antes de reanudar el trabajo. Cogí una bolsa grande de patatas fritas, la abrí y me metí una en la boca antes de dirigirme al salón.

Me quedé mirando las diapositivas, parpadeando sin entusiasmo antes de dar otro sorbo.

"Vamos, Scarlett", le insté. "James es un hombre y llamará cuando tenga algo que decir. Concéntrate".

Escribiendo, perdí horas enteras poniendo en práctica mis mejores habilidades. Embelleciendo las palabras. Armonizando las imágenes. Siguiendo todas las directrices de la marca hasta el último detalle.

¿Debería haber respondido al texto de Ben?

No.

Debería haber esperado la respuesta de James. En un sórdido giro del destino, se había visto

atrapado en medio de mi lío. Merecía dar su opinión.

Cogí el teléfono y le envié otro mensaje.

Siento todo esto. Llámame cuando puedas. Necesito tu consejo.

Al enviar el mensaje, esperaba que no hubiera terminado ya conmigo. Recé para que tuviera tiempo para otra conversación. Sabía que había creado tal caos en su vida y que tendría que responsabilizarme de las consecuencias.

Pero antes de nada...

Tenía que darme una oportunidad.

JAMES

Al despertarme por la mañana, Scarlett ya no estaba conmigo. Cualquier rastro de ella había desaparecido de mi dormitorio. Sin embargo, su delicado aroma permanecía entre mis brazos, recordándome la maravillosa noche que habíamos compartido.

Sonreí mientras apartaba las sábanas y salía de la cama, mirando por la ventana en busca de algo que pudiera utilizar para explicar la sensación de felicidad que me invadía. Sin embargo, todo parecía tan normal.

Excepto yo.

Me apresuré hacia el cuarto de baño para darme una ducha. Mi mente empezó a zumbar automáticamente con la apretada agenda del día. Reunión tras reunión. Lástima que Scarlett no estuviera allí. Al menos podría haberle ofrecido el desayuno.

El trayecto hasta la empresa pasó volando mientras me preparaba para llamarla más tarde y darle las gracias por aquel momento mágico. Pronto volví a la realidad cuando me recibió la sonrisa perpleja de Summer y uno de los comentarios descarados de Melinda.

"Alguien está muy emocionado hoy", soltó una risita cuando entré en la sala de conferencias. "¿Hubo suerte anoche?"

Arrugando las cejas, contesté: "Claro, como si quisiera hablar contigo de ello".

Me di cuenta de su expresión encolerizada y decidí ignorarla.

No podía pensar en salirse con la suya haciendo miserable la vida de mis empleados, y mucho menos la de Scarlett. La pobre ya tenía bastante con lo suyo y no necesitaba más presión.

Una reunión chocaba con otra, como las olas embravecidas del océano sin descanso. Me salté el almuerzo y me abastecí de café y mini donuts por cortesía de Summer durante una de las reuniones más largas. Sin apenas tiempo para ir al baño, me olvidé de consultar mi teléfono personal en todo el día.

La última teleconferencia terminó a las ocho y media, y con ello solté un profundo suspiro. Me pasé los dedos por el pelo, cogí el teléfono y me desplomé en el sofá de mi despacho. Un mensaje de Víctor. Una llamada de mi madre. Otro mensaje de papá. Dos mensajes de Scarlett.

Sacudiendo la cabeza mientras resoplaba de cansancio, me levanté y cogí el portátil.

En el asiento trasero de mi coche, empecé a responder mensajes de texto y a hacer las llamadas necesarias hasta que llegué a casa de Scarlett. Una fotografía borrosa de ella saliendo a toda prisa de mi casa fue lo primero que saltó a mis ojos antes de leer lo que había escrito a continuación.

... Por favor, ten cuidado.

Esto no podía ser bueno, pero sonreí sin motivo aparente.

Siento todo esto. Llámame cuando puedas. Necesito tu consejo.

Sin dudarlo, marqué su número.

"James. Gracias a Dios", exhaló.

"Lo siento", vacilé, sacudiendo la cabeza. "Un día de locos, no tienes ni idea".

"No, sí que la tengo", dijo rápidamente, "he intentado ponerme en contacto contigo varias veces".

"¿Dónde?"

"¿En tu despacho? Summer desvió todas mis llamadas".

Me quedé en silencio un momento, considerando la posibilidad de confesarle que esperaba despertarme y encontrarla a mi lado. Pero decidí no hacerlo. "Bueno, me alegro de que este día haya llegado a su fin. ¿Estás bien?"

"Lo siento. Siento mucho todo esto".

"Tienes que dejar de disculparte. Nada de esto es culpa tuya. ¿Estás segura de que es él y no un investigador contratado?"

"No lo sé... ¿Acaso importa?".

"Bueno, es mejor saber con quién estamos tratando", suspiré. "En cualquier caso, no tienes por qué preocuparte. Basta con que me des su nombre completo y me envíes una foto reciente. Puedo pedir a los chicos de la comisaría que estén atentos".

"Eso no es lo único que me preocupa", su tono se volvió más pesaroso. "Está... amenazando con ir a los medios de comunicación".

"¿Con qué? ¿Una fotografía borrosa y una suposición? ¿Y para qué? Ya no estáis juntos. ¿Qué quiere conseguir con esto?".

Recordé mi conversación con Víctor, pero seguí esperando su versión.

"James, ¿no ves lo que intenta hacer aquí? Su venganza se está apoderando de ti. Quiere arruinar tu reputación. Tu nombre. Hacer que todo el mundo cuestione la integridad de tu empresa".

Me esforcé por no sonreír. A pesar del potencial destructivo de las amenazas de su ex, el hecho de que Scarlett mostrara tanta preocupación por mi bienestar y mi imagen me hacía feliz. "Concentrémonos en una cosa cada vez, ¿de acuerdo? No sé si me siento muy a gusto dejándote sola en este momento, y desde luego no puedo arriesgarme a que te ataquen por una idea mía."

"¿Qué?"

"Un amigo mío tiene una empresa de seguridad privada. ¿Qué te parece si te conseguimos un guardaespaldas personal de momento?".

Atrapé la mirada de Liam en el espejo y pulsé el botón hasta el fondo, levantando rápidamente la mampara insonorizada.

"No, no voy a aceptarlo", objetó.

"¿Por qué no?"

"Soy una nueva empleada en tu empresa, ¿cómo quedaría eso? Todo el mundo sabe que no puedo permitirme algo así".

"Es mi amigo. No tendremos que pagarle".

"No me siento cómoda con esto, James. Lo siento".

Siempre había admirado a la gente con un fuerte sentido del orgullo, pero su negativa no hacía más que aumentar mi lista de preocupaciones.

"¿Qué tal si pasas la noche en mi casa?".

"Estoy bien aquí", respondió. "Ya tengo tres cerrojos en la puerta y una cerradura".

"Scarlett...", intenté intervenir.

"¿Y si va a la prensa?", señaló. "¿Sabes lo que eso significa el echo de que te acuestas con uno de tus empleados? Y Melinda no perderá la oportunidad de revelar que me contrataron con tu recomendación, ¡Dios!", dijo rápidamente.

"Scarlett, te estás volviendo loca".

"¿Y por qué tú no?", se quejó ella.

Buena pregunta.

Aunque no estaba seguro de que hubiéramos podido - en realidad - contener la situación si se hubiera divulgado la fotografía, lo único que quería hacer en aquel momento era calmar la mente en pánico de Scarlett.

"Porque sé que todo es controlable", mentí, acordándome de llamar a Víctor más tarde. "¿Has contestado a alguno de sus mensajes?".

"No", afirmó con un tono de voz derrotado. "Quería escuchar primero tu opinión".

"Vale. Entonces no lo hagas". Ella no contestó, y oí su respiración tranquila a través del teléfono, deseando poder estar a su lado. "¿Puedo al menos ir a verte?".

"No", respondió con severidad. "Prefiero no provocarle más".

Exhalando bruscamente, se me acababan las formas de conseguir que aceptara mi ayuda. Con resignación, negué con la cabeza. "¿Tienes todo lo que necesitas?"

"Bueno", se burló. "Ya he consumido dos vasos de vino, pero tengo suficiente para el resto de la noche".

"¿Estás bebiendo sola?" Intenté incorporar algo de humor. "Es una pena".

"Más bien intento trabajar. Las exigencias de Mel a veces son imposibles".

Me habría gustado compartir con ella cómo me había sentido aquella mañana, pero no lo hice. Quería salir con ella y animarla, pero sabía que no aceptaría. Se me pasaron mil pensamientos por la cabeza, pero lo único que conseguí fue soltar una media risita. "Estoy seguro de que harás un gran trabajo. Te dejaré que vuelvas a tu trabajo".

Ella siguió rápidamente: "¿James?"

"¿Sí?"

Su tono se relajó. "Aún no tengo palabras para lo de anoche".

Mi sonrisa se ensanchó y bajé la mirada hacia mis dedos. "Me lo tomaré como un cumplido".

"Deberías", susurró.

Apenas podía contener mi felicidad. "Llámame si necesitas algo".

"Lo haré. Cuídate".

Manteniendo el separador cerrado durante el resto del trayecto de vuelta a casa, me pregunté si Liam estaría escuchando todas mis llamadas o si ese pensamiento era solo producto de mi imaginación.

Finalmente, cuando me encontré solo en el despacho de mi casa, cerré la puerta y saqué una vieja caja de memorabilia y recuerdos varios del instituto y la universidad. Al levantar la tapa de cartón, lo primero que encontré delante fue una pila de fotografías de una de mis muchas fiestas preuniversitarias.

Al hojear las fotos, sonreí al reflexionar sobre lo jóvenes que éramos. Un marco vibrante me detuvo: era una foto de grupo con los chicos de mi fraternidad delante de nuestra casa. Las letras griegas que la distinguían de las demás se veían claramente en la foto. Volví a sentarme en el sofá bajo la tenue luz de una única lámpara de esquina y me reí entre dientes, fijándome en el aspecto que teníamos entonces.

Lo jóvenes que parecíamos todos y lo despreocupadas que eran nuestras vidas.

Scarlett tenía razón, yo estaba *terriblemente* delgado entonces.

Y aquí estaba, en el extremo derecho, sonriendo a la cámara junto a sus amigas. Guapa y extrovertida, Scarlett Kelly nunca había sido del tipo fiestero. Redactora en el periódico de su universidad, tenía un futuro prometedor y el deseo de seguir una carrera como redactora publicitaria creativa. No había necesidad de preguntarse dónde acabaría.

Todos los recuerdos de aquella noche volvieron a mi mente.

Los chicos y yo volvíamos a casa después de una fiesta en la piscina en casa de Víctor. Gerard Bay, nuestro compañero de fiesta y apasionado redactor del periódico con Scarlett, necesitaba darle material para el número del día siguiente. Habían acordado reunirse en el césped exterior de la casa para el intercambio, y borrachos como estábamos, nos preparábamos para otra fiesta.

Mis ojos miraron fijamente el barril de cerveza durante un momento, y mi sonrisa se convirtió en una mueca. Recordé haber visto acercarse a Scarlett con sus amigas y, en el colmo de la embriaguez, había insistido en que nos hiciéramos todos esta foto.

"Oye, si no quieres unirte a nosotros dentro, al menos conmemoremos este raro momento aquí y ahora", balbuceé, y ella se rio.

"¿De acuerdo?" Miró a sus amigas en busca de una señal silenciosa de aprobación. No pareció importarles, así que todos posamos alrededor del icónico barril, sonriendo estúpidamente con Gerard en el centro.

Asentí lentamente mientras examinaba a la joven Scarlett. "Siempre fuiste dulce, Scarlett Kelly", susurré como si pudiera oírme. "Nunca quisiste defraudar a nadie. Siempre te esforzabas por hacer sonreír a todo el mundo".

Qué idiota había sido por no esforzarme más. Podríamos haber sido buenos amigos, quizá incluso más. Habría visto en Benjamin lo que su amor había borrado de su vista. Podría haberla advertido.

Podría haberlo hecho.

Debería haberlo hecho.

Habría...

Qué vergonzoso desperdicio de un gran potencial.

Cogí el teléfono y llamé a Víctor.

"Dime que vienes a la noche de chicos", contestó.

"Lo haré si me dedicas diez minutos de tu tiempo ahora".

"Lo que sea".

"¿Qué podemos hacer si alguien publica una foto privada sin mi permiso?".

"De ti haciendo..."

"De una amiga saliendo de mi casa al amanecer".

Se rio, comprensivo. "¿Estamos hablando de S?"

"Víctor, hablo en serio".

"Esto está pasando, ¿verdad?"

"¿Qué podemos hacer?"

"Bueno, varias cosas. Si la foto la hizo su ex, eso juega a nuestro favor", explicó. "Pasa del caso habitual de los paparazzi haciendo su trabajo al desagradable barrio del acoso".

"¿Y si lo compartió con la prensa y no a través de un canal personal? ¿Cómo podemos demostrar que fue él quien la cogió?

"Pan comido, déjamelo a mí. ¿Ya ha salido a la luz?"

"No, pero la está utilizando para aterrorizarla".

"Déjale que haga lo que quiera. Nos proporcionará generosamente todo lo que necesitemos para construir un caso contra él".

"¿Se reflejará eso en el nombre de la empresa?"

"¿Está establecido en algún lugar de la política de tu empresa que no se pueden tener relaciones entre colegas?"

"No, pero seguro que habrá quien nos juzgue dentro de la empresa".

"No le debes nada a nadie, y menos si no vas contra las normas de la sociedad".

"¿Podrían acusarme de nepotismo? La contrataron por una recomendación mía".

"¿Documentada?"

"Verbal".

Se rio. "A menos que te grabaran en vídeo y audio, no podrán demostrarlo".

"¿Ni aunque se proclamen testigos?".

"¿Qué películas visteis?", continuó. "No llegaremos a eso, tío. No lo permitiré".

"Es bueno saberlo. Gracias, Vic".

"Qué gracias... la única forma de que me lo agradezcas es que traigas tu buen culo a la noche de chicos. Venga, muévete".

SCARLETT

A la mañana siguiente, me desperté aturdida tras haber dormido apenas tres horas. Mientras me vestía, me tomé el que sabía que sería el primero de muchos cafés que me prepararían para el día.

Mientras caminaba hacia la estación de metro, la música de mi teléfono se interrumpió. El nombre de Samantha parpadeó en la pantalla.

"Buenos días, hermanita", respondí despreocupadamente.

"Bueno, al menos una de las dos ha dormido lo suficiente", resopló nerviosa.

"¡Te lo has creído!", me regocijé amargamente. "He estado trabajando toda la noche. ¿Cuál es tu excusa?"

"Así que... No lo sabes", la aprensión era evidente en su tono.

"¿Saber qué?"

"¿Ben? ¿La fotografía?"

Mi corazón se desplomó, quería detenerme y gritar. Pero desde luego no podía permitirme llegar tarde, así que canalicé mi rabia para acelerar mis pasos. "Te refieres a mi fotografía, ¿verdad?".

"¿Era realmente la casa de tu jefe?", me regañó. "¡Jesús, siempre te he defendido!".

"Y lo hiciste bien", chillé. "Sam, ¿no ves lo que está haciendo? Está intentando destruirlo todo y alejar de mí a todas las personas que me importan y me quieren. No he hecho nada malo".

"¿Te acostaste o no con tu jefe?", dijo ella.

"Claro que sí, ¿vale? Lo hice", confesé, nerviosa y sintiéndome acorralada. "Estaba triste, confusa y sola... Y él era todo lo que necesitaba en aquel momento y más".

"Pero..."

"Sin peros. No he terminado!" Gemí, ya sin fuerzas para caminar. Me detuve y me apoyé contra un muro de la acera, luchando por contener las lágrimas. "Sam... Sé que comprendes mi situación, pero no puedes concebir por lo que estoy pasando", me temblaba la voz.

"Lo siento", susurró débilmente.

"Lo que James me ofreció aquella noche era algo de lo que había estado privada durante años". Sentí que me invadía la vergüenza, pero la superé. "Sentirme deseada y protegida y comprendida, en lugar de ser convertida en un trofeo para reparar el ego de un hombre... todos mis movimientos eran controlados únicamente por el bien de su orgullo. ¿Sabes siquiera lo afortunada que eres con Jared?".

"Cariño, lo sé... Lo siento".

Respiré hondo y cerré la mano en un puño, haciendo acopio de todas mis fuerzas para recuperar la compostura. "Así que también te la envió a ti".

"Sí, jurando que no te dejará salirte con la tuya".

"Bien", alcé la voz una octava a pesar de mi miedo subyacente. "Que haga lo que le dé la puta gana". Sentí que una lágrima se deslizaba por mi mejilla y me la enjugué con rabia, temblándome la mano. "Estoy harta de vivir a la sombra del terror que proyecta sobre cada uno de mis movimientos, incluso hasta aquí. Me da igual lo que haga".

Exhalé profundamente. "¿Quieres que venga a la ciudad? Sabes que lo haré si me lo pides".

"No, está bien. James me ayudará", mentí. No sabía cuánto tiempo pasaría antes de que se hartara de lidiar con mis crecientes problemas. "Estaré bien", le aseguré.

"Bien", hizo una pausa y suspiró. "Buena suerte con el trabajo, y avísame si necesitas algo. Jared y yo podemos ir a quedarnos contigo si nos necesitas".

"Gracias, cielo. Dale un beso a Jared de mi parte".

"Lo haré".

Al llegar a mi despacho, vi a Melinda por la planta, mirando a su alrededor y resoplando mientras avanzaba por la división de Relaciones Públicas. Luego se dirigió enfadada hacia los ascensores sin mirar atrás.

Fui a mi mesa y abrí el portátil para ver que ya había respondido a la presentación que le había enviado a las cuatro de la mañana. En su respuesta, básicamente fragmentaria, había un montón de comentarios y correcciones, y me exigía que fuera a su despacho en cuanto llegara.

Dejando escapar una cálida exhalación, desplomé los hombros mientras cogía el portátil y me dirigía hacia las escaleras, ascendiendo lentamente hasta su piso. Intenté prepararme mentalmente para la implacable crítica que estaba a punto de salir de los labios de mi jefa.

Al entrar en su despacho, la miré a la cara y, sin mediar palabra, me indicó que cerrara la puerta tras de mí. Lo hice, posé el aparato y me senté en la silla frente a ella.

Enfurruñada, deslizó lentamente la lengua por el interior de su mejilla, examinándome en silencio. Finalmente, abrió los labios e inspiró profundamente enarcando una ceja. "¿Sabes cuánto tiempo llevo trabajando aquí, Kelly?".

Bajé la cabeza y la miré por debajo de las cejas. "¿Una década?"

"Once... *años*", enunció con rencor. "Me contrataron al día siguiente de la entrada en funciones de James Martin".

"Vale", susurré.

"¿Y sabes lo que es tratar con un director general joven y motivado, con tanta ambición por demostrar que es digno del imperio de papá?".

Apreté los labios en una fina línea: "La verdad es que no".

"No", sonrió socarronamente. "Claro que no".

Apoyando ambas palmas en el escritorio, se levantó de la silla, encorvándose con una mirada despiadada en los ojos. "Si me dieran un dólar por cada vez que he tenido que trabajar toda la noche para satisfacer sus absurdas exigencias", siseó entre dientes. "Llevando sobre mis hombros toda la división de marketing mientras él se tomaba su buen tiempo para formar un equipo sin mi aportación... Ya sería más rica que él".

Luego se apartó lentamente, rodeando el escritorio mientras las yemas de sus dedos golpeaban la sólida superficie. Los tics que creaban reflejaban los latidos de mi corazón.

Sus ojos se fijaron en mi cara antes de moverse odiosamente hacia abajo, examinando con rudeza cada centímetro de mí. "Y todos los caprichos del joven Jamie Martin tenían que ser satisfechos por mí", susurró. "Tuve que pasar por el aro para hacerle feliz. Satisfecho".

Tragué más allá del nudo en la garganta mientras ella se alzaba sobre mí, sus ojos disparando los impulsos más repugnantes en oleadas dirigidas solo a mí.

"Renunciar a mi vida social", continuó. "Obligaciones familiares. Vacaciones canceladas. Viajes pagados que me perdí. Innumerables ofertas de la competencia que rechacé alegremente por la promesa de convertirme un día en vicepresidenta de marketing aquí."

¿Por qué me estaba contando todo esto? ¿Tan mala era mi presentación?

"Y un día llegaste tú". Una expresión de disgusto torció sus labios mientras retrocedía unos pasos.

Se enderezó, apoyó la cadera en el borde del escritorio y se cruzó de brazos: "Con tu piel inmaculada, tu aspecto inocente y una actitud tranquila que nadie parece descifrar...", soltó una risita, echando la cabeza hacia atrás. "Nadie excepto yo".

"Yo no..."

"Ahórrame", contuvo un grito. "¿Crees que puedes venir aquí y quitarme el puesto que tanto me ha costado ganar?". Se rio brevemente, y fue más bien un grito. "¿Convertirte en vicepresidenta simplemente porque le gustas a Jamie?".

Mis ojos se abrieron de par en par, incrédula. Lo había entendido mal.

"¿Qué...?", intenté objetar.

Pero ella se me adelantó: "¿No era tu intención?", alzó la voz. "¿Entraste a trompicones en su casa aquella noche? Pensaste que no me enteraría, ¿verdad?".

Miró la expresión horrorizada de mi cara con absoluto regocijo.

"Como también pensabas que no me enteraría de su oferta de contratarte un guardaespaldas

personal", pronunció las últimas palabras con asombro, entrecerrando los ojos. Luego se encogió de hombros neuróticamente, riendo entre dientes. "Yo nunca he recibido una oferta así... ¿Será porque no me he prestado como su puta a domicilio?".

La palabra me taladró los oídos como una daga en el pecho.

¿Por qué todo el mundo tenía la capacidad de tacharme de puta en cuanto hacía algo que no aprobaba? ¿Era mi aspecto? ¿Algo en mi forma de comportarme? Siempre me había gustado pensar que mi aspecto era modesto, pero las balas seguían llegando de todos modos.

No podía soportarlo más.

El trauma del abuso de Ben aún estaba fresco, estaba paralizada, incapaz de pensar en palabras para defenderme. En cambio, fue como si mi alma saliera de mi cuerpo, mirándome en aquella pequeña silla mientras rompía a llorar.

Salí corriendo de su despacho, me tapé la boca con la mano y bajé corriendo las escaleras. Volví corriendo a mi despacho, cogiendo rápidamente mi bolso para evitar que se me escapara un gemido. Eché a correr hacia las escaleras, bajando en espiral hasta llegar a la planta baja.

Y corrí...

Fuera del edificio.

De la calle.

De todo el barrio.

Me sentí sucia y avergonzada, reprendiéndome por creer que el sexo con el jefe era algo que podía ocultarse o perdonarse.

Cuando entré en el metro, bajé la cabeza y tomé asiento en la última fila del vagón. En aquel rincón, dejé que las lágrimas fluyeran bajo mis gafas de sol. Sabía que la gente podía verlas, pero no me importaba. Toda mi vida se estaba desmoronando, y el único error que había cometido había sido enamorarme de Benjamin muchos años antes.

Por necesidad, me bajé en mi estación habitual. Pero mientras caminaba por la calle, pensé en mi piso solitario y se me hizo un nudo en el estómago. No quería estar sola en aquel momento. No quería sentirme como una rechazada a la que se le negaban las necesidades humanas más básicas.

¿Qué necesitaba?

Al llegar al pie del edificio, mis ojos se detuvieron en la pequeña cafetería que había debajo. Sin dudarlo, empujé la puerta de cristal y entré, saludada por el olor a cerveza fresca y bollería crujiente. No tuve que pensármelo dos veces y elegí una mesita en un rincón junto a la gran cristalera, dejando la bolsa en una de las sillas mientras apoyaba mi cansado cuerpo en la otra.

"¿Café?", me ofreció el anfitrión con una gran jarra de cristal en la mano.

Sonreí débilmente y asentí con la cabeza. "Por favor".

Al darme cuenta de que me había dejado el portátil en el despacho de Melinda, me tomé aquel

día como el peor desde que había llegado a Manhattan. Desbloqueé el teléfono y abrí el correo electrónico del trabajo para ver si ya me habían despedido. No había nada inusual en mi bandeja de entrada, así que seguí contestando correos y enviando seguimientos y recordatorios mientras sorbía mi café.

Probablemente pasé mucho tiempo con los ojos pegados al teléfono, cuando levanté la vista, la cafetería estaba casi vacía. Era un momento completamente muerto, con apenas el dueño y yo en todo el espacio.

"¿Más café, por favor?"

Llegó con otra taza, y suspiré, preguntándome si debía admitir la derrota, volver a la oficina o informar a RRHH de que estaba fuera. Mientras me servía una segunda taza, aspiré el aroma y cerré los ojos, bajando la cabeza para hacerme invisible.

¿Qué le había pasado a la mujer fuerte y resistente que creía ser?

No tenía a nadie con quien hablar ni ningún lugar adonde ir salvo mi desolado piso, que seguramente me entristecería aún más.

Durante un segundo, mis dedos golpearon el borde del teléfono mientras contemplaba la posibilidad de llamar a James.

Era un hombre terriblemente ocupado, y yo sabía cómo eran sus días en la oficina.

Volví a abrir la bandeja de entrada para descubrir que Melinda estaba delegando algunas de mis tareas de ese día directamente en Timothy y Alisha. Me copiaba, pero no me asignaba ninguna tarea.

Tomé un sorbo de café e intenté no pensar en lo que me había dicho antes. Por desgracia, era lo único que mi cabeza quería procesar.

Yo nunca he recibido una oferta así... ¿Será porque no me he prestado como su puta a domicilio?

Mi mente encontró consuelo en el recuerdo de aquella noche con James y la forma en que me había tratado. Su extrema ternura había hecho llorar a mi corazón por todas las veces que no había estado en sus brazos. Su pasión y su respeto se habían entrelazado. ¿Era esa la forma en que un hombre como él trataba a una mujer que no significaba nada en su vida?

Entonces, ¿qué habría hecho por alguien que le interesara?

JAMES

A mitad del día y a la hora de comer, salí de mi despacho con la intención de estirar las piernas y tomar un poco de aire. Paseando por la planta, miré a todas partes y vi que todo el personal estaba trabajando en sus despachos.

Decidido a dar una de mis vueltas ocasionales, bajé las escaleras hacia la planta de Scarlett. Al pasar junto a las divisiones de marketing y relaciones públicas en el open space, levanté el brazo y sonreí, saludando al equipo. Miré hacia el despacho de Scarlett y no la vi a través de la puerta de cristal, así que la abrí. Ella no estaba allí.

Al volver a salir, me encontré con Timothy con su portátil en la mano.

"Hola, ¿cómo estás?", sonreí.

"Todo bien, jefe".

"¿Sabes dónde está Kelly?"

Se asomó por encima de mi hombro. "Ah, en realidad yo también la estaba buscando porque tenía que enseñarle algo".

"Ah, probablemente estará en el baño", sonreí y le di una palmada en el hombro antes de marcharme. "Que tengas un buen día".

"Igualmente".

Terminé la visita y volví a su despacho, pero la situación no había cambiado. Era extraño, pero quizá había subido mientras yo no estaba.

Fui al despacho de Mel, llamé a la puerta y la abrí, asomándome al interior. "Hola".

Levantó la vista y sonrió al instante. "Hola, ¿qué pasa?"

"¿Sabes dónde está Kelly?"

Apretó los labios con fuerza entre ellos, se inclinó hacia delante con los brazos cruzados sobre el escritorio antes de imprimir una sonrisa forzada en el rostro. "Scarlett se fue pronto del trabajo sin decírselo a nadie". Luego hizo un gesto teatral hacia un segundo ordenador portátil. "Incluso dejó su dispositivo sin vigilancia, en una descuidada violación de las políticas de seguridad y confidencialidad".

Entré y cerré la puerta mientras fruncía las cejas. "Eso no es propio de ella".

"Bueno", se encogió de hombros. "No sé qué decirte, ya que apenas la conozco desde hace cuánto, ¿cinco semanas?".

"Melinda", le avisé.

Ella levantó las cejas en silencio. "Entonces te tomo la palabra. Si esto es típico de ella o no, no tiene nada que ver conmigo".

Crujiendo los dientes, luché por mantener la compostura. "Y con eso, ¿qué quieres decir?".

"Un incidente como este debe comunicarse a Recursos Humanos. Y tú quieres que haga mi trabajo aquí, ¿no, James? Me temo que esto no quedará bien en su evaluación inicial".

Intenté calmarme, ofreciéndole una sonrisa tranquila.

"Ya he dado instrucciones a Jessica - añadiendo a Emma en copia, por supuesto - para que encuentre nuevos currículos para este puesto".

Me esforcé por escucharla y permanecer mudo, dejando entrever que fruncía el ceño mientras buscaba alguna explicación a lo que había hecho Scarlett.

"Estamos atravesando una fase ajetreada, así que deberíamos tener preparado un candidato sustituto por si acaso".

Aquellas últimas palabras me devolvieron a la realidad. ¿Y si Scarlett no se hubiera marchado por voluntad propia? ¿Y si Benjamin Graham hubiera llegado a la ciudad y...?

Mientras mis ojos se abrían de par en par, salí corriendo del despacho, oyendo a Melinda de fondo mientras pronunciaba mi nombre una y otra vez. Era como si su voz viniera de algún lugar lejano.

De algún lugar sin importancia.

Al volver a mi despacho, cerré la puerta y cogí el teléfono, llamando a Scarlett.

"El número al que intentas llamar está fuera de cobertura".

No. No, no.

"Maldita sea, Scarlett", murmuré entre dientes mientras buscaba el nombre de Víctor y marcaba su número.

"Hola", contestó, y sonó como si estuviera de camino.

"Scarlett ha desaparecido".

"¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?"

"Lo que he dicho. No hablamos anoche y ahora no está en la oficina. Incluso dejó aquí su portátil, cosa que nunca hace".

"¿Has intentado llamarla?"

"Sí, y su teléfono no tiene señal".

"Eso puede significar cualquier cosa. ¿Cuándo la vieron por última vez?

"Esta mañana, al parecer. Se llevó el portátil al trabajo, que, como te he dicho, está aquí, pero no hay rastro de ella".

"Vale, ¿qué tal si compruebas las grabaciones de seguridad mientras yo me pongo en contacto con alguien de la comisaría?".

"De acuerdo".

"Eh, ¿James?"

"¿Sí?"

"Tranquilízate", me dijo. "No queremos confirmar accidentalmente ninguno de los rumores. ¿Entendido?"

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Debería haberle dicho lo que sentía cuando pude. Ahora no había forma de saber dónde estaba o si se encontraba bien. No debería haber escuchado su lógica cuando me exigió que me distanciara de sus problemas y rumores. Ahora, quién sabe lo que podría haber pasado. Nunca me habría perdonado si aquel monstruo hubiera vuelto a hacerle daño.

Debería haberme escuchado. Debería haberme dejado contratar a ese guardia.

Maldita sea, Scarlett.

Cogí el teléfono y marqué directamente el número de nuestro encargado de seguridad. En cuanto contestó, hablé con rapidez: "Mike, necesito las imágenes de hoy. Ahora mismo".

"¿Qué?

"Todas las grabaciones de seguridad, internas y externas", le ordené. "Sobre mi mesa. Ahora".

"De acuerdo, señor. Por supuesto. Cinco minutos".

"Date prisa y mantenlo en privado. Que nadie lo sepa".

"Entendido".

Colgué, cogí el teléfono e intenté llamar nuevamente a Scarlett. Recibí el mismo mensaje grabado, que me hizo enfurecer. Tiré el teléfono a la silla, me pasé los dedos por el pelo y me giré sin dirección. Mis ojos se posaron en un punto cualquiera de la ventana y respiré hondo.

"Por favor, que estés bien", susurré. "Ya no me fiaré de tu palabra". Apretando los dientes, me llevé las manos a las caderas. "No estaba intentando controlarte". Me di la vuelta, repitiéndome: "No intentaba controlarla".

Mi intención era protegerla.

Unos golpes en la puerta me hicieron levantar la mirada; era Mike con un enorme disco duro y una expresión vacilante en el rostro. Cerrando la puerta tras de sí, carraspeó: "Jefe, ¿me he

perdido algo?".

Me remangué rápidamente, tomé asiento detrás de mi escritorio y le hice un gesto para que se acercara. "Ven", acerqué una silla y él tomó asiento. "Indícame cuándo ha fichado Scarlett Kelly y si ya ha salido del edificio".

Sus miradas aprensivas acompañaban a sus rápidas manos que conectaban el pendrive a la pantalla. "¿Ha hecho algo?"

"Necesito localizarla", recalqué, dirigiéndole una mirada severa.

"Claro", dijo rápidamente mientras reproducía el vídeo.

La imagen de ella utilizando su tarjeta de acceso a las ocho menos veinte bailó ante nuestros ojos. Llevaba la bolsa del portátil colgada del hombro izquierdo, como de costumbre. Él me miró y yo lo noté con el rabillo del ojo.

"Vale", asentí, "¿cuándo fue la siguiente vez que lo utilizó?".

"Bueno", avanzó rápidamente y se detuvo, "aquí". Señaló al entrar en la planta de dirección. "Las ocho y cuarto".

Mis cejas se fruncieron mientras observaba. No pasó nada durante un rato antes de que ella volviera corriendo al cuadro. Se tapó la boca con la mano y no esperó al ascensor.

"Es a las ocho y treinta y cuatro", señaló la hora en la esquina de la pantalla.

Entonces vimos cómo la cámara de la entrada principal mostraba a Scarlett saliendo a toda prisa del edificio con la bolsa en la mano. Prácticamente corrió, cruzando apresuradamente la calle hasta desaparecer por completo del encuadre.

Al sentarme, recordé la expresión de júbilo en el rostro de Melinda unos minutos antes.

"Gracias, Mike", solté, separándome de la pantalla. "Un trabajo impecable y una gran rapidez", se levantó apresuradamente, desconcertado. "Esto queda entre nosotros", dije.

"Por supuesto, señor. ¿Está la señorita Kelly en un lío?"

"En realidad, es ella la que nos preocupa", le acompaño hacia la puerta. "Si la ves, dímelo. ¿Entendido?"

"Claro".

Le vi marcharse e inmediatamente me di la vuelta, marchando hacia el despacho de Melinda con las dos manos cerradas en puños que me blanqueaban los nudillos. Empujé la puerta y entré, cerrándola a mi lado mientras sus ojos me miraban desde debajo de las cejas con puro asombro.

La miré fijamente y respiré hondo. "¿Qué le has dicho?"

Enarcó una ceja con una sonrisa burlona en la comisura de los labios. "¿Perdona?"

"Scarlett Kelly", recalqué entre dientes. "Y sabes exactamente de qué estoy hablando".

Inclinando la cabeza, convirtió su mueca en una sonrisa inocente. "¿En serio?"

"Me has dicho que se fue sin excusa. Porque lo que olvidaste decirme es que fuiste tú la razón por la que salió corriendo de aquí sin mirar atrás".

Levantándose bruscamente, plantó ambas manos sobre la superficie del escritorio como si quisiera un empujón extra. "Estaba haciendo mi trabajo", gritó. "Y si es demasiado frágil para los comentarios, entonces lo siento, James, tu amiga, no debe trabajar aquí".

Empujé la cabeza hacia delante, gritando: "¿Qué le has dicho?".

"Que aunque mis exigencias puedan parecer exageradas, están a la orden del día de un dirigente que quiere mejorar este lugar y a todos sus trabajadores". Declaró con severidad. "¿O no fueron esas las palabras que me dijiste hace una década, jefe?"

"¿Y fue eso lo que te hizo huir de aquí llorando?".

Sonrió, negando con la cabeza: "No sé lo de las lágrimas, pero si así es entre vosotros, entonces tenía razón. Si tiene que correr hacia ti con lágrimas en los ojos cada vez que tenemos un desacuerdo, entonces no puede seguir trabajando aquí".

Me hirvió la sangre y supe que no quería perder más tiempo en aquella habitación. Señalando con un dedo, dirigí mi tono para reflejar la máxima urgencia de la situación: "Scarlett Kelly se queda en su puesto", impuse contra sus ojos desorbitados. "Todos los currículos de RRHH deben compartirse conmigo antes de cualquier entrevista", respiré con fuerza mientras ella separaba los labios pero sin hablar. "Y Mel... Te lo advierto. Si llego a oler una hostilidad personal que impulse una evaluación injusta de la actuación de Scarlett - sacudí la cabeza lentamente - hablaré con Emma."

Al ver en su rostro que mis palabras habían tocado su fibra sensible, me di la vuelta y abrí la puerta, cerrándola tras de mí mientras me alejaba.

Fue la primera vez que percibí las interrogadoras miradas de Summer. La miré fijamente, confuso durante un segundo: "¿Estabas aquí cuando Kelly se fue esta mañana?".

Sus ojos se congelaron durante una fracción de segundo antes de negar rápidamente con la cabeza: "No estoy segura, puede que estuviera en la cocina o en el baño. ¿Por qué?"

Recordé haber visto a Summer en la película cuando utilizaba su coche para entrar justo antes de que llegara Scarlett. Entrecerrando los ojos, empecé a cuestionarme todo y a todos.

"¿Jamie?", susurró.

"No pasa nada", sonreí. "Por favor, aplaza el resto de mis reuniones".

Se levantó y me di la vuelta, entrando en mi despacho y empezando a recoger mis cosas.

"¿Por qué?", la oí preguntar.

Sin mirarla, declaré: "Me tomo el resto del día libre".

Jadeó, claramente nerviosa y confusa: "Pero... nunca has hecho eso a mitad de semana".

"Hay una primera vez para todo", me giré, encarándola con una sonrisa que forjé para ser insoportable, "Gracias, Summer. Eso es todo".

Me di cuenta de que estaba sorprendida por mi repentino distanciamiento, pero no era el momento de darle explicaciones ni de culparla. El tiempo era crucial; aún no estaba seguro de que Benjamin no hubiera alcanzado a Scarlett.

Mientras bajaba en el ascensor, envié un mensaje a Liam: *Hoy conduciré yo. Puedes irte a casa. Gracias.*

Una vez llegué al garaje subterráneo, me coloqué al volante, cerré todas las puertas y me abandoné contra el reposacabezas, mirando hacia arriba. Durante unos segundos cerré los ojos y no hice nada más que respirar y apretar las mandíbulas.

"Espero que estés bien", susurré antes de arrancar el motor, escuchando el violento rugido del motor mientras salía de mi plaza de aparcamiento.

Le había prometido estar a su lado.

Y había... *fracasado*.

SCARLETT

Tras pedir la porción de tarta de chocolate más grande de la cafetería, me senté a comerla poco a poco mientras miraba el móvil. Con gran remordimiento, mis ojos recorrieron los recientes anuncios de trabajo que aparecían en uno de los sitios web de contratación más populares de la ciudad. Estaba claro que Melinda me odiaba, y yo no podía hacer nada para que cambiara de opinión. Tarde o temprano me despediría, y no podía permitirme pagar el alquiler sin un plan alternativo.

"¿Puedo pedir más café, por favor?". Sonreí al dueño, que pareció compadecerse de mí.

"Claro", sonrió y me lo sirvió. "Este va por cuenta de la casa".

"Oh, usted...". Sacudí la cabeza antes de interrumpirme rápidamente, bajando la mirada mientras aceptaba su amable gesto: "Gracias".

Un elegante coche se detuvo delante de la cafetería, provocando las miradas de la gente de alrededor. Mis ojos, como los de todo el mundo, estaban fijos en el conductor. Únicamente podía verle la parte trasera de la cabeza. Aquel coche era demasiado caro para pasar inobservado, y vi cómo los transeúntes volvían la cabeza para mirarlo. James salió del coche y lo rodeó, dirigiéndose hacia la entrada de mi casa.

Me precipité hacia la puerta. "*¡Ya vuelvo!*", grité al dueño, que se quedó boquiabierto.

Salí corriendo tras él: "¡Eh, James! ¿Jamie?"

Se detuvo rápidamente y se dio la vuelta, su rostro lleno de tensión cambió ante mis ojos. Se echó a reír con visible alivio mientras disminuía la distancia que nos separaba. "Scarlett". Sus manos me agarraron de los brazos mientras sus ojos me escrutaban con ansia. "¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?"

Asentí rápidamente, desconcertada: "Estoy bien. ¿Qué haces aquí?"

"¿Qué hago yo aquí?" Se giró un poco, dejando caer los brazos hacia atrás. "Has desaparecido. Abandonaste el trabajo. Tu portátil. ¿Melinda?" Sacudió la cabeza, parecía desconcertado. "¿Por qué no viniste a mi despacho?".

Alguien entró en el edificio y pasó junto a nosotros, sonriendo mientras observaba el traje de diseño de James antes de que sus ojos se detuvieran en su reloj. Le agarré de la muñeca, cubriendo el reloj: "Vámonos".

"¿Adónde?"

"A la vuelta de la esquina".

Lo conduje al interior del bar y volví a mi mesa. Aliviada al ver que mis cosas seguían allí, cogí mi bolso y le hice un gesto para que se sentara. Él obedeció, mirándome fijamente con una expresión indescifrable en el rostro.

"No pude venir a buscarte", me eché hacia delante, explicándole. "No estabas allí, y sabía que tenías esa reunión del consejo a las ocho y media".

"¿Y qué? Podrías haber llamado".

"¿Y qué?", objeté. "¿Quejarme contigo de que ella me ha tirado a la cara el trabajo de toda la noche? ¿Qué me odia y cree que quiero ocupar su lugar?".

"Cálmate".

Me reí amargamente, presionando contra la mesa con la punta del dedo: "¿O querías que te preguntara por qué le contaste a Mel lo de nuestra noche juntos?".

"¿Perdona?"

Negué con la cabeza: "No me lo debes, por supuesto, pero confiaba en ti. Sin embargo, eres un hombre adulto y puedes decirle a quien quieras lo que quieras".

Al instante se estremeció: "¿Qué?".

"Pero lo que no entiendo es por qué le dijiste que te habías ofrecido a conseguirme un guardaespaldas". Ladeé la cabeza, hablando lo bastante rápido como para quedarme casi sin aliento. "No sé por qué ella tiene que saber todo esto, pero bueno... quizá seáis muy buenos amigos y yo no esté en posición de...".

Cerró los ojos y giró rápidamente la cabeza, levantando ambas manos en el aire: "Para. Para". Me miró con ojos sinceros: "Nunca le dije nada de eso a Mel. No somos amigos de esa forma, y aunque lo fuéramos.... ¿De verdad piensas eso de mí?".

Sorprendida, tartamudeé: "¿Q-qué?

"Siento mucho que me veas así". Hizo una pausa y se alejó rápidamente. "Reconozco que prometí estar ahí para ti, y no he cumplido esa promesa. Pero nunca jamás daría una información tan privada, y menos a tu jefa".

Avergonzada por mi tendencia a sacar conclusiones obvias, me senté con una expresión de disculpa en el rostro. "Lo siento", susurré, sacudiendo la cabeza. "Pero estoy muy confusa".

Su mano buscó la mía sobre la mesa, y las puntas de nuestros dedos apenas se tocaron. Luego tomó la mía entre las suyas, acariciándola suavemente. "No le he dicho absolutamente nada", susurró. "Te lo juro".

Bajando la mirada, intenté pensar en quién más podría haberse aprovechado de aquella información: "Entonces, ¿quién lo hizo?".

Exhalando con lo que parecía una triste comprensión, sus hombros se desplomaron y vi cómo sus

párpados caían lentamente: "Claro". Luego empezó a sacudir lentamente la cabeza: "Dios mío".

"Ha sido..."

Me soltó la mano y se rascó la punta de la nariz, mirando por la ventana con cara de amargura. "Liam".

En ese momento lo comprendí todo.

El dulce y educado Liam, que se había ofrecido a esperarme mientras yo iba de compras. El hombre que dijo que James era un tipo excepcional, generoso y amable. Apenas había tenido problemas con él.

Sentí lástima en el corazón al ver cómo James procesaba la comprensión de que el hombre al que había confiado sus conversaciones más privadas durante el último año había resultado ser un espía astuto.

"Lo siento", susurré.

Busqué su mano. Sin mirarme, dejó que la cogiera y mis dedos presionaron suavemente hasta que me correspondió.

"No entiendo por qué", murmuró.

Cogí un trozo de tarta con el tenedor y se lo ofrecí, mostrándole una de mis mejores sonrisas. Miró el trozo y volvió a mirarme con total sorpresa, sacudiendo la cabeza antes de que sus labios se rompieran por fin en una apariencia de sonrisa.

"¿Cómo...?", dijo, entrecerrando los ojos.

Bajé la mano con el tenedor, retrocedí un poco y me sentí ligeramente avergonzada, fijando mi mirada en la suya: "¿Cómo qué?

"¿Cómo lo consigues?", señaló momentáneamente hacia mi mano y el pastel.

Bajé el tenedor y ladeé la cabeza.

"Dios, Scarlett", volvió a sacudir la cabeza, casi con asombro, lo que me dejó aún más confusa. "Seguro que eres una de las personas más fuertes que he conocido".

Súbitamente avergonzada por otra razón, me reí.

"Mírate", me señaló con una sonrisa alegre. "¿Crees que tu reputación está en juego? ¿Tu trabajo? ¿Tu medio de vida? Y, sin embargo, aquí estás", dijo, dando golpecitos con el tenedor, "ofreciéndome un pastel para animarme? ¿Haciendo que sonría? ¿Cómo?".

Sentí que la sangre me subía a las mejillas mientras mi mente daba tumbos y luchaba por formular una frase: "Yo... tú eres...".

Se echó hacia delante, juntando las manos delante de él. "¿De verdad?".

Encogiéndome de hombros, hablé en voz baja: "Has sido la persona más amable conmigo desde que llegué. Me diste trabajo... lo pasé bien en la fiesta... y...". Cerré los ojos, no estaba segura de que fuera el momento o el lugar adecuados para hablar de la otra noche. "Y te he hecho pasar por

muchas cosas desde entonces. Digamos que te debo mucho". Respiré rápidamente y aparté la mirada, insegura de mi capacidad para mantenerme alejada de él.

Quería lanzarme a sus brazos y enterrar la cara en su pecho. Decirle que lo sentía todo.

No pedirle ninguna promesa. No esperar que él te arregle la vida.

Volvió a apretarme la mano, acercándome más mientras se echaba hacia delante: "No me debes nada. Y no tienes ningún lío. Todo lo que está ocurriendo aquí podría haberle ocurrido a cualquiera. ¿Me oyes?"

Asentí en silencio, mirándole fijamente a los ojos que se clavaban profundamente en los míos.

"Y en cuanto a la parte que has omitido", susurró sonriendo. "Me estoy dando patadas por no habértelo contado desde entonces. Me lo pasé muy bien contigo, Scarlett. No recuerdo la última vez que me había ocurrido algo así, tan de repente... tan inesperado...".

Cada emoción de sus ojos y cada célula de mi cuerpo me suplicaban que le creyera. Pero me quedé allí sentada, hipnotizada por la belleza del momento que estábamos compartiendo, independientemente del contexto. Su mano estaba caliente, rodeándome en una promesa tácita de que quería estar allí, a mi lado. La presión de sus dedos contra los míos envió un mensaje a través de mis nervios, declarando que quería protegerme.

Mordiéndome el labio inferior, decidí devolverle el favor. "A riesgo de parecer un poco rara", vacilé. "Nunca me había sentido como aquella noche".

Sus ojos morenos se iluminaron, seguidos inmediatamente por una sonrisa en los labios.

"Era consciente de lo que estaba pasando... y lo deseaba. Lo deseaba y la forma en que tú...". Apreté los ojos, sonriendo ante el recuerdo. "No quería negarme esa sensación. Esa nueva y excitante comprensión de que estaba a salvo. Que ambos lo deseábamos y cómo llegó a ser... desconcertante".

Mientras le escuchaba atentamente, su sonrisa se convirtió en una mezcla de alegría, orgullo y alivio. Me felicité por ser la causa de esos sentimientos, sobre todo después de la horrible verdad que acababa de conocer. Pero al continuar, tuve que reconocer el daño que había causado.

"Hasta el punto de ignorar todas las reglas del bien y del mal", continúo. "Poniendo en peligro mi trabajo. Metiéndome en más problemas. No me importó", sacudo la cabeza. "Así que lo siento".

Soltándome la mano, sus dedos se deslizaron hacia el tenedor mientras lo cogía. Se lo llevó a la boca y sonrió: "A mí no".

Mientras daba un mordisco a mi tarta, observé cómo sus labios se movían suavemente. Lamió el tenedor con una expresión de placer en el rostro antes de cruzar sus ojos con los míos.

"El único problema que se me ocurre... es en el que estoy metido ahora".

Permanecí en silencio y escuché.

"Este pastel está demasiado bueno, y hoy me he saltado el entrenamiento".

Me reí brevemente antes de sacudir la cabeza y mirarle, esperando a que la realidad me golpeara

de nuevo.

"¿Qué?", cogió otro trozo.

"¿Qué te ha dicho Mel exactamente?

Echando la cabeza hacia atrás, sus ojos reflejaron mi pregunta: "Que dejaste el portátil allí y saliste".

Asentí lentamente. "Esto no va a funcionar, lo sabes".

"Parece que olvidas quién manda aquí".

"Aún hay una orden que cumplir. Y ella es buena, muy buena cuando se trata de conseguir lo que quiere".

"¿Y qué te hace pensar eso? Lleva años deseándome y, sin embargo, aquí estamos".

"Tu relación con ella es muy complicada".

"Al contrario", negó con la cabeza, dejando el tenedor. Cogió un pañuelo y se limpió la boca, y sorprendí a mi mente fantaseando con un beso con sabor a chocolate allí mismo, en medio de la cafetería. "Si lo piensas, es muy sencillo".

"¿Puedes explicármelo?"

"Cuando hace un buen trabajo", dijo encogiéndose de hombros, "la felicito y ella también recibe bonos. Si eso le hace pensar que somos mejores amigos... es culpa suya. Si empieza a sobrepasar sus límites, la bloqueo".

"No entiendo".

"Melinda es una muy buena directora de marketing, y algún día será una muy buena vicepresidenta... pero no veo cómo eso puede ocurrir a menos que empiece a separar lo personal de lo profesional. Cuando se incorporó, pensó que podría salirse con la suya. Exigió garantías a la recién llegada y joven heredera. No funcionó porque me di cuenta enseguida. Nunca me sentí atraído por ella y nunca lo estaré".

"¿Y eso qué tiene que ver conmigo?"

"Para ella, cualquier nueva mujer es una amenaza. Y si no puede aceptar que estás aquí para quedarte... solo podrá culparse a sí misma".

JAMES

Los ojos de Scarlett se movían rápidamente de un lado a otro antes de que sus hombros se desplomaran. Una expresión de frustración invadió su rostro cuando sus ojos se encontraron con los míos. Suspiró profundamente. "¿Qué tengo yo que atraigo este tipo de mierda allá donde voy?".

Me dolía el corazón por ella.

Ella no sabía que, desde que había vuelto a entrar en mi vida, estaba sintiendo toda una nueva serie de emociones vigorizantes. Un abrumador sentimiento de responsabilidad hacia ella alimentaba mis fantasías, antes vacías. Una perspectiva más brillante mejoraba cada día, simplemente por la perspectiva de verla en la oficina. Su presencia, por simple que pareciera, había iluminado toda mi existencia.

Intenté cargar mi sonrisa con toda la positividad que podía concebir, dadas las circunstancias de su estado mental: "Scarlett, tú no eres el problema, te lo aseguro. Revelas la verdad de la gente que te rodea. ¿No lo ves?".

Me dedicó una sonrisa indecisa, claramente sin creer que lo que estaba diciendo pudiera ser algo bueno. "Vaya", se burló con tristeza. "Saco lo peor de ellos".

"O levantas un espejo y les obligas a enfrentarse a la realidad. Les das la oportunidad de hacer introspección y quizá incluso de mejorar".

Arrugando la nariz con incredulidad, se rio mientras negaba con la cabeza: "¿Cómo se te ocurre eso?".

"Tú no lo ves", me resigné. "De verdad que no puedes".

"No sé de qué hablas", se encogió de hombros sin esperanza.

"Escucha, en todo caso... Esta vez es Melinda la que está haciendo tambalear el barco". Continué con determinación: "Si cree que puede utilizar a Liam, Summer y Jessica en su pequeño plan y salirse con la suya, está muy equivocada. Tiene que arreglar las cosas antes de que acabe aún más metida en este agujero en el que se está cavando".

Sus ojos se abrieron de par en par.

Me reí, sacudiendo la cabeza: "Y si alguien ha estado ciego, he sido yo. Soy yo", reflexioné, mirando por la ventana. "Pensé... después de todos estos años, puedo confiar en ella.... de ellos.

Pero supongo que lleva tiempo construyendo esa red. Gracias a ti, ahora lo sé".

Sacudió lentamente la cabeza. Tenía las manos en el regazo, metidas bajo la mesa. Por el movimiento de sus brazos, supe que las estaba apretando. Con ansiedad. La culpa estaba hundiendo su mente.

"Tienes que creerme", hablé con calma. "Puede parecer todo un lío ahora, pero es mejor que seguir como antes. Cada uno de nosotros se engaña a sí mismo creyendo que tiene ventaja.".

Se mordió el labio inferior, un gesto delicioso que llegó directamente a mis deseos más profundos, despertándolos. Sus ojos volvieron a bajar mientras miraba fijamente su regazo. "Nunca quise complicarle la vida a nadie", murmuró. "Ni la tuya, ni la de Mel.... Y desde luego no quiero que el trabajo de Liam sufra por ello".

Incluso cuando ella era la víctima, tenía en cuenta el bienestar de los demás. Lo bueno de esta mujer podía ser... *peligroso*.

Inclinándome hacia ella, intenté tranquilizarla: "No he llegado donde estoy ahora dando pasos no calculados". La miré fijamente a los ojos, esperando que me creyera. "La vida de nadie se verá alterada. Ha llegado el momento de establecer nuevas normas, eso es todo".

"¿Me lo prometes?", susurró.

"Lo juro... por la vida de mi padre". No sé por qué lo dije, pero me pareció bien. Lo último que quería era añadir algo más a su lista de preocupaciones. Solo quería hacerle la vida mejor. Más fácil. Algo que realmente se merecía después de todo lo que había pasado.

Para mi sorpresa, por fin recuperó la sonrisa: "¿Cómo es que estás aquí y no en el trabajo?

Me encogí de hombros, sentándome. "Puede que me haya tomado un día libre".

"Siento haber desaparecido".

"Estabas en tu derecho".

Dibujando una dulce sonrisa en su rostro, se volvió para mirar un momento por la ventana: "Entonces... ¿Estás libre?"

"Lo soy", confirmé, observando su expresión relajada.

"¿Y no perderé mi trabajo?".

"No mientras siga viva", bromeé.

"Hmm", sus ojos volvieron a mirar juguetonamente hacia fuera.

"¿Qué tienes en mente?"

Ladeó la cabeza, pensativo. "Quizá... podamos subir y beber como si no hubiera un mañana", rio suavemente. "Borrar todo esto".

"¿Sí?" Sonreí, disfrutando al ver su cara de satisfacción. "¿Es eso lo que quieres hacer?".

Sacudió la cabeza: "No lo sé. ¿Quizá? He tomado tanto café... Me vendría bien algo que me

frenara un poco".

Mi sonrisa se ensanchó.

"Pero", levantó un dedo. "No tengo ninguna botella cara ahí arriba".

"Oye", me encogí de hombros. "Dale una oportunidad a Jamie, el de la universidad, y reaparecerá".

Se rio, y mi corazón bailó con ella. Levantándome, saqué la cartera: "¿Sabes qué? Hagámoslo".

Sus ojos se agrandaron al seguir el movimiento de mis manos: "¿Adónde vas?".

Me llevé el dedo a los labios: "A ningún sitio", susurré, "coge tus cosas".

El camarero que estaba detrás del mostrador sonrió cuando me acerqué y le di mi tarjeta de crédito. La pasó sin decir palabra y me la devolvió junto con el recibo, e inmediatamente me los metí en el bolsillo mientras me daba la vuelta y volvía a la mesa.

"Gracias", Scarlett ladeó la cabeza mientras se ponía el bolso. "No tenías por qué hacerlo. Ya tenía un buen trato con él".

Me reí, sin entender muy bien a qué se refería. "Es lo menos que puedo hacer después del pésimo trato que recibiste en mi compañía".

Dirigiéndose a la puerta, sacudió rápidamente la cabeza: "No quiero hablar de esto por el resto del día". Sus ojos se encontraron con los míos: "¿Así que volvemos a la universidad, Jamie?".

"Apruebo este plan", le sostuve la puerta abierta mientras pasaba.

En la acera, miró por encima del hombro y me hizo un gesto discreto: "¿Seguro que quieres dejar el coche aparcado ahí?".

"No te preocupes. Es el coche con el mejor sistema de seguridad que existe. Cualquiera que pueda forzar las cerraduras de seguridad y abrirlo de verdad... no irá a ninguna parte".

Levantó las cejas con una sonrisa irónica y un vago movimiento de cabeza: "Oh, impresionante".

Quería decirle que me habría gustado regalarle un coche y ahorrarle la molestia de coger el metro. Pero entonces recordé la forma en que había rechazado enérgicamente la oferta del guardaespaldas. Scarlett no se parecía en nada a las mujeres con las que había estado antes. Convencerla de que hiciera algo así habría requerido otro tipo de discreción.

Una leve sonrisa levantó la comisura de mis labios cuando la idea de nosotros dos juntos se coló en mi imaginación. *¿De dónde venía aquel pensamiento?*

Entramos por la puerta del edificio en ruinas y ella subió las escaleras. Mientras la seguía, mis ojos observaron la pintura descolorida y desconchada, los escalones agrietados y las barandillas oxidadas, aunque solo fuera por un momento. No pude evitar darme cuenta de que cada centímetro de mí se estaba saturando rápidamente de su olor, al igual que mi visión de ella por detrás.

Era perfecta más allá de las palabras.

No había retoques, era completamente natural. Ni prendas de modelar. Por el amor de Dios, se estaba comiendo el trozo de tarta más grande que jamás había visto. Sin embargo, allí estaba, con sus bien formadas piernas y su trasero perfecto, haciéndome sentir indefenso ante sus poderosos encantos.

Me pregunté si lo sabía. Si lo hacía a propósito. Si era consciente de la influencia que su cuerpo ejercía sobre mí. Contuve la respiración y aparté la mirada.

Por fin llegamos a su piso, y ella jadeó un poco mientras sacaba las llaves: "Por aquí", señaló la última puerta de la izquierda. La seguí en silencio.

El corazón me latía con fuerza, pero no tenía nada que ver con las escaleras. Comparado con mi entrenamiento diario, no era nada. El rebote de sus rizos dorados me envió una nueva bocanada de su aroma y aspiré con avidez, pero con cuidado de no hacer ruido.

Empezó a introducir las llaves en las distintas cerraduras y pestillos de la puerta, por turnos, mientras yo esperaba pacientemente detrás de ella. Todas parecían viejas y bastante frágiles, así que tomé nota mentalmente de comprarle unas nuevas. Necesité toda mi energía para no rodearla con los brazos y girarla delante de mí, besándola allí mismo, en un rincón de aquel pasillo oscuro y aparentemente abandonado.

Me distraje examinando las paredes. El techo. Todo debería haberme abatido, y sin embargo fue al revés. Scarlett me dejó entrar en su casa. Mi corazón seguía latiendo contra mi pecho, y lo único que podía hacer era respirar hondo y tranquilizarme.

Había olor a comida y a humo de cigarrillo. Se merecía algo mejor que aquel lugar.

El breve golpe producido por la dura fricción entre la vieja puerta y su marco torcido me impulsó a mirar hacia delante mientras se abría en un espacio oscuro. El olor a humo rancio era en cierto modo más fuerte. ¿Me estaba dando un infarto?

"Bueno", contestó ella, lanzando una mirada en mi dirección, "eres literalmente el primer huésped aquí, así que disculpa el desorden".

Extendió el brazo derecho hacia el interior, cerca de la pared, y me di cuenta de que buscaba el interruptor de la luz. Por un segundo, me pareció ver algo en la esquina más alejada, y mis ojos se fijaron en aquel punto.

"Yo diría el segundo huésped. Hola, *Scar*", la voz amenazadora de un hombre que venía del interior nos sobresaltó a los dos, y ella se quedó inmóvil. "¿Me has echado de menos?"

¿Qué clase de bastardo enfermo llamaba a alguien *Scar*?

Encendió rápidamente la luz. Lo que hasta entonces no había sido más que una gran silueta de una cabeza junto a la ventana con cortinas del fondo de la habitación estaba ahora completamente iluminado.

"¿Benjamin?", exhaló conmocionada mientras yo la agarraba del brazo, avanzando a su lado, preparándome para moverla rápidamente detrás de mí si surgía la necesidad. "¿Qué coño haces aquí?", se tensó. "¿Cómo has entrado?"

Cada célula de mi cuerpo se puso automáticamente en modalidad de combate. Sentí que se me

contraían las mandíbulas y que todos mis músculos se tensaban, dispuestos a abalanzarme sobre aquel hombre al más leve gesto de violencia. Mis ojos escrutaron rápidamente mi entorno, evaluando el espacio y cada objeto que había entre nosotros.

"Vaya, vaya", se levantó despacio, tirando bruscamente el cigarrillo a medio fumar al suelo y aplastándolo bajo la suela de su reluciente zapato italiano.

Una sonrisa burlona iluminó su rostro. Llevaba un traje caro y un reloj antiguo. Sin duda no había esperado que volviera a casa con otra persona. Sus ojos me miraron ferozmente de pies a cabeza, volviéndose hacia ella: "¿No vas a preguntarme por mi viaje?". Enarcó una ceja. "Definitivamente, salir con el jefe te ha cambiado, Scar".

Mi agarre se tensó instintivamente alrededor de su brazo y ella susurró entre dientes: "No lo hagas".

Su petición me sorprendió, pero no domé mis sentidos despiertos. Observé cómo Benjamin ponía un pie delante del otro, dando un solo paso: "Mi viaje ha ido bien", continuó bromeando. "Por desgracia, ninguna de las azafatas se parecía a ti".

"¿Ben?" Ella bajó la cabeza. "¿Qué quieres de mí?"

"Simplemente conversar". Sus manos se juntaron lentamente delante de su cinturón, y sus dedos acariciaron fugazmente la brillante hebilla de diseño. Sus ojos se encontraron con los míos, y su sonrisa se convirtió en una mueca mientras apretaba ambos puños, haciendo crujir los nudillos. "Cuantos más seamos, mejor, supongo".

"Has infringido la ley", dijo.

"Tú has quebrantado algo mucho más sagrado, ¡así que la ley puede chuparme la polla!".

Cuando se lanzó hacia delante, perdí todo el control de mis emociones y dejé que mis manos agarraran rápidamente a Scarlett, lanzándola sobre el sillón que había a mi lado mientras el resto de mi cuerpo saltaba hacia delante.

Y nos chocamos.

SCARLETT

Me quedé helada de terror cuando lo que parecía una sombra, tras las cortinas, reveló la figura de Ben y me saludó. Por no hablar del miedo que se apoderó de mí cuando se abalanzó hacia delante con los puños cerrados.

James me agarró con fuerza y me tiró sobre el sillón, haciéndome caer de espaldas sobre los cojines, amortiguándome el golpe. La mano de Benjamin golpeó a James en la cara, pero eso no le frenó. De hecho, reaccionó inmediatamente agarrando a Ben por el cuello y levantándolo del suelo.

Mis ojos se abrieron de terror mientras gritaba: "¡James, ten cuidado!".

Sin embargo, fue como si fuera incapaz de percibir mi voz. De hecho, creo que ninguno de los dos se daba cuenta ya de mi presencia.

"Te mataré", gritó Benjamin mientras su pierna pataleaba entre las de James, sin alcanzarle, ya que él lo esquivó hábilmente, manteniéndolo aún levantado.

"Inténtalo", gruñó James, tirando a Benjamin al suelo y siguiéndole de cerca. Ambos aterrizaron con un ruido sordo, antes de que el puño de James golpeara en la mejilla de Ben.

Percibí que la cabeza de Ben golpeaba ligeramente contra el suelo de moqueta e hice una mueca de dolor. Llevó las manos a la nuca de James, agarrándose a su pelo, antes de que este último soltara rápidamente su agarre y volviera a darle un puñetazo en el hombro.

Benjamin gimió y agarró a James por los lados de la camisa, haciéndole girar para invertir la dinámica. Con Ben encima de James, el horror se apoderó de mí y me levanté de un salto, avanzando hacia él. En cuanto sintió mi mano en su hombro, Benjamin echó el brazo hacia atrás, golpeándome en la barbilla. Aquel golpe fue fuerte, me hizo arder la cara y me trajo recuerdos de cuando solía pegarme.

Retrocedí, me toqué la barbilla con la mano e instintivamente miré mis dedos cubiertos de sangre.

"Imbécil", pateó James hacia arriba, golpeando a Ben en el estómago. "¿Te crees un hombre y que puedes pegarle? No eres nada!", volvió a patear y aquella vez su rodilla aterrizó contra la ingle de Ben. Él gimió y lo soltó, cayendo al suelo junto a James.

Con la camisa parcialmente arrancada, James se puso rápidamente en pie, arrastrando a Ben por

las solapas de la chaqueta. Tiró de él hacia arriba sin esfuerzo - y Ben era un hombre corpulento - provocando un grito ahogado en mis labios. Observé cómo lo arrastraba por el suelo, la alfombra retorciéndose y doblándose bajo sus pesos. Lo arrojó contra los pies del sofá, y la cabeza de Ben golpeó el mullido cojín. Benjamin empezó a reír histéricamente.

"No se te da mal", se movió para impulsarse y volver a ponerse en pie, pero James le dio una patada en el brazo, haciéndole perder el equilibrio y caer sobre el codo.

"Ojalá pudiera decir lo mismo de ti", jadeó James mientras tiraba de él hacia arriba. "¡Levántate y combate conmigo, gilipollas!". Benjamin se resistió, tirando de su peso hacia abajo mientras intentaba agarrar el cuello de James. Pero él no se lo permitió.

"Vamos", jadeó James con la respiración agitada y el rostro enrojecido. Tenía el pelo revuelto y sus ojos emitían pura rabia. "¡Levántate y lucha! Pelea", gritó, "¿O prefieres tener a una mujer delante para pegar, puto perdedor?". Le dio una patada en el estómago, y la expresión de Ben cambió, poniéndose en pie esta vez.

"La mujer a la que defiendes", intentó darle un puñetazo en la cara, pero solo le rozó el lateral del cuello con la rápida reacción de James. "¡No es nada más que una puta!".

James utilizó la pierna para hacer tropezar a Ben, tirándolo de espaldas al suelo y cayendo sobre su muñeca, haciendo una mueca de dolor y riendo con maldad al mismo tiempo. "¿Le pondrías el nombre de Martin para que lo arrastrara por el fango?". Se limpió rápidamente la nariz mientras James daba un paso atrás, observando cómo la sangre goteaba por la camisa de Ben mientras él se ponía en pie. "¡Creía que eras más listo que eso, Jamie!".

James se abalanzó rápidamente hacia él, dándole otro puñetazo. "Si fueras lo bastante hombre", jadeó y dio un paso atrás, "¡ni siquiera estarías diciendo eso, Bennie!" Su pierna voló a través de la distancia que los separaba, golpeando a Ben en la mandíbula, tirándolo al suelo.

Se rio una y otra vez, su rostro lívido y sonrojado se volvió para mirarme: "Joder, veo que sigues siendo lo bastante buena en la cama como para cegar a un hombre".

"Ya está", los ojos de James estaban a punto de disparar fuego cuando se echó hacia delante, levantando a Ben una vez más. Gruñó mientras volvía a golpearle con un ímpetu lo bastante poderoso como para dejarlo inconsciente en el suelo.

Observé a James mientras desataba la corbata de Benjamin, utilizándola para asegurarle las muñecas detrás de la espalda. Mis ojos se abrieron de par en par ante la rapidez con que lo hacía todo. En cuanto terminó, se agachó y levantó a Benjamin, colocándolo lentamente en el sofá. Luego sacó el teléfono del bolsillo y marcó el número.

"Cubrick", su pecho subía y bajaba con respiraciones rápidas, pero su voz se mantenía firme, "te enviaré una dirección enseguida. Envía a unos hombres. Es allanamiento y agresión. Gracias".

Mis ojos lo siguieron atónitos mientras tecleaba rápidamente algo antes de volver a dejar caer el teléfono en el bolsillo, girándose lentamente para mirarme, con la cara agachada.

"¿Estás bien?", sus ojos se detuvieron antes de encontrarse con los míos mientras se acercaba. Estaba tan cerca que podía sentir su aliento en mi cara.

No sabía qué tipo de emoción reflejaba mi rostro mientras asentía en silencio.

Sus manos flotaron a mi alrededor sin tocarme, mientras sus ojos examinaban cada centímetro de mí con profunda atención. Sus cejas se anudaron mientras abría los labios. Se movieron como si estuviera a punto de decir algo... pero no lo hizo.

"Estoy bien", susurré, extendiendo las manos para acunar su rostro. "Mírame. Estoy bien".

Su mirada por fin se encontró con la mía, y vi una gran cantidad de... ¿Remordimiento?

"Eso es lo último que quería", murmuró.

"Tú... me salvaste. ¿De qué estás hablando?"

"No soy un hombre violento, Scarlett", de pronto sus ojos empezaron a suplicar. "Esto no me gusta. No soy como él", continuó susurrando rápidamente.

Negué rápidamente con la cabeza. "Lo sé", algo parecido a una risita mezclada con burla escapó de mis labios mientras la miraba profundamente a los ojos. "Me has salvado de milagro. ¿Cómo puedes no verlo?

"Lo último que quería que vieras es este lado de mí", susurró, afligido.

Por el rabillo del ojo, vi sus manos moverse. Palpándome sin tocar ni un centímetro. El corazón me dio un vuelco antes de que levantara las manos, las colocara con firmeza alrededor de mi cintura y las sostuviera hasta dejarlas allí. Su expresión se suavizó cuando las acerqué para rodearme antes de levantar los brazos y colocarlos sobre sus hombros.

"No sé qué habría hecho sin ti aquí", dije, con los ojos clavados en los suyos. "Estoy más que agradecida de que aceptaras venir conmigo".

Observé sus ojos clavados en mis labios y no deseé otra cosa que besarle. Sus brazos me rodearon con fuerza durante una fracción de segundo y, en aquel momento, podría haberme cogido. Yo era toda suya. No intenté comprender los impulsos que recorrían mi cuerpo, agitándolo en una ola caliente de gratitud y deseo. Estaba confundida, pero en el buen sentido.

Nuestros ojos se conectaron mientras el tiempo se ralentizaba, y nos quedamos mirándonos el alma durante lo que nos pareció toda una vida.

Nos interrumpió el carraspeo de un hombre y me volví rápidamente.

Tres policías de uniforme estaban de pie en la puerta antes de que entrara un hombre que parecía ser su jefe: "Sr. Martin", le tendió la mano y James se la estrechó, mientras me soltaba en parte y mantenía el brazo alrededor de mis hombros.

"Cubrick", se rio. "Ya estás aquí".

"Mala suerte para ti". Miró a Benjamin, que estaba en el sofá.

"Esta es Scarlett Kelly, y este *hombre* es su exmarido".

"Ya veo." Cubrick se acercó un paso mientras los demás agentes escudriñaban el salón. "¿Estaba aquí cuando entró?".

Negué con la cabeza, recordando el momento en que lo había visto allí.

"Vinimos y lo encontramos dentro", explicó James.

"¿Falta algo?"

Volví a negar rápidamente con la cabeza. "No. Creo que...", se me cortó la voz. Seguía sin atreverme a decirlo.

"Atacó a la señora Kelly", continuó James.

"Vale", Cubrick hizo un gesto a sus hombres y estos se acercaron a Benjamin. Uno de ellos le dio una ligera palmada en la mejilla, mientras el otro le desataba las manos con cuidado. "¿Nombre?"

"B-Benjamin. Benjamin Graham". No sé por qué estaba tartamudeando.

"¿Sr. Graham?", le sacudió el agente, y él abrió los ojos, moviéndose por un momento y pataleando al azar. "No hagas eso", ordenó Cubrick con severidad. "Estás detenido, no empeores las cosas agrediendo a un agente".

Su mirada feroz se encontró inmediatamente con mi rostro. "Maldita zorra..."

James se abalanzó hacia delante y yo tiré de él por el brazo, deteniéndolo no con mi fuerza, sino con un tranquilo recordatorio de que no tenía por qué seguir haciéndolo.

"Sr. Martin, nosotros nos encargamos a partir de aquí", Cubrick levantó una mano mientras sus hombres apretaban las esposas en las muñecas de Ben. Él forcejeó y maldijo: "Necesitaremos que venga a declarar a la comisaría". Cubrick anotó algo en un pequeño cuaderno. "Pero estoy seguro de que estás bastante agitada en este momento", me miró a mí y luego a James, que le hizo un breve gesto con la cabeza.

"Mañana, a primera hora", declaró James.

Los ojos de Cubrick examinaron a Ben mientras los agentes lo sacaban a rastras, a pesar de su desesperada resistencia. "Eso no será un problema. Estaremos encantados de vigilarle".

"Gracias", James le estrechó la mano. "Te lo agradezco".

"De nada". Luego se volvió hacia mí. "Hemos traído una ambulancia. Está abajo. ¿Está herida físicamente?".

Negué con la cabeza, y la adrenalina dejó asomar una sonrisa tonta en mis labios. "No, estoy bien. Gracias".

"Llámame si ocurre algo más. Hasta mañana".

"Gracias".

Se marcharon y James los siguió, cerrando la puerta antes de volverse hacia mí. En silencio, se acercó y me cogió del brazo, haciéndome sentar en el sofá donde Ben acababa de tumbarse. Se puso en cuclillas con mis dos manos entre las suyas y las frotó lentamente. "¿Cómo te sientes?"

Apretando los labios en una fina línea, sacudí la cabeza con incredulidad ante lo que acababa de presenciar. "Nunca pensé que lo haría de verdad. Seguirme hasta aquí así".

Un esbozo de sonrisa apareció tras la mirada seria de James. "No puedes culpar a un loco de sus actos".

"Debe ser considerado responsable de esto", siseé con rabia, sin creer lo que estaba oyendo.

"Lo será", asintió. "Pero si yo estuviera en su lugar, tampoco podría alejarme de ti".

Sabía que sus palabras tenían un doble sentido. También era consciente de que su intención no tenía ninguna raíz viciosa. Mi sonrisa seguía siendo aprensiva mientras mi cuerpo se estremecía al recordar su pelea.

"¿Estás herido?" Miré el desgarrón de su camisa.

"Apenas". Se levantó, dirigiéndose hacia la cocina. "¿Qué tal si nos tomamos esa copa ahora?".

"Segundo armario a la izquierda", dije, y él lo abrió, sacando una botella de vino. Mientras cogía dos copas, intenté convencer a mi mente de que encajaba en toda la situación.

Aquel viejo piso. El vino barato. Los vasos comprados en la tienda.

Nada de aquella imagen parecía encajar con él.

¿Cómo debía sentirse?

Me trajo la bebida y la acepté. Mi mano tembló y el líquido se tambaleó contra el vaso, así que él lo retiró rápidamente.

"Scarlett", susurró, sentándose a mi lado.

Y yo me quedé allí, inmóvil, mirándole fijamente a los ojos.

JAMES

Sus dulces ojos inspiraron las palabras que salieron de mis labios como un auténtico susurro: "Estás a salvo conmigo, te lo prometo".

Me acerqué y la abracé, con la esperanza de que transmitiera el mensaje alto y claro. Cuando se apartó, sus ojos se fijaron en mis labios antes de que los suyos tomaran la iniciativa. Eran suaves, su boca contra la mía, acariciando como plumas aprensivas.

"¿Estás segura?", susurré contra su boca.

"Nunca he estado tan segura de algo en mi vida", dijo antes de reclamar mis labios, provocándolos una vez más con el más suave de los besos. Sabían a tarta de chocolate y algo de melocotón.

Lo que quedaba de mis resistencias se desmoronó a la velocidad del rayo.

La atraje hacia mí, despacio, con suavidad, sabiendo perfectamente que seguía alterada por la situación. No quería hacer nada que pudiera herirla o hacerla sentir vulnerable. Quería que se sintiera segura conmigo, en mis brazos. Quería que supiera lo mucho que me importaba, lo mucho que la quería, lo mucho que deseaba protegerla de todos y de todo lo que pudiera hacerle daño.

Se apartó y me miró, como si buscara en mis ojos la respuesta a una pregunta que aún no había formulado.

"Estoy aquí", le dije. "Siempre".

Lo que quedaba de mis resistencias se desmoronó a la velocidad del rayo.

La atraje hacia mí, despacio, con suavidad, sabiendo perfectamente que seguía alterada por la situación. No quería hacer nada que pudiera herirla o hacerla sentir vulnerable. Quería que se sintiera segura conmigo, en mis brazos. Quería que supiera lo mucho que me importaba, lo mucho que la quería, lo mucho que deseaba protegerla de todos y de todo lo que pudiera hacerle daño.

Se apartó y me miró, como si buscara en mis ojos la respuesta a una pregunta que aún no había formulado.

"Estoy aquí", le dije. "Siempre".

Me besó apasionadamente, y en aquel instante supe que ese era mi sitio. Se sentó a horcajadas sobre mí y la rodeé con los brazos, estrechándola, haciéndole saber que nunca la dejaría marchar a menos que ella quisiera. E incluso entonces, a regañadientes.

"Llévame a la habitación", susurró.

La cogí en brazos y dejé que me condujera a su dormitorio. La tumbé en la cama y empecé a desnudarla lentamente. Me observó atentamente mientras le quitaba todo y luego, lentamente, empecé a desnudarme. Se acercó a mí, desnuda y hermosa, era lo más increíble que había visto nunca. Sus dedos me ayudaron a desnudarme con elegancia, y pronto estuvimos los dos entrelazados y sin ropa en la cama. Besándonos. Acariciándonos. Nuestros labios unidos y nuestras manos explorándose mutuamente como si trataran de descubrir cada centímetro del cuerpo del otro.

"Podría quedarme aquí para siempre", dije, y ella me miró fijamente a los ojos como si buscara algún tipo de confirmación que saliera de mi alma. Le besé la barbilla, el cuello, el hombro. Dejé que mi cálido aliento bailara sobre su rostro mientras sus ojos se cerraban. Acercó su boca a la mía y la besé con avidez. Su respuesta fue instantánea y su cuerpo se abrazó al mío.

Mis manos empezaron a recorrer su cuerpo y pude sentir cómo aumentaba el calor entre nosotros. Había una urgencia, una necesidad repentina de estar juntos. De estar dentro de ella, de abrazarla, de amarla. Era como si hubiera un hambre de consuelo y amor que ambos buscábamos y que por fin habíamos encontrado. La besé por todo el cuerpo y gemí cuando tomé su pezón entre mis dientes y lo chupé.

Un jadeo escapó de sus labios mientras se arqueaba y empezaba a arañarme la espalda.

"Estás preciosa", susurré entre besos.

"¿Hmm?" Abrió los ojos y me miró fijamente: "¿Qué has dicho?".

Me reí mientras le cogía el otro pezón entre los dientes y tiraba de él. "Eres preciosa".

Se mordió el labio inferior y me pasó un dedo por la cara. "Tú tampoco estás nada mal".

Y la tensión desapareció. "Me alegro de que te guste".

"Así es."

Me rodeó la cintura con las piernas para que mi erección palpitara dolorosamente contra ella. Notaba lo mojada que estaba y, cuando me movía contra ella, emitía hermosos gemidos de placer.

Abrí suavemente sus piernas y me coloqué en posición. Al acercarme a ella, apreté la frente contra la suya y sus ojos se clavaron en los míos. Era lento, hermoso y todo lo que siempre había deseado. Respiró entrecortadamente cuando empecé a moverme y gruñí al penetrarla, con su grito de placer como música para mis oídos.

"Dime si te hago daño", dije mientras buscaba su mano. Me apretó los dedos y asintió.

"Lo haré", exhaló mientras giraba las caderas contra las mías. "Así es perfecto".

Respiré hondo y empujé aún más dentro de ella. Apoyé los brazos en sus costados para mantener

el equilibrio y esperé a que su cuerpo se adaptara al mío.

Cuando sentí que sus músculos se relajaban, retrocedí ligeramente y volví a empujar.

Podía oler su excitación, junto con lo mojada que estaba, y lo único que quería era quedarme así para siempre.

Empezaron a formarse gotas de sudor en mi frente, y se acumularon en mi nariz. Sus caderas empezaron a rechinar contra mí, así que bajé la cabeza y uní su boca a la mía, manteniendo un movimiento rítmico que sabía que ella apreciaba.

Sentí cómo su cuerpo se estremecía debajo de mí a medida que se acercaba más y más a su orgasmo.

"Así, así", susurró entre gemidos. "Así, James. No pares. Así, exactamente". Gimió contra mi boca mientras todo su cuerpo temblaba de placer.

Separó sus labios de los míos y jadeó mientras se estiraba hacia arriba. La miré con curiosidad mientras bajaba la boca hacia sus pechos y los besaba de nuevo, dejando que mi lengua bailara sobre ambos pezones.

Colocó sus manos firmemente sobre mi pecho hasta que quedé apoyada sobre mi espalda. Se colocó de modo que quedó encima de mí. Sus pechos estaban maravillosamente expuestos, y enterré la boca entre ellos mientras pasaba la lengua por su piel.

Era tan dulce que sabía a galletas de mantequilla.

Bajó lentamente sobre mí, luego se detuvo y arqueó ligeramente la espalda, de modo que la mitad de su cuerpo sobresalía hacia delante. Puse las manos en sus caderas y apreté mientras empezábamos a movernos el uno contra el otro, con el sonido de nuestras respiraciones agitadas llenando la habitación.

Al principio, Scarlett se movía despacio, intentando encontrar el ritmo que quería, pero pronto sus pechos saltaron arriba y abajo mientras se movía. Alternaba empujones y apretones, y sus manos arañaban ligeramente. Su coño se estrechó contra mi polla, e hice todo lo posible por no correrme en aquel mismo instante dentro de ella. Un gruñido grave escapó de mis labios cuando me aparté del colchón y empecé a mover las caderas arriba y abajo para intensificar el movimiento.

"¡Dios mío!", jadeó, y sus gemidos se hicieron más fuertes hasta cubrirlo todo.

"Sí, cariño", gemí. "¡Cabálgame así!"

El sonido de los jadeos y gemidos llenó mis oídos mientras nos empujábamos mutuamente hacia nuestro orgasmo. Bajó hasta colocarse sobre mi pecho y apoyó los brazos a ambos lados del cabecero para mantener el equilibrio.

Me llevé un pecho a la boca y lo chupé mientras mis dedos jugaban con el otro. Podía sentir la excitación dentro de mí mientras ella me cabalgaba con fuerza y rapidez, empujándome más allá.

Los dos gritamos al unísono cuando su orgasmo espoleó al mío, la estreché entre mis brazos y la abracé con fuerza, respirando agitadamente. Sentía los latidos de su corazón contra mi pecho y

me mordió ligeramente el hombro. La abracé durante lo que me pareció una eternidad, sin querer soltarla, sin querer que se acabara aquel momento. Al cabo de un rato, se separó de mí y se acurrucó a mi lado, y yo la rodeé con un brazo mientras le besaba el costado de la cabeza.

"Ha sido increíble", dijo, y pude notar lo aturdida que estaba. Me besó la mejilla y frotó la nariz contra mi cabeza.

"No quería que se acabara", dije sonriendo. "De verdad que no quería".

"Deberíamos hacer esto más a menudo".

Le besé la frente. "Esta no será la última vez".

Su risita me hizo sonreír y cerré los ojos. Estrechándola contra mí, me rendí al sueño y me dejé llevar por las emociones.

SCARLETT

El hecho de que James estuviera en mi piso era algo magnífico para mí. A pesar de "no estar en su sitio", actuaba como si estuviera completamente en su entorno. Fue especialmente conmovedor para mí.

Pedimos comida china para llevar y bebimos un poco más antes de perdernos en otro febril episodio de besos. Sus manos volvieron a explorar cada centímetro de mí, como si fuera la primera vez. Las últimas horas de la noche pasaron volando mientras disfrutábamos de nuestra mutua compañía en un silencio delicioso que calmaba mi mente y curaba mi alma. Todo era perfecto. Era casi un sueño.

Cuando el reloj marcó la medianoche, estábamos los dos tumbados en mi cama, yo admiraba sus dedos perezosos trazando el borde de su copa de vino. "¿A qué hora crees que debería ir mañana?", susurré.

Respiró hondo, asintió lentamente sin levantar la vista del líquido carmesí: "No irás sola. Saldremos a las ocho".

Sin decir nada más, apreté el vaso entre las manos y me hundí aún más bajo las sábanas. Apoyé la nuca en su torso desnudo y bebí otro sorbo. "Toma", le entregué el vaso. "Guárdalo. Ya no puedo moverme".

Su mano cogió el vaso y sentí que se lo tragaba enseguida.

"¡No lo has hecho!" Me moví para soltarle una risita antes de echar la cabeza hacia atrás sobre la almohada, cubriéndome los pechos con la sábana.

"Apuesto tu dulce culo a que sí", hablaba un poco arrastrando las palabras y tenía las mejillas sonrojadas. Sonaba lo bastante bien como para volver a tener sexo, pero yo estaba destrozada.

"Bien", me deslicé perezosamente hasta ponerme en posición horizontal. "Buena suerte".

Colocó los dos vasos vacíos en la mesilla de noche antes de volverse hacia mí, tumbándose de lado mientras apoyaba la cabeza en la mano: "¿Buena suerte con?".

Quise decir "con la conducción", pero no podía pensar en él al volante en ese estado. En lugar de eso, sonreí y me acerqué para plantarle un beso rápido en el pecho: "Estoy borracha. Quería decir buenas noches".

Sus dedos me rastrillaron el pelo, enviando corrientes de calor a través de mí. Eran escalofríos

eléctricos, algo parecido a... amor.

Luego se echó hacia abajo y me besó en la frente: "Buenas noches, Scarlett".

Por alguna extraña razón, me entró ganas de llorar. Entrecerrando los ojos, le di la espalda y enterré la cara en la almohada.

No podía enamorarme de él. No podía. Eso solo complicaría las cosas, mucho, mucho más de lo que podía permitirme.

Incapaz de distinguir la realidad de los sueños, pasé la noche en brazos de James. Piel con piel. Mis mechones sueltos se entrelazaban con sus dedos relajados. Las yemas de mis dedos coqueteaban con los pelos de su pecho desnudo. Qué dulce alucinación debió de ser.

Cuando la alarma nos despertó, me di cuenta de que, efectivamente, había dormido allí. No me pareció una decisión ni algo que hubiera planeado, sino una especie de consecuencia del momento. Sonriendo, le pasé los dedos por el pelo hasta que sus párpados se abrieron lentamente.

Sus labios se resquebrajaron en una sonrisa: "Buenos días".

Ladeé la cabeza: "No te has ido a casa".

Apoyándose en los codos, echó la cabeza hacia atrás, frunciendo ligeramente el ceño. "¿Querías que lo hiciera?"

"¿Has dormido bien?"

Volvió a llevarse la mano a la nuca: "El cuello me está matando".

Le dirigí una mirada de disculpa antes de volver a las almohadas. "Debería comprarme unas mejores".

"No creo que sea eso", se rio, y enseguida supe a qué se refería. Luego respiró hondo y fijó su mirada en mi rostro: "¿Qué aspecto tengo?".

Su pregunta me pilló desprevenida, así que vacilé, confusa: "¿Qué?".

"Estás perfecta incluso recién levantada", sus ojos recorrieron mi cara y mi pelo. "¿Qué aspecto tengo yo?".

Entrecerrando los ojos, negué lentamente con la cabeza mientras sentía que mi risita reflejaba mi nerviosismo: "James, yo...".

"Jamie", me corrigió. "Prefiero Jamie, después de todo".

"¿En serio?"

"Solo de la gente cercana a mí. Sí".

Contemplé aquella belleza de hombre ante mis ojos e intenté enumerar todas las razones por las que él querría estar conmigo. No se me ocurrió ni una sola. "¿De verdad sentías algo por mí en la universidad?".

No sé por qué lo pregunté.

Sus ojos se abrieron ligeramente antes de darse la vuelta rápidamente, cogiendo su teléfono y echándole un vistazo mientras se levantaba: "¡Mierda, Scarlett, vamos a llegar tarde!".

Antes de que tuviera un segundo para objetar, salió corriendo y se metió en el baño, cerrando la puerta tras de sí.

Mi mente empezó a acelerarse.

Tal vez yo no fuera más que el vestigio de una época más sencilla. Una vieja llama que le llevaba atrás en el tiempo, a años en los que todo era sencillo y dulce. Aparté lentamente las sábanas, dolorosamente consciente del palpitar de mis sienes.

Frunciendo las cejas, busqué el frasco de analgésicos en el cajón de la mesilla mientras me preguntaba cómo había saltado de aquella manera. Estaba en buena forma. Eso era innegable. ¿Pero también le movía un ardiente deseo de evitar la verdad que había tras mi pregunta? Me eché la pastilla a la boca, engulléndola con un trago de agua.

Nos vestimos lo más rápido que pudimos y, cuando llegamos a su coche, me sorprendió ver que llevaba una chaqueta más para cambiarse. Impresionante. ¿Había algo que pudiera pillarle desprevenido?

Llegamos a la comisaría y nos recibieron como a reyes. Tras ser conducidos directamente al despacho del capitán, Cubrick y los dos oficiales se reunieron con nosotros. Antes de que empezara el interrogatorio, un hombre apuesto entró en la sala con un maletín delgado. Todo en él destilaba clase.

"Víctor Patterson", James se dirigió a mí mientras su amigo tomaba asiento. "Mi abogado y ahora el de la señorita Kelly". Luego sonrió: "Víctor, ella es Scarlett".

"Encantado de conocerte", asintió, y yo le devolví la sonrisa. "Sé que no es la mejor de las circunstancias, pero quiero que sepas que estás en buenas manos".

"Gracias, Sr. Patterson".

El juicio no tardó en empezar con nuestra declaración, con un relato detallado de lo sucedido. Víctor me pidió entonces que hiciera una breve historia de mi relación con Benjamin y de cómo habían ido nuestros trámites de divorcio.

"¿Y has sentido la necesidad de una orden de alejamiento en el pasado?", me preguntó.

Dudé, pero no era el momento de endulzar la realidad. Asentí: "Sí, pero mi anterior abogado no pudo concedérmela".

Frunció el ceño y miró al capitán: "¿Por eso te fuiste de Long Island?".

"En parte". Me aclaré la garganta y James me tocó la mano en señal de solidaridad. "También vivía con mi hermana y su novio en su casa. No tenía casa propia y había perdido el trabajo, así que pensé...". Me encogí de hombros.

"Vale", Víctor apuntó algo en sus notas.

Durante otra media hora, continuó la conversación con el capitán y Cubrick. Al final, me informaron de los siguientes pasos y de lo que debía hacer. Cuando por fin salimos de la sala, nos condujeron a una zona de espera vacía. El oficial nos dejó solos a los tres y cerró la puerta.

"¿No hemos terminado?", pregunté.

"Sí", confirmó Víctor. "Solo quiero que sepas que una orden de alejamiento no debería ser difícil ahora, dado el último incidente. Simplemente llevará algún tiempo el papeleo y posiblemente una vista judicial".

Asentí mientras escuchaba. Me sentía como si hubiera vuelto al punto de partida. Sin embargo, esta vez mi sistema de apoyo parecía más sólido.

"No necesitarás comunicarte con nadie más que conmigo", me explicó Víctor, entregándome su tarjeta. "Conserva mi número. Te llamaré personalmente, no alguien de mi oficina".

Sonreí: "Gracias. Te lo agradezco". Hice una pausa, sintiéndome incómoda con mi siguiente pregunta. "Y en cuanto a..."

Como si James pudiera leerme la mente, levantó la mano: "Ya está arreglado".

Víctor se rio: "Considéralo parte del paquete que ofrezco a L'Exclusive y a James. Ya gasta más de lo necesario".

James ladeó la cabeza: "Por eso no voy a comprar una casa en Vermont", bromeó. "Utilizaré la suya".

Me di cuenta de que era una broma entre ellos y los observé, ligeramente divertida.

"Vale", se levantó Víctor, abrochándose la elegante americana. "Tengo que irme. Scarlett, no dudes en llamarme cuando quieras".

"Gracias, señor Patterson". Me levanté para estrecharle la mano.

"Un amigo de James es amigo mío, así que llámame Víctor, por favor".

"Gracias, Víctor".

Se marchó y yo volví a sentarme, con la mirada perdida. Por el rabillo del ojo vi a James consultando su teléfono.

"Oye, deberías irte. Ya has ayudado bastante".

Frunció ligeramente el ceño: "¿No vienes a la oficina?".

"Yo... sí, claro...".

"Entonces vamos", se levantó, "¿O quieres quedarte sentada un rato?".

"N-no", me levanté, sintiéndome desorientada. "No sé si es buena idea presentarnos juntos".

Me dirigió una mirada de reproche: "De nuevo, yo soy el verdadero jefe en ese lugar, y que vengas conmigo no debería ser problema de nadie. Y si lo es, que vengan a hablar conmigo de ello".

Hablando con tanta seguridad, no me dejó otra opción que aceptar. No quería cuestionar su autoridad en la empresa, ni parecer desagradecida por toda su ayuda. Sonriendo, cogí mi bolso y salimos de la habitación.

En el coche, abrí mi correo electrónico y comprobé si había mensajes nuevos. James, por su parte, empezó a hacer llamadas por el auricular. Hablaba libremente de negocios delante de mí, mencionando algunos detalles aquí y allá. Era su naturaleza confiada lo que le hacía presa de individuos taimados como Melinda. Pero, por otra parte, un hombre como él nunca habría llegado adonde estaba sin alguna astuta estratagema propia.

Cuando terminó, estábamos a cinco minutos de la oficina. Me armé de valor y decidí enfrentarme a él: "James. ¿Crees que es buena idea hablar de esas cosas delante de mí?".

"¿Sobre qué?", giró el volante y el sol se posó en sus dedos bronceados.

"¿Cosas confidenciales del trabajo?"

"¿Por qué, estás en contacto con Vince Bennington?". '

"¿Con quién?"

Se rio: "Exacto". Hizo una pausa y sacudió la cabeza. "Scarlett, el hecho de que haya dejado espacio a Mel para que juegue a sus jueguecitos no significa que sea completamente inconsciente. Sé en quién confiar y hasta qué punto. Lo que hizo, lo preveía. Simplemente no sabía cuándo. Pero créeme, sé juzgar muy bien a las personas".

Me encogí de hombros y sonreí: "Entonces, ¿quién es Vince Bennington?".

Me lanzó una breve mirada con una sonrisa soleada antes de volver a mirar a la carretera: "¿Qué te parece si te lo cuento todo sobre él esta noche durante la cena?".

"¿Qué cena?"

"La cena que vas a aceptar para celebrar que por fin te has librado de Ben".

Solté una risita: "¿En serio?".

"Sí", asintió bruscamente. "Y te vas a poner algo bonito y me vas a permitir que te recoja en casa, como un auténtico caballero".

"Eres de verdad un caballero".

Al frenar en la rampa de aparcamiento, me miró y su mirada se detuvo detrás de sus gafas de sol de diseño. "Entonces, ¿por qué rechazas una oportunidad como esta?".

"¿Ah, sí?" Seguí riéndome mientras descendíamos al garaje de la dirección. "Haces que parezca una cita".

Sonriendo, se detuvo en el lugar marcado con su nombre en un cartel luminoso: "Puede ser lo que quieras". El coche se detuvo y se volvió hacia mí: "Es tu día, Scarlett. Te mereces una noche en la que todo salga como tú quieres".

JAMES

A las ocho de aquella misma tarde, me encontraba sentado solo en el coche, esperando a que Scarlett bajara. Le dije a Liam que no lo necesitaría y lo envié a casa.

Pensando en la mejor forma de abordar la situación con Melinda, decidí enviarle rápidamente un correo electrónico con una invitación para quedar a la mañana siguiente. Sabía exactamente qué decir y cómo decirlo sin dar ninguna información sobre lo que realmente sabía.

Cinco minutos después, Scarlett salió de su edificio de apartamentos con un vestidito negro. Era una mujer inteligente, no podía equivocarse vistiendo algo sobrio por excelencia. Estaba divina de negro, y sus rizos eran vibrantes, rebotando contra sus hombros mientras caminaba. El carmín rojo que llevaba le hacía los labios más carnosos y aún más besables, tan sexy que casi justificaba el enfado de Jessica.

"Hola, mi '+1'", bromeó mientras le abría la puerta del pasajero.

"Hola, guapa", mis ojos apreciaron sus curvas mientras se deslizaba por la puerta.

La llevé a mi restaurante italiano favorito, donde había reservado un rincón exclusivo con suficiente intimidad y un servicio exquisito. Aparentemente impresionada, miró a su alrededor y sonrió: "No creo que esto sea propiedad de Esclusive, ¿verdad?

"Algún día", sonreí con suficiencia mientras tomaba asiento frente a ella.

"¿Los compramos?"

Hice un gesto con ambas manos, bromeando. "No mientras Vince esté vivo, no lo haremos".

"Ah", asintió comprensiva. "Así que Vince Bennington es la oposición. ¿Cómo no lo sabía?

"Porque su hija Quincy es la que firma todo".

"Es un nombre familiar". Se inclinó hacia delante, apoyando la barbilla en la mano. Me fijé en el esmalte de uñas rojo y sonreí. "¿Y cuándo empezó la rivalidad?".

"Nuestros padres fueron socios hace años", le expliqué. "Cuando se separaron, la cosa no acabó precisamente de forma amistosa".

Ella asintió: "Algo parecido a un divorcio desagradable".

"Exacto".

Hice una pausa mientras el camarero nos servía el vino que habíamos pedido. La miré mientras ella lo observaba con sus ojos grandes y su sonrisa educada. Susurró: "Gracias", y mi mirada se detuvo en sus labios encendidos.

"Brindo al poner a Ben en su sitio", dijo, y chocamos las copas. Su sonrisa era un poco incómoda; sabía que necesitaba algo de tiempo para superar todo aquel trauma. "¿Sabes?", me aclaré la garganta, "nunca he visto tu currículum".

"Ah, esa antigualla", se rio. "No tiene nada de raro".

"Recuerdo que en la universidad querías escribir publicidad. ¿Cuándo decidiste cambiar?"

"Fue solo un pequeño cambio", dijo, poniendo los ojos en blanco. "Cuando Ben y yo nos prometimos, me consiguió un trabajo como redactora publicitaria en una agencia que dirigía su padre. Era un sitio pequeño y agradable, pero solo trabajé allí un mes".

Me estremecí: "Hombre, ¿qué ha pasado?".

"Bueno, me dieron únicamente un par de clientes como prueba. Uno de ellos era The Hub. Al parecer, buscaban en secreto a un especialista en marketing cuando les presenté mi primer concepto".

Asentí, escuchando cómo hablaba con pasión del trabajo creativo que tanto le gustaba.

"Al final de la tercera semana, ya me encargaba de todo su material. Entonces", amplió los ojos, sin pensarlo dos veces... "¡me ofrecieron el trabajo!".

"Debiste de impresionarles mucho".

"Parece que sí", se encogió de hombros. "Es decir, acababa de empezar y allí estaban, ofreciéndome el doble de sueldo".

"¿Pero se trataba únicamente de eso?".

Ella, ligeramente avergonzada, jadeó: "Bueno, en aquel momento... sí. Verás, no quería que Benjamin y su familia pensaran que iba detrás de su dinero. Todos sabían quién era y de dónde venía. Y yo estaba decidida a cargar con mi propio peso y no tener que pedirles nada, ni siquiera después de casarme".

Mi respeto por ella creció: "¿Incluso si eso significaba renunciar al trabajo de tus sueños?".

"Bueno", se encogió de hombros. "En aquel momento, tenía la ingenua fe de que podría dedicarme al marketing mientras hacía algún trabajo creativo como autónoma". Ella puso los ojos en blanco, señal inequívoca de lo ridícula que le parecía su forma de pensar. "Parece que había calculado mal cómo me iría la vida".

"Creo firmemente que todo ocurre por alguna razón".

"Supongo que... Quiero decir que aprendí mucho durante los tres años que pasé allí".

"Entonces, ¿qué pasó?"

"Benjamin empezó a sentir celos de mi jefe. Aquella fue la primera señal de alarma".

Fruncí el ceño y tomé otro sorbo de vino mientras escuchaba.

"Cuando tenía que viajar para asistir a eventos o a cursos de formación en Nueva York, se ponía muy posesivo, llamándome cada hora... enviándome mensajes de texto sobre dónde estaba. Era una pesadilla".

"¿Cómo lo hiciste entonces?"

"Ah", sonrió y se señaló la sien, "¿Cómo, me preguntas? Conseguí un trabajo en Orange Lily... entonces era un negocio solo de mujeres, bastante pequeño, iniciado por un grupo de amas de casa".

A pesar de todo, había seguido decidida a ganarse el sustento y a no depender de la riqueza de los Graham. ¿Cómo había tenido tan mala suerte esta mujer con Benjamin?

Alcé las cejas: "Oh, una jugada inteligente".

"Hasta que..." levantó cautelosamente un dedo, "La dirección cambió... y empezaron a contratar hombres".

"Ay".

"Eso es poco", ladeó la cabeza con amargura y bebió un poco de vino. "Por supuesto, intenté que funcionara, pero fue imposible. Las cosas empeoraron en casa y mi curva de rendimiento descendió sin remedio".

Sacudí la cabeza: "Lo siento".

Ella asintió rápidamente: "No, está bien. Según tu lógica, tuvo que ocurrir para que viera la realidad de mi matrimonio y lo condenado que estaba. Por suerte no teníamos hijos. Habría hecho la separación mucho más difícil".

"Claro".

"Y, ya sabes...", hizo un gesto con la mano. "El resto es historia, de verdad. Las cosas fueron cuesta abajo. Después del divorcio, me presenté a todos los trabajos de marketing del estado de Nueva York, para marcharme".

Dejando escapar un pesado suspiro, la miré con simpatía.

"Pero bueno", dijo sonriendo con una suave inclinación de cabeza. "Ya basta de hablar de mí". Hizo una pausa. "¿Qué convirtió a Jamie James en el Sr. Martin, director general?".

Cacé una carcajada: "No te lo esperabas, ¿verdad?".

"Sobre el papel, claro. Pero afrontémoslo, en Harvard no exudabas exactamente vibraciones corporativas".

"Esto es cierto". Pensé en el punto de inflexión y, de algún modo, me sentí lo bastante cómoda como para compartirlo con ella. "Bueno, al principio quería diversificar el negocio de papá y hacer lo mío; expandirme a los clubes nocturnos".

"¡Clubes! Sí, eso habría sido algo más adecuado para el Jamie que yo conocía".

"Pero diferente, ¿no? Y mi primo Donovan iba a hacerse cargo del negocio existente".

Entrecerró los ojos en un intento de recordar. "Creo que nunca he oído hablar de un Donovan Martin".

"Por parte de madre", respondí. "Pero el agrio matrimonio de mis padres se fue al garete un año antes de la graduación".

Recordé las frenéticas llamadas nocturnas de mi madre, llorando borracha al teléfono mientras me suplicaba que "hiciera algo". Mi padre, en cambio, siempre había recurrido a mensajes de correo electrónico detallados y bien articulados para contarme lo que había ocurrido. A diferencia de mi madre, nunca me había pedido ayuda ni que me pusiera de su parte. Ahora que lo pienso, simplemente se desahogaba, y así fue como nos hicimos mejores amigos.

"En fin", suspiré mientras ella escuchaba atentamente. "Con el divorcio todo se aclaró. Donovan estaba fuera de juego, gracias a que mamá lo puso en contra de papá, pasara lo que pasara. Y...", sacudí la cabeza.

Ella sonrió suavemente: "¿El resto es historia?".

"Quiero decir", me reí entre dientes, "que no me quejo. Es un sitio agradable".

"Pero nunca pudiste hacer lo que querías".

"¡Una cosa que tenemos en común!", bromeé.

"Imposible", negó con la cabeza, riendo. "No hay comparación posible. Al fin y al cabo, yo trabajo como empleado en todas partes. No puedo ni empezar a comprender la cantidad de trabajo que se necesita para darle la vuelta a la empresa de la forma en que tú lo hiciste".

Había hecho sus deberes, sin duda. Me impresionó.

"Sí", sonreí, tomando otro sorbo mientras el camarero traía nuestros entrantes. "Pero había que hacerlo. La marca necesitaba un lavado de cara. Tuve que reinventarlo todo, modernizar nuestro aspecto... enriquecer nuestra cartera para dar cabida a la generación más joven que se incorporaba a la plantilla."

"Has hecho un gran trabajo, debo admitirlo".

"Gracias". Miré la comida y cogí un trozo, colocándolo en su plato. "Esto cambiará para siempre tu opinión sobre la bruschetta".

"¿Sí? Me alegro de que no hayas dicho que me cambiará la vida", puso los ojos en blanco y se llevó el trozo a la boca. El tono del tomate hacía juego con el enrojecimiento de sus labios, formando un retrato estéticamente agradable, lo bastante bueno como para ser digno de una publicidad.

Al morderlo, emitió ruidos apreciativos. "¡Qué frescas están las hierbas!", dijo, tapándose la boca con la mano, masticando.

De repente, la imagen de la joven Scarlett Kelly se materializó en mi cabeza. Tenía los ojos juguetones mientras comía. Hermosa de un modo puro e inocente. Auténtica hasta el último detalle. Nunca había fingido nada ni se había esforzado por parecer diferente de su verdadero yo.

Amable y confiada, siempre estaba dispuesta a ayudar a quien se lo pidiera, y a veces incluso a quien no.

Me vino a la memoria un recuerdo lejano.

Me aclaré la garganta antes de limpiarme la mano en la servilleta: "Oye, ¿te acuerdas del incidente del abrigo?".

Ella arrugó la nariz y soltó una risita: "¿El qué?".

"No puede ser". Eché la cabeza hacia atrás y me reí con ganas. "¿No te acuerdas?"

"Refréscame la memoria. ¿Cuándo fue?"

"Creo que eras de primer año", hice un gesto con el dedo. "Si no me equivoco, sí... era febrero, y me había emborrachado mucho en una de las fiestas de la fraternidad".

"¿Vale?", dijo y entrecerró los ojos.

"De alguna manera, simplemente... me largué", continué riendo entre dientes, "¡vagando por el campus, sin saber que llevaba cerveza encima!".

"Dios mío, sí". Sus ojos se abrieron de par en par. "Me encontré contigo fuera de la cafetería....".

"Y estaba..."

"Cerrado, sí, sí", asintió. "Hacía mucho viento aquel día".

"Y llevabas una chaqueta y un impermeable colgado del brazo".

"¡Y tu ropa estaba empapada, vaya!", se ríe. "¿Por qué no lo aceptaste enseguida?".

"Era de color morado brillante, por el amor de Dios", apenas conseguí recuperar el aliento, riéndome de lo que debía de ser un espectáculo hilarante. "No dejabas de insistir en que iba a coger una pulmonía".

Abrió de nuevo los ojos. "Porque hacía mucho frío y podrías haberte escurrido fácilmente la camisa", sacudió la cabeza consternado, "pero estabas demasiado borracho para hacerlo".

"En aquel momento ni siquiera sabía tu nombre".

"Te dije mi nombre", le reprendió. "Pero al día siguiente no podías recordarlo".

"Sí, y... ¿Tú también sabías el mío?"

"La verdad es que no. Había oído que la gente te llamaba Jamie o Jim, pero no estaba segura".

"Oh, tío... Creo que fue entonces cuando..." Me detuve bruscamente, aclarándome la garganta.

Así había empezado mi enamoramiento. El ángel nocturno de ojos brillantes que me había ofrecido su abrigo de color violeta. Sus rizos dorados formaban un halo alrededor de su elegante rostro. Sus labios carnosos. Su generosidad y benevolencia sin pretensiones. Había permanecido en mis sueños durante días hasta que volví a verla.

"¿Qué?" "Perdí la cabeza intentando averiguar a quién pertenecía aquel abrigo o dónde

devolverlo".

Bajó la cabeza y me lanzó una mirada acusadora desde debajo de las cejas: "Vamos, ni siquiera te molestaste en dejarlo en objetos perdidos".

¿Qué podía haber dicho? Quería un recuerdo de mi chica misteriosa. Cuando volvimos a cruzarnos, estaba demasiado involucrado para devolverle el único recuerdo que tenía de ella.

Cubrí una mentira con otra: "En cierto modo me gustaba".

"Déjalo ya", dijo ella, "eras simplemente un vago".

Le seguí el juego y asentí: "Vago era mi segundo nombre".

"Por cierto", levantó un dedo, "¿qué significa la O?".

"¿La O?"

"¿James O. Martin?"

"Claro", me reí. "Bueno, ¿recuerdas que el escritor favorito de mi padre, Richard, es Oscar Wilde?".

Ella abrió los ojos con incredulidad: "No me digas".

Asentí poco a poco con un guiño lento.

"¿James Oscar Martin?"

No recordaba la última vez que había disfrutado tanto de una cita.

SCARLETT

Al ir a trabajar a la mañana siguiente, sin haber visto a Melinda en absoluto el día anterior, me preparé para lo peor. Me había desconcertado un poco preguntarle a James qué había pasado con ella y al final decidí no hacerlo. Sin saber en qué me estaba metiendo, ralenticé la marcha al salir de la estación de metro mientras enviaba mensajes de texto a Samantha.

Tenía tantas cosas que contarle.

Después de todo, por fin podría conseguir esa orden de alejamiento.

Un minuto después, contestó.

¿Por qué?

James me está ayudando.

¿Por qué? ¿Qué pasa exactamente entre vosotros dos?

En realidad, tenemos una cita.

¿Cómo dices? ¿Así es como prestas atención a tu trabajo?

Entonces me llamó. En cuanto contesté, siseó: "¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?"

"No, escucha... Creo que le gusto de verdad. Como que le gusto mucho".

"¿Y qué pensará tu jefa de eso?".

"No dejará que sea un problema".

Ella se echó a reír. "Ya estamos otra vez. ¿Es que nunca aprendes, Scarlett? ¿Por qué cada vez que haces algo bueno por ti, tienes que dejar que un hombre se abalance sobre ti y lo estropee?".

Sus palabras me enfurecieron. "Eso no es lo que ocurre".

"Entonces explícame cómo crees que funcionará en el futuro".

"Me está prestando a su abogado", le dije. "Está siendo un perfecto caballero. Y realmente creo que sentía algo por mí en la universidad".

"¿Y qué?", se tensó. "¿No se te ha ocurrido pensar que simplemente quiere quitarte de en medio?

¿Y luego qué? Te apartará y tu entorno de trabajo se volverá imposible. Tendrás que marcharte. Otra vez. ¿Cuándo le ha ido bien a alguien trabajar para un ex?".

Exhalando profundamente, negué con la cabeza, preocupada por si realmente se metía en mi cabeza. "No... no lo entiendes. Ahora es rico y poderoso. Y atrevidamente sexy. No necesita deshacerse de mí ni de nadie".

Ella se rio: "Claro. Porque Benjamin parecía un completo idiota cuando salíais juntos".

"No se parece en nada a él". Me detuve delante del edificio, moviéndome. "Mira, ahora estoy en la oficina. Tengo que irme".

"Scarlett", dijo con severidad. "Tienes que reconsiderarlo. Ten cuidado, por favor. No sabemos cuándo encontrarás otro trabajo y, si no tienes cuidado, acabarás donde empezaste".

Suspiré con resignación. "Lo haré. Ten un poco de fe. Adiós".

"Hablamos pronto".

Al entrar en el ascensor con algunos de mis compañeros de otras divisiones, los observé sutilmente y me pregunté si alguno de ellos conocía a James desde hacía mucho tiempo. Sonreí, pensando que no recordaba gran cosa de él de mi época universitaria, excepto su aspecto. Era delgado y bebía como un pez; bueno, como la mayoría de los chicos ricos de aquella edad a los que les gustaba ir de fiesta hasta el extremo.

Sin embargo, aquella historia del abrigo se había quedado grabada en mi memoria con un estudiante sin rostro durante años, hasta que el recuerdo se desvaneció. O mejor dicho, hasta que volvió a sacarlo. ¿Qué probabilidades había?

Cuando llegué a mi despacho, encendí el portátil y vi algunos correos nuevos de Mel. Algunos pedían actualizaciones, mientras que otros asignaban nuevas tareas y reorganizaban los plazos. El último correo convocaba una reunión al cabo de veinte minutos para repasar los detalles de un proyecto de verano.

Fui a la cocina y me serví un café, socializando con el equipo de relaciones públicas. Ninguno de ellos parecía haberse enterado de la tensión que había entre nosotras, o al menos así se comportaban. Era reconfortante.

Cuando llegaron las ocho y media, llamé a la puerta de su despacho y entré con el portátil, preparándome para otra paliza mental.

"Scarlett, buenos días", sonrió, poniéndose de pie detrás de su escritorio antes de dar un paso hacia la cafetera. "¿Quieres un poco?"

"Acabo de tomarme uno, gracias". Sonreí nerviosa, anticipando lo que me tenía preparado tras aquellos ojos alegres.

De espaldas a mí, preparó meticulosamente su bebida. "¿Has leído mis e-mails?" Añadió un poco de edulcorante artificial y nata desnatada, removiendo sin volverse.

"Por supuesto", confirmé. "Todo va según lo previsto. Simplemente quería saber cuándo se celebraría la fiesta de verano, para asegurarme, y así poder empezar a informar a la agencia sobre

la producción."

"De acuerdo", giró sobre sus talones, bebió un sorbo y me miró por debajo de las cejas. Su expresión alegre no desapareció de su rostro. "La dirección está de acuerdo, podemos hacer el lanzamiento durante una semana a partir del 4 de julio. Así tendremos la oportunidad de generar expectación en torno a ese día, llamando la atención sobre lo que se avecina".

Asentí: "Me parece justo".

"Así que estás de acuerdo", inclinó la cabeza.

"Absolutamente", asintió con la cabeza. "Sería un desperdicio privar al 4 de julio de la cobertura que merece. Además, nuestro calendario de redes sociales se construirá para los dos durante el mes de junio". Me encogí de hombros. "Me parece perfecto".

"Genial", su sonrisa reflejaba una satisfacción que hacía semanas que no veía. Se echó hacia atrás, relajándose en la silla: "Abramos la lista de comprobación y asignemos tareas, ¿vale?".

El resto de la jornada laboral transcurrió en silencio, lo que me llevó a preguntarme qué había hecho o dicho James para que las cosas dieran un giro de ciento ochenta grados como aquel.

Mientras me ocupaba de mis asuntos, una parte de mi mente seguía ocupada en lo maravillosa que había sido la noche anterior. No solo me lo había pasado muy bien - y él parecía haberlo disfrutado también - sino que el beso con el que había puesto fin a nuestra cita delante de mi edificio había sido algo más.

No lo vi en la oficina en todo el día y, cuando llegué a casa, me metí en la ducha con música a todo volumen en el móvil. A mitad del enjabonado, la música se detuvo unos segundos, sustituida por el tono de una llamada entrante. Dejé que sonara hasta que se detuvo, y volví a la lista de reproducción que había configurado específicamente para aquel momento del día.

Cuando terminé, salí y me sequé el pelo con una toalla. Con la otra mano, cogí el teléfono y vi una llamada perdida de James. Mis labios se curvaron en una sonrisa. Eran casi las nueve. Al devolverle la llamada, puse el altavoz y seguí desenredándome el pelo delante del espejo.

"¿Hola?"

"Me has llamado", sonreí, pasándome lentamente el cepillo por el pelo. "¿Qué pasa?"

"Acabo de terminar mi entrenamiento y quería saber cómo te había ido el día".

"Por favor, dime que te has duchado", bromeé.

"Sí, me he duchado. ¿Te molesta el sudor?"

"Depende de la situación", me reí. "Es curioso, estaba en la ducha cuando llamaste".

"¿Así que ahora los dos olemos a jabón?".

Mirando la botella de baño de burbujas, dije: "Té verde y Oud ahumado, para ser exactos".

Hizo un sonido delicioso antes de susurrar: "Hmm, haces que sea más difícil resistirse".

"Y mi día ha ido bien, muchas gracias. ¿Qué has hecho?"

"Un día más en la oficina, Scarlett". Hizo una pausa. "No quiero hablar de trabajo".

"¿Entonces de qué quieres hablar?". Me pasé los dedos por los rizos, secándolos al aire.

"No lo sé. De cualquier cosa. ¿Ya has cenado?"

"Tengo sobras en la nevera. La voy a asaltar dentro de un rato. ¿Y tú?"

"Tazón de quinoa con garbanzos especiados con chile, col marchita, pera y mayonesa de ajo y chipotle".

No pude contener la risa. "Dios mío, Jo se esfuerza mucho".

"Lo hace. Quiero decir que planifica mis comidas, lo que supone mucho trabajo mental. Zak las cocina".

Entrecerrando los ojos, empecé a frotarme los brazos con loción. "¿Zak? Déjame adivinar, ¿el chef?"

"Así es. Nunca lo has conocido porque está en la cocina o en casa".

"Ya veo".

Se rio: "Le encanta cocinar".

"Ves", sacudí la cabeza, "eso es algo que nunca he entendido. La gente a la que le encanta estar en la cocina. A veces creo que se lo inventan".

"¿Por eso vives de la comida para llevar?".

"Supongo que sí", vacilé, recordando a la cocinera de Benjamin, que venía una vez a la semana y nos preparaba toda la comida para siete días. Todo estaba bien empaquetado y congelado, listo para descongelar, recalentar y consumir. "Aunque supongo que nunca fue de mi agrado".

"Yo tampoco puedo decir que me entusiasme". Hizo una pausa y oí sonidos apagados. "Pero hubo una vez que fui a una clase de cocina vietnamita...".

"Espera un momento", le dije. "¿Qué estás haciendo ahora?".

"Oh, estoy... revisando una caja".

"Ya. Entonces, ¿cocina vietnamita? ¿Cómo ocurrió?"

"Fue una de esas actividades de formación de equipos que hacemos para nuestros chefs. Al principio no debía participar, pero parecía divertido. Todos los ingredientes que utilizaban me parecían muy extraños", se rio. "Me intrigaba".

"Huh, guay", bromeé, sonriendo para mis adentros mientras me ponía una camiseta. "¿Qué has preparado?"

"Gỏi Cuốn", dijo orgulloso. "Ni siquiera sé si lo digo bien, joder".

Volví a sonreír. "¿Qué es?"

"Uhh, bueno... si no me falla la memoria, era una especie de lámina translúcida de arroz

enrollada con cerdo y gambas".

"¿Juntos?"

"Sí. Noodles, verduras... una lechuga de aspecto extraño".

"Vaya", dije.

"Y lo enrollamos todo en pequeños paquetes... algo así como rollitos de primavera".

"Eso parece mucho trabajo".

"Lo fue".

El barullo de fondo continuaba, y me pregunté si estaría arrastrando muebles. "¿Estuvo bueno?".

"Sí, sí. Era... nuevo. Interesante".

"No te gustó".

Se rio: "Me moría de ganas de saltar a la parte en la que nos comíamos esas malditas cosas. Acabé el último. Fue vergonzoso".

"Bueno, no eres un cocinero. Eso está justificado".

"Pero tengo otros talentos".

"¿Sí? ¿Cómo cuáles?" Me puse unos pantalones cortos y salí del baño, llevándome el teléfono a la oreja.

"Si me retas a una carrera de bicis, me das pena".

"¡Interesante! Vaya, no he montado en bici desde el instituto".

"Es muy divertido. Deberíamos hacerlo alguna vez".

"No me imagino que alquile una bici usada, Sr. Martin".

"Tengo tres aquí mismo, Srta. Kelly. De hecho, una de ellas podría ser perfecta para ti".

"¿Y por qué la tienes?"

Me arrepentí inmediatamente de la pregunta. Sin duda era para una novia.

"Es para cuando viene mamá de visita".

"¡Oh, por respeto!"

"Por supuesto. Es una mujer feroz". Hizo una pausa, riendo entre dientes. "Un poco demasiado feroz, pero ¿quién soy yo para juzgarla?".

Por un momento, parecíamos una pareja. Pero me encogí de hombros en un intento de no perderme en tales fantasías.

Caminé hacia la cocina, saqué los auriculares del bolso y me los puse, deslizando el teléfono en el bolsillo de los pantalones cortos mientras abría la nevera. Las emblemáticas cajas de comida

china para llevar estaban allí y sonreí, sacándolas y cogiendo los palillos.

"Entonces, ¿has cocinado alguna vez?".

"¿Mi madre? ¿Estás de broma? Si pusiera un pie en la cocina, estropearía su manicura de setenta dólares".

No pude contener la respiración. "¿Setenta dólares?"

Respondió a mi reacción con una leve risita. "Menuda vida, ¿eh?".

"Ya lo creo". Abrí los pliegues del recipiente y rebusqué. "Perdona, estás a punto de oírme masticar estos fideos".

"Adelante, S".

"S?", me reí. "¿Desde cuándo?"

No contestó durante un momento, pero le oí respirar.

"Harvard, creo".

Levanté las cejas alegremente: "¿Quién me ha llamado así?".

"Yo..." Volvió a hacer una pausa. "Con mis amigos".

Me reí, con las manos en el aire y los palillos entre los dedos. "¿Habéis hablado de mí?"

"En realidad no hablé. Solo... pasabas por aquí y fue algo así como 'oye, S está aquí'".

Desconcertada, negué con la cabeza: "¿Era famosa o algo así?".

Y otra vez... *silencio.*

JAMES

F*amosa...*

Únicamente en mi pequeño grupo de amigos íntimos, pensé.

Por fin conseguí recuperar el viejo impermeable púrpura de Scarlett de una de las cajas de almacenaje del sótano. Sosteniéndolo en la mano, ahora descolorido y arrugado, contemplé el único objeto que había conservado durante tanto tiempo mientras una sonrisa se dibujaba en mis labios.

"Algo parecido".

Parecía estar masticando. Unos segundos después, dijo: "¿Para qué exactamente? ¿Y cómo no lo sabía?".

Cuando antes me había preguntado si estaba colada por ella, la pregunta quedó un poco en suspenso debido a lo ocurrido con Benjamin. Suspirando, me resigné al hecho de que ella merecía saberlo. Más vale tarde que nunca.

"Bueno ", me aclaré la garganta mientras empezaba a bajar las escaleras de vuelta a la planta baja. "Todos habían recibido instrucciones estrictas al respecto".

"¡Oh, Sr. Alfa!", se burló de mí.

"Lo dices como si fuera algo malo".

"No cambies de tema, Jamie. ¿Cuál era el gran secreto? ¿Era yo el blanco de alguna burla?".

Sentado en el sofá del salón, dejé el impermeable a mi lado. Me quedé mirándolo.

"En realidad era de mí de quien se burlaban", intenté dar a mi voz un tono desenfadado. "Estaba obsesionado contigo".

La oí contener el aliento en la garganta y no respondió de inmediato. Alborotándome el pelo con los dedos, me aseguré mentalmente de que había hecho lo correcto.

"Lo estabas" no sonó como una pregunta, sino más bien como una afirmación confusa. "¿Desde cuándo?"

"Desde la noche del impermeable", confesé. "Hasta la graduación".

"Vaya", susurró.

"¿Por qué tengo la sensación de haber dicho algo equivocado?".

"No, en absoluto", afirmó rápidamente, aunque su voz sonaba distante. "De hecho, para nada".

"¿Qué tienes en mente? Cuéntamelo", le pregunté.

"A-Eh", balbuceó con una leve risita. "¿Y? Es que... en realidad no me lo creí cuando lo dijo Ben, pero...".

"Ben no tuvo nada que ver", afirmé. "Claro, puede que mi mirada se entretuviera de vez en cuando, y puede que él la captara. Quiero decir... fue hace mucho tiempo".

"Sí, ¿y duró como un año y medio?".

Sentí que la sangre se me subía a la cabeza. "Más o menos".

"Y no dijiste nada".

"Me di cuenta de que te gustaba Benjamin. Erais inseparables antes de que se supiera que erais pareja".

"Claro", respondió ella.

"Y luego, con el divorcio de mis padres, la graduación... todo pasó muy rápido".

"Sí, seguro. Dios, debió de ser un año duro para ti".

"No hagas eso".

"¿Hacer qué?"

"No sientas lástima por mí".

"Yo...", rio entre dientes, con la vergüenza filtrándose por cada decibelio. "¡Eso no es lástima! Eso es empatía".

No me gustaba que la gente sintiera lástima por mí, en parte porque sabía que mi vida era mucho más fácil que la de la mayoría, pero sobre todo porque salía de cada problema habiendo aprendido una nueva lección.

"Está bien", sacudí la cabeza, "simplemente no estaba destinado a ser". La oí suspirar antes de que el sonido de cartón y madera se apoderara de mí y empezara a masticar de nuevo. "¿No debería habértelo dicho?"

"Claro que deberías haberlo hecho", murmuró entre bocado y bocado. "En todo caso, debería sentirme halagada".

Siguió un poco de ruido de fondo: "Y ahora, ¿tú qué estás haciendo?".

"Voy a por el agua. Necesito beber agua".

Alcé las cejas: "La hidratación es importante".

"Sobre todo cuando descubres que tu nombre en clave ha sido 'S' durante dieciocho meses", bromeó.

Apretándome el puente de la nariz, me hundí más hasta que se me hundió el cuello. Me quedé completamente horizontal con la cabeza apoyada en el reposabrazos. "Te hacía parecer una chica Bond", bromeé en un intento de aligerar el ambiente.

"¿James? ¿James... Bond? ¿Es lo mejor que has podido hacer?"

"Déjame en paz. Yo no soy el creativo aquí".

"Claro", y su tono se relajó un poco.

"¿Cómo me llamarías? Dame un nombre, cualquiera, lo aceptaré".

"¡Eh, no me pongas así en un aprieto!", objetó riendo antes de engullir lo que supuse que era agua.

"Eso forma parte de tu trabajo, ¿no?".

Exhaló profundamente: "En realidad me gusta Jamie. Se me va de la lengua".

"¿Sí?"

Sonreí más ampliamente.

Hacía años que no pasaba una noche así, charlando con una mujer por teléfono, despreocupado y sin una agenda. Yo estaba aquí. Ella estaba allí. No tenía que pasar nada más que este intercambio de palabras sin esfuerzo. La conversación simplemente fluyó, y me encantó.

"Acabo de acordarme, ¿tienes un segundo nombre?".

"Naomi".

"¿Naomi?", dije incrédula. Era el último nombre que habría imaginado para ella. "¿Tiene algún significado?"

"Significa amable", vaciló. "¿Y creo que en una tercera lengua también significa suave?".

Amable y suave. Me pareció adecuado. "No puedo decir nada al respecto".

Se rio: "Mi madre siempre fue muy romántica. Fue Scarlett Naomi... o Belinda, y mi padre la odiaba absolutamente".

"Eligieron sabiamente. ¿Cómo eran?"

"¿Locos?", se rio. "Quiero decir, no en el mal sentido ni nada parecido, solo que... no eran los padres habituales. No se peleaban todo el tiempo, pero en general eran bastante excéntricos".

"¿En qué sentido?"

Su respiración se aceleró durante un segundo antes de que pareciera que se dejaba caer sobre alguna almohada. "¿Por ejemplo? Tenían una tradición inquebrantable: todos los domingos nos enviaban a casa de la abuela a pasar un día entero de juegos con los primos. Y ellos pasaban todo el día juntos... hablando, cocinando... otras cosas, supongo".

Mi risa reflejó mi diversión. "¡Vaya! Suenan muy bien".

"Cuando era pequeña, pensaba que era normal. Hasta que me di cuenta de que ninguna otra pareja con hijos lo hacía tan a menudo".

"No lo hacen", negué con la cabeza. "Ni siquiera recuerdo haber visto a mis padres sentarse y hablar como lo estamos haciendo ahora. ¿Te lo puedes creer?"

"¿Ni siquiera cuándo eras niño?".

"Entonces era un caos. Sus peleas iban acompañadas de objetos voladores y ceniceros de cristal hechos añicos".

"Vaya, lo siento".

"No, no pasa nada. Siempre intercambiaba historias de peleas paternas con mis compañeros de clase".

"¡Qué exageración!"

"¡Era un críO!"

"Claro, claro... es normal".

"Entonces, ¿has terminado de comer?"

"Oh, sí. Ahora estoy por fin en mi viejo y suave futón, abrazándome como un oso".

"Parece cómodo. ¿Era parte del piso?"

"No, lo compré en una tienda de muebles de segunda mano en Broadway".

"¿De segunda mano?"

"No todo el mundo puede permitirse lo que James Bond puede comprar", dijo burlándose de mí.

Entrecerrando los ojos, me pasé los dedos por el pelo: "En realidad quería decir que parece nuevo".

"Sí, no creo que los anteriores propietarios lo utilizaran demasiado tiempo. Tuve suerte".

Charlamos y luego hablamos un poco más. Sobre la compra de muebles antes de pasar a las compras en general. Entonces me acordé de los zapatos que quería comprarle, así que le pregunté su talla. No me lo dijo enseguida, insistió en saber primero por qué. A partir de ahí empezamos a discutir sobre las complejas diferencias entre la terquedad de un hombre y la fogosidad de una mujer.

"¡Tus opiniones me parecen un tanto sexistas!", objetó.

"Y lo son. Vamos, Scarlett, ¿acaso pretendemos que yo tenga útero o que tus cromosomas no sean realmente tuyos?".

"Eso no dicta necesariamente los rasgos de personalidad".

"Siento discrepar".

La siguiente línea de pensamiento nos llevó a un análisis en profundidad de una de sus películas favoritas, que defendió apasionadamente: "Y pudo dirigir a toda una nación, una de las más grandes, a pesar de su impedimento para hablar".

"Jesús, creo que la veré de verdad".

"Dos horas bien invertidas".

"Seguro que a ti también te encanta ese Colin".

"¿A quién no?", bromeó ella.

Un repentino y abrumador deseo de tenerla conmigo en el mismo espacio invadió mi ser, contrarrestando cualquier noción agradable que surgiera de aquella conversación. Parpadeando rápidamente, busqué las palabras adecuadas. Por desgracia, no las necesitaba.

"¿Qué estamos haciendo?", solté.

Ella guardó silencio un momento. "¿Qué quieres decir?"

Miré la hora y me di cuenta de que era más de la una de la madrugada. "Estoy aquí, en el sofá. Tú estás ahí en tu sillón. ¿Por qué no estamos juntos?"

"Espera, es... Jesús, ¿es tan tarde?"

"No me he enterado de la hora".

"Yo tampoco", exhaló, y pude imaginar su dulce sonrisa.

"Hacía siglos que no me pasaba".

"¿Trasnochando en un día de trabajo?".

"No, esto. Hablar por teléfono con alguien como adolescentes". Me reí, sacudiendo la cabeza mientras me levantaba. Me dolía el cuello, así que me lo froté con una mano.

"Sí... yo también". Hizo una pausa. "¿Cuándo fue la última vez que James Bond tuvo una chica Bond?".

Entrecerré los ojos, ligeramente aprensiva: "Hace un tiempo".

"¿Eso es una unidad de medida?"

"Años".

"¡Mientes!"

"Esta vez no. Mi vida amorosa no ha sido exactamente... duradera".

"Es difícil de imaginar. Eres un tío estupendo".

"Oh, soy un buen partido", forcé la confianza a pesar de lo delicado del tema. "Solo que no sé cómo llevaría algo a largo plazo".

"¿Te refieres al matrimonio?"

"Los que he presenciado no han sido precisamente ejemplares".

"Yo he visto algunos buenos. Samantha y Jared aún no se han casado... pero llevan juntos más de siete años".

"Llevan viviendo juntos, ¿eh?"

"Desde hace cuatro años".

"¿Tienen hijos?"

"Todavía no".

"¿Ves votos matrimoniales en el horizonte?"

"Creo que están bien como están".

"Bueno... lo que funcione está bien, ¿no?"

"Sabias palabras". Hizo una pausa. "Y para ti, ¿qué funciona?".

Me levanté y caminé sin rumbo por la habitación.

Necesitaba dar una vuelta.

Necesitaba tomar el aire.

Marché hacia las escaleras y salté de dos en dos, hasta llegar a mi dormitorio.

"Aún no sé exactamente qué me funciona, pero por ahora me las arreglo".

"¿Con qué?"

Cogí un jersey con capucha y me lo colgué del hombro antes de volver a bajar las escaleras a toda prisa. "Sin ataduras. Sin promesas rotas".

"Ojalá hubiera tenido tu perspicacia al principio", admitió con pesar.

Al acercarme a la puerta, patiné un poco y cogí el impermeable y las llaves antes de dirigirme al garaje.

Sin pensarlo, me puse al volante del coche y arranqué el motor.

El corazón empezó a latirme con fuerza ante la idea de pronunciar las palabras que tenía en la garganta. Me armé de valor, pasara lo que pasara. Respirando hondo, abrí los labios....

"Scarlett, mi experiencia es la consecuencia de haber experimentado el sufrimiento de mis padres en mi propia piel, y aquí estoy, con miedo ya. Miedo de encariñarme. Miedo de confiar mi nombre y mi corazón a una mujer. Miedo de volverme débil en nombre del amor.

Sentí que la palpitación de mi pecho se tensaba, pero me negué a detenerme: "Nunca he sido débil, y la sola idea de ello me aterroriza. Pero tú... Te lo he dicho antes y te lo repito: eres una mujer muy fuerte, Scarlett. Has visto de primera mano a lo que puede conducir un mal matrimonio y, sin embargo, estás aquí con una sonrisa en los labios y la fe en el corazón de que algo bueno llegará para todos, incluida tú."

Permaneció en silencio, y supe que la había pillado desprevenida. Suspiré, sintiendo cómo se aliviaba la tensión de mi pecho: "Eres una inspiración... Creo que eso es lo que quiero decir".

"Yo...", exhaló audiblemente, "Gracias, yo... no sé qué decir".

"Has tenido que soportar lo peor de todo. Y el tiempo lo cura todo, o eso dicen".

"Personalmente creo que es un mito. Eh, ¿qué es ese ruido?"

"Ruido de la carretera".

"Con toda la tierra que hay alrededor de tu casa, ¿puedes oírlo?".

"A veces, las cosas que parecen lejanas están mucho más cerca de lo que crees".

Eh, al menos no mentía.

Nunca quise mentir a Scarlett, *nunca*.

SCARLETT

"A veces, las cosas que parecen lejanas están mucho más cerca de lo que crees".

Pensé un momento en su afirmación mientras mi corazón luchaba por salirse del pecho. Era plena noche y luchaba por mantener los ojos abiertos, absorta en el sonido de la preciosa voz de James que flotaba en el aire. Todo parecía especialmente erótico en aquel momento.

Qué extraño estado de trance.

"¿No crees que deberíamos dormir?", susurré, mi sugerencia únicamente servía para distraerme del cansancio que me desgarraba el corazón. "Vamos a trabajar mañana".

"No creo que pueda hacerlo", su voz resonó diferente, y pensé que se trataba de un fallo en la red. "¿Esperarás un rato conmigo?".

Contra todo sentido común, dije: "Por alguna razón, yo tampoco tengo sueño".

"Oye, soy un noctámbulo".

"¿Acabas de convertirte al consumo de drogas?"

"¿Qué tienen de malo las drogas? Ayudan a mucha gente".

"También se te gastan y hay que reponerlas".

"¿O se administran en dosis más altas?".

Me reí: "¿Ahora insinúas que eres adicto?".

"¿No lo soy?

Había algo en su encantador carácter infantil que resultaba totalmente tentador y delicioso. Dejé escapar una risita baja: "Me temo que podrías serlo".

Una llamada repentina a mi puerta me hizo estremecerme antes de la fracción de segundo en la que me di cuenta de que también le había oído hablar por teléfono. Saltando de la silla, me apresuré a abrir.

De pie, con mi viejo impermeable púrpura en la mano, James tenía mejor aspecto que nunca, con una sudadera informal y unos pantalones jogger. Llevaba el pelo negro revuelto, reflejando el tornado que se abatía sobre mis sentidos.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, me cogió en brazos y me levantó, mirándome desde debajo de sus hermosas pestañas.

"Eh, S...", susurra con una sonrisa preciosa. "Si te echo a volar, ¿reanimarías mi corazón?".

Me derrito instantáneamente en sus brazos. "Haré más que eso".

Le rodeé el cuello con los brazos e inmediatamente uní mis labios a los suyos, el beso fue apasionado, anhelante, cariñoso, sin querer nada más que demostrarle lo importante que era para mí. Lo mucho que deseaba estar en sus brazos para siempre. Y él me devolvió el beso con la misma pasión, si no mayor. Sus manos me estrecharon contra él, haciéndome sentir segura, como si pudiera abrazarme así durante una eternidad y no soltarme nunca.

Y yo no quería dejarle marchar.

Nuestro beso continuó interminablemente, o eso me pareció mientras me perdía completamente en él. Allí mismo, en aquel momento, no había nada en el mundo más importante que nosotros dos. Nada más significativo. Y traté de expresarlo tanto como pude, con mis dedos enroscados en su pelo y mis labios apretados firmemente contra los suyos mientras el fuego parecía dispararse por todo mi cuerpo a causa del contacto.

Entró en el piso, cerrando la puerta de una patada, y lo rodeé con las piernas mientras avanzaba con elegancia por mi salón hacia el sofá. Me tumbó lentamente y nuestro beso se interrumpió momentáneamente.

"Ven aquí", susurré, tirando de él hacia mí.

"¿Es demasiado si te digo que te he echado mucho de menos?".

"No me cansaré de escucharlo", dijo entre besos. "Dilo tantas veces como quieras".

Se rio entre dientes y sus labios empezaron a explorar mi cuello, besándome en todos los lugares adecuados, encontrando milagrosamente puntos que me hacían estremecerme y ponerme la piel de gallina. Aspiré su aroma, amando cada roce, cada caricia, cada aliento que soplaba suavemente contra mí mientras sentía deseos de retorcerme.

"Deberíamos ir al dormitorio", dijo mientras sus manos exploraban mi cuerpo por debajo de la camisa. Sentí que recuperaba el aliento cuando una mano llegó a mis pechos y se dio cuenta de que no llevaba sujetador. Quería decir algo ingenioso, pero no podía pensar con claridad cuando su mano empezó a apretarme el pecho y un dedo me rozó el pezón. Levantó la vista hacia mí, y la forma en que me miraba me hizo darme cuenta de lo que quería y más.

Asentí: "Dormitorio".

Volvió a estrecharme entre sus brazos, y me sorprendió lo fácil que le resultaba hacerlo, como si yo no pesara nada. Le rodeé el cuello con los brazos y le besé la mandíbula, el cuello y, antes de darme cuenta, estaba encima de mí en la cama y yo le estaba quitando la sudadera. Pasé las manos por su pecho perfectamente cincelado y él no tardó en quitarme la camiseta por la cabeza. Antes de que pudiera quitármela, estaba besando un rastro desde mi vientre hasta entre mis pechos, sus manos apretándolos y estrujándolos suavemente.

Gemí un poco y empujé mis caderas contra él. Notaba lo excitado que estaba y le rodeé la cintura

con las piernas, acercándole a él y a su bulto mientras me apretaba contra él. Su respiración se aceleró y me di cuenta de que lo tenía exactamente donde quería.

"¿No puedes contenerte?", susurré, mi voz apenas un graznido.

"No tienes ni idea", dijo. Se llevó un pezón a la boca y lo chupó, y mis dedos se enroscaron en su pelo. Mordisqueó ligeramente, su lengua dibujó círculos alrededor de mi pezón, y su mano se abrió paso hasta mis calzoncillos. La sensación de su dedo contra mi coño al deslizarse entre mis labios me volvió loca.

"¡Qué bien sienta!", gemí. "Es muy, muy bonito".

Siguió jugando conmigo, deslizando un dedo dentro, y sentí que me mojaba más y más con cada pasada. Lo único que deseaba era tener a ese hombre dentro de mí. Amarlo, mostrarle cómo mi cuerpo se derretía ante sus caricias, quería que aquello no acabara nunca. Jamás.

Me bajó los calzoncillos y me quedé completamente desnuda mientras penetraba mi cuerpo. "Estás preciosa", dijo.

"Tú lo dices", sonreí.

"No puedo dejar de decirlo".

"Pues no lo hagas".

"Eres preciosa", gruñó mientras me besaba el cuello, su peso como una manta protectora sobre mí. Me estremecí contra él y sonreí cuando cerró los ojos e inspiró con fuerza.

"Quítatelos".

Le empujé para quitarle los pantalones y él los deslizó, junto con los calzoncillos, y mi mano lo agarró inmediatamente, mis dedos lo envolvieron. Lo acaricié suavemente y sentí cómo irradiaba el calor de su cuerpo. Lentamente, encontrándome con su mirada, nuestros ojos fijos, lo guié dentro de mí. Empujó lentamente, llenándome centímetro a centímetro. Solté un gemido de satisfacción.

"Eres increíble", susurró contra mi cuello mientras me colmaba de besos.

Giré las caderas hacia arriba, empujándole más adentro, y él me agarró las manos mientras gemía. "Hazlo", susurré. "Por favor".

No necesitó invitación y empezó a deslizarse lentamente dentro y fuera de mí. Fue como si una ola de emociones se estrellara contra la orilla de mi ser, y lo recibí con los brazos abiertos. La electricidad que me recorría me llevó casi al límite.

"Sigue", casi le supliqué. "No pares".

Aumentó la velocidad y pronto estábamos haciendo el amor con un ímpetu que me hacía gemir y estrechar sus manos en éxtasis. Me besó y yo le devolví el beso con fervor, sin desear nada más que sentirlo por completo. Cada centímetro de él. Cada parte de su cuerpo y de su alma. Era como si estuviera en las nubes, y Dios, no quería bajarme nunca.

"Sí", gemí más fuerte. "Así es, cariño".

Aumentó el ritmo y, cuando su mano bajó entre nosotros, su dedo empezó a jugar con mi clítoris. Sentí que todo mi cuerpo temblaba cuando el orgasmo me golpeó con fuerza. Él aminoró la marcha, y yo lo agarré rápidamente, clavándole las uñas en la espalda.

"No, no pares".

Volvió a acelerar y lo rodeé con los brazos, apretando su cuerpo contra mí, sintiendo su aliento contra mi cuello, su calor contra mi cuerpo, su piel como punzadas de éxtasis sobre mi piel. Un torrente de emociones me recorrió y cerré los ojos mientras él aumentaba aún más su velocidad, mi coño apretándose involuntariamente contra él.

Su respiración se aceleró y supe que estaba a punto de correrse. Me miró y el fuego de sus ojos me atravesó. Sus músculos se tensaron y yo rodeé sus caderas con las piernas, empujándolo más profundamente dentro de mí. Apreté mi coño y sus gemidos resonaron en las paredes cuando alcanzó el orgasmo.

James se desplomó sobre mí, y mis brazos se apretaron a su alrededor como si temiera que desapareciera de algún modo, que nada de esto fuera real. Apartándose de mí, me estrechó entre sus brazos, y yo me acurruqué en su abrazo como si acabara de encontrar mi hogar.

Y cuando mis ojos se cerraron, el sueño estaba a punto de alcanzarme.

En aquel momento ya no me importaba lo que pudiera haberle dicho a Mel, para resolver la situación entre nosotros en el trabajo, y pensé en aquel impermeable púrpura que había guardado todo aquel tiempo.

Sí, si tan solo me hubiera fijado en él en la universidad, toda mi vida habría sido maravillosa desde el principio, y me habría ahorrado tanto dolor y sufrimiento, pero no podía negar que lo que nos unía era aquello en lo que nos habíamos convertido. Era el Jamie del presente que yo quería y por fin podía decir que había encontrado mi hogar y mi futuro con él.